

**“Estamos transformando algo,
porque estamos incomodando”**

Apuestas, desafíos y agendas
de mujeres jóvenes
en la defensa de los territorios



FONDO
LUNARIA
MUJER



Agència Catalana
de Cooperació
al Desenvolupament

**“Estamos transformando algo,
porque estamos incomodando”**

Apuestas, desafíos y agendas
de mujeres jóvenes
en la defensa de los territorios



“Estamos transformando algo, porque estamos incomodando”

Apuestas, desafíos y agendas de mujeres jóvenes en la defensa de los territorios

Equipo de investigación

Catalina Caro Galvis
Angie Daniela González Celemín
Natali Andrea López Toro

Apoyo metodológico

Diana Granados Soler
Qwenty López Epiayú
Morgan Londoño Marín

Enero de 2023

Fondo Lunaria

ISBN: 978-958-52673-9-8

Revisión de textos

Emma Ariza

Diagramación

Gloria Diazgranados, Marta Rojas

Foto portada

Laura Ríos Díaz en el marco de la Colectiva Madre Monte

Impresión

X-press

2023, Bogotá, Colombia

| CONTENIDO

Organizaciones participantes	3
Prólogo	5
Introducción	11
Desde dónde miramos: algunas consideraciones teóricas	11
Consideraciones metodológicas	15
Sobre este relato	18

Capítulo 1

Los ejes de las agendas y estrategias de acción de las mujeres jóvenes que defienden el territorio	21
Narrando y comunicando la resistencia: sentidos y formas del pensamiento y la palabra de las jóvenes	23
“Somos feministas empíricas”	25
Narrativas transgresoras para la defensa de la vida	28
Prácticas de resistencia: acciones emancipadoras de las mujeres jóvenes defensoras del territorio	32
La siembra para cultivar la resistencia	33
Juntanza para la toma de conciencia	35
Nociones de cuidado de las defensoras del territorio para la reproducción de la vida	38
Dimensión afectiva del cuidado de la vida	39
Dimensión simbólica del cuidado de la vida	41
Dimensión política del cuidado de la vida	43



Capítulo 2

Participación, tensiones y transformaciones de las mujeres jóvenes en organizaciones defensoras de los territorios

Trayectorias organizativas y participación	45
¿Por qué se organizan?	46
Obstáculos para el ejercicio de defensa del territorio	48
La división sexual del trabajo en lo organizativo	51
La estigmatización como limitante para la participación	53
El adultocentrismo de la mano del patriarcado	55
¿Cómo se transforman las mujeres jóvenes en las organizaciones de defensa territorial?	57
Transformaciones desde y hacia los sentidos: los pluriversos de las mujeres y sus interconexiones con las naturalezas	57
Narrativas que transforman hacia adentro	60
¿Cómo transforman las mujeres jóvenes las organizaciones en defensa de los territorios?	62
Una lucha, muchos cuestionamientos	62
Abriendo caminos, transformando lo colectivo	64



Capítulo 3

Caminando entre naturalezas y mujeres se hacen caminos al andar

Las mujeres en los ambientalismos pioneros	67
Mujeres, biodiversidad y el cambio climático	68
Las luchas ambientalistas del siglo XXI y el desafío de la interseccionalidad	72
De ambientalistas mujeres a feministas ambientalistas: ¿cómo los feminismos han transformado las agendas y las prácticas ambientalistas?	74



Conclusiones

Referencias bibliográficas

Organizaciones y colectivas que defienden los territorios

Investigadoras

85

91

97

103



| Organizaciones participantes

- 】 Asociación Campesina del Huila, Huila
- 】 Asociación de Guardianes y Guías Jaguos por el territorio, Huila
- 】 Asociación de Usuarios Campesinos de Risaralda, Unidad y Reconstrucción, Risaralda
- 】 Colectivo de Mujeres Las Meliponas, Huila
- 】 Comité de Mujeres Indígena Nasa Ukawe'sx Tha' Alto Nápoles, Valle del Cauca
- 】 Comité por la Defensa de Mistrató, Risaralda
- 】 Corporación María Mulata, Sucre
- 】 EcoGénova, Quindío
- 】 El Son del Frailejón, Cundinamarca
- 】 Fundación Dignidad Trans, Arauca
- 】 Grupo de Mujeres Campesinas de Sucre Vida y Territorio, Cauca
- 】 Grupo de Mujeres "Voces de Marimba", Cauca
- 】 Jóvenes por la Defensa del Territorio - JÓDETE, Antioquia
- 】 Khatleya Trans, Calarcá, Quindío
- 】 Kuichi Red de mujeres por la conservación del oso de anteojos, Nariño
- 】 Madre Monte de San Basilio de Palenque, Bolívar
- 】 Reviviendo Nuestro Campo, Santander
- 】 Sembrando Lucha, Quindío
- 】 Youngsters, San Andrés y Providencia

| Prólogo

Esta investigación tiene tres objetivos principales. Primero, conocer las agendas y las estrategias de acción construidas y desarrolladas por mujeres jóvenes que luchan contra la crisis ambiental y en defensa del territorio en diversos rincones de la geografía colombiana. Segundo, explorar diálogos, tensiones, conflictos y negociaciones que experimentan las mujeres jóvenes en razón de sus identidades de género, raza, etnicidad y generación en contextos de organización y lucha ambientalista popular. Tercero, ahondar en la relación entre feminismos y luchas ambientalistas para contribuir con lecturas y propuestas de diálogo y articulación entre movimientos sociales que sean provechosas para los desafíos de nuestra época.

Quizá, deberíamos situar con más claridad las motivaciones detrás de estos objetivos, las preguntas que nos condujeron a dichas motivaciones y por qué decidimos que una investigación participativa podría ser un buen camino para encontrar algunas respuestas o, como suele suceder cuando se investiga, toparse con nuevos interrogantes.

En primer lugar, la magnitud de la crisis planetaria que toca las puertas de nuestra existencia colectiva no tiene precedentes. Dicha crisis, no tiene efectos homogéneos sobre las poblaciones ni es responsabilidad de todos ni de todas en iguales proporciones. La crisis tiene efectos diferenciales de clase, de género, étnicos, de raza y de generación y nos está mostrando los rostros más amargos de la desigualdad, de la explotación y del fracasado “modelo de desarrollo” que fue vendido como la panacea de la modernidad.

En medio de este panorama y de la instalación de la idea de que analizar y actuar contra la crisis ambiental compete al movimiento ambientalista, así como la lucha contra el patriarcado y las violencias de género

corresponde al movimiento feminista, de diversidad sexual y transfeminista, hemos encontrado en la noción de ‘interseccionalidad de las opresiones’ –fuertemente desarrollada por los feminismos negros– la posibilidad de analizar cómo se trenzan y resultan interdependientes capitalismo, racismo, patriarcado y colonialismo. Así, la llamada crisis ambiental resulta un engendro, en diversas escalas y matices, de este cruce y coproducción de los sistemas de opresión.

Ver los alcances de un modelo voraz y violento que, además de todos los impactos que genera sobre la vida humana y no humana, pareciera no tener revés fácilmente, nos muestra la finitud del planeta y de la vida en su conjunto, pero, al mismo tiempo, ha conducido a un robustecimiento de sujetos colectivos que se identifican con las luchas en defensa del territorio y nos han quitado la venda que el espejismo del progreso y del crecimiento económico había instalado sobre nuestras vidas. Han sido, sobre todo, personas jóvenes de diversos contextos quienes han llamado la atención sobre la falsa premisa de que la tal crisis ambiental no existe y el cambio climático es un invento producto de la conspiración universal (al lado de las violencias de género y la transfobia). Las luchas contra la minería en el páramo de Santurbán, contra el proyecto hidroeléctrico en Ituango, contra la privatización y desviación del arroyo Bruno y los efectos de la minería a cielo abierto del Cerrejón en la Guajira, entre otros cientos de casos de proyectos extractivos y de despojo con enormes afectaciones a los sistemas de vida de las comunidades y los territorios, han generado escenarios de acción y movilización permanente de diversos colectivos y colectivas en Colombia, que se conectan y se tejen con luchas parecidas en diferentes partes del mundo.

Huertas comunitarias y caseras, recuperación de semillas nativas, producciones radiales y audiovisuales, círculos de mujeres, exposiciones de fotografía, bordados, música, movilizaciones callejeras, investigaciones comunitarias, acciones por la reivindicación y resignificación del trabajo del cuidado, recorridos territoriales, cartografías sociales y corporales, acciones jurídicas, estrategias para el cuidado y la protección del agua, protestas, murales y caminatas han sido algunas de las diversas estrategias que las mujeres jóvenes desarrollan como parte de sus luchas por la defensa de los territorios y la reivindicación de sus derechos. Muchas jóvenes han recuperado la memoria y valorado profundamente que diversos pueblos hayan tejido sus relaciones con la tierra, el agua, el suelo y otras especies

con las que compartimos nuestras formas de existir y habitar este planeta. Las mujeres están mostrando que no luchan por el hecho de ser mujeres ni por seguir los estereotipos de género, “estar más cercanas a la naturaleza”. Se trata de procesos de conciencia, analíticos y de luchas históricas, según los cuales el daño y la crisis del planeta afectan nuestros cuerpos, territorios y vidas de modos diferentes y desiguales en escalas locales, nacionales e internacionales, y merece nuestro compromiso y participación decidida para alcanzar justicia social, de género y ambiental.

En particular, y aquí viene otra de las motivaciones de esta investigación, mujeres jóvenes diversas realizan críticas profundas al modelo que generó esta crisis ambiental y, al mismo tiempo, levantan su voz para señalar que sus propias voces y sus derechos a la participación política, a una economía autónoma y a una vida libre de violencias patriarcales y racistas experimentan serias barreras y obstáculos para su realización y disfrute, tanto en la sociedad como en sus comunidades, al igual que en sus contextos organizativos. Así, las jóvenes han potenciado debates que mujeres ambientalistas, feministas y algunas corrientes feministas habían suscitado hace décadas: el capitalismo no existe sin el patriarcado ni sin el racismo y, como dijo bell hooks (2017), el sexismo nos atraviesa a todas y todos.

Las mujeres jóvenes atraviesan y reciben en sus cuerpos y territorios las consecuencias de la crisis ambiental, y muchas de ellas han decidido denunciar los impactos y alzar la voz, una voz que se convierte en el eco de muchas otras que en otros tiempos no tuvieron las mismas posibilidades ni herramientas para hacerlo. Estamos frente a una generación de mujeres jóvenes defensoras de la vida y los territorios, que ha interpelado, incluso, las relaciones dominantes y machistas que existen dentro de los movimientos sociales y ambientalistas para poder ser reconocidas, tenidas en cuenta y ser parte de las decisiones importantes porque, al final, son decisiones que directamente afectan sus vidas.

Una motivación más apareció cuando en diversos espacios de conversación entre colectivas que trabajan en la defensa del territorio, y que han sido apoyadas por Fondo Lunaria, mencionaron su relación con los feminismos en dos vías: la primera, “ser feminista es difícil, algo hostil y de mujeres privilegiadas”; la segunda, “los feminismos han abierto puertas y nutrido nuestras agendas y prácticas”. Las sospechas sobre los feminismos y las críticas a “feminismos privilegiados” aparecían al tiempo que algunas jóvenes –y, en parte, textos e investigaciones– mostraban productivos

diálogos entre luchas feministas y ambientalistas. Lejos de cuestionar una u otra postura, nos interesamos por entender estas relaciones a través de una investigación.

Finalmente, debemos señalar que en 2022 se posesionó en Colombia el gobierno denominado del cambio. Nuestra vicepresidenta Francia Márquez es una mujer negra que ha luchado contra la minería, el racismo, por la defensa del territorio, de los pueblos y las mujeres y ha recibido innumerables reconocimientos por su trabajo. Así mismo, el plan programático con el que se eligió este gobierno puso en el centro los derechos de las mujeres y personas LGTBIQ+, la transición energética, un sistema de cuidado, el ordenamiento de los territorios alrededor del agua y la justicia ambiental, abriendo una ventana de posibilidades para impulsar transformaciones hacia una justicia de género, social y ambiental con amplia participación popular. Hasta aquí las motivaciones.

Con esta investigación podrán coincidir con nosotras en la importancia de seguir facilitando recursos y herramientas para que las mujeres jóvenes defensoras del territorio puedan nutrir su resistencia y las narrativas que han sostenido sus luchas. Nuestra investigación quiere ser una invitación a conocer y aprender de estas resistencias gestadas en diversos territorios y lograr ese efecto aliviador de no sentirnos solas ante un sistema depredador, violento y machista. Creerle a una generación de mujeres jóvenes que desean un mejor presente y futuro, y que enraízan sus luchas en prácticas culturales y ancestrales de sus abuelas y de otras mujeres feministas y ambientalistas fortalece la lucha de los pueblos y de todas para el disfrute de los derechos colectivos e individuales. A través de esta investigación se podrán conocer las razones, los motivos y las prácticas que utilizan mujeres jóvenes defensoras del territorio a través de distintas experiencias y formas de vida, en lo rural o urbano o desde sus identidades, apropiaciones, costumbres y expresiones para preservar, cuidar y defender los lugares que habitan ellas y sus comunidades. Es una invitación a continuar y no desistir.

A lo largo de este proceso investigativo, fuimos afortunadas de contar con las voces de activistas ambientalistas feministas populares como Catalina Caro Galvis, Angie Daniela González Celemín y Natali López, y con el apoyo metodológico de Qwenty López Epiayú, quienes dieron forma y abrieron el camino a esta investigación, así como de jóvenes diversas de 19 colectivas que desarrollan sus activismos en defensa del

territorio en 13 departamentos de Colombia y participaron en grupos focales y entrevistas colectivas. Las jóvenes participantes fueron en su mayoría mujeres cisgénero y algunas personas se identificaron como mujeres trans. Creemos que seguimos teniendo una deuda pendiente en el sentido de pensar y hacer de la investigación un escenario con mayores voces que den cuenta de la diversidad de la experiencia de las mujeres, personas transmasculinas y no binarias, en este caso con relación a las luchas por el territorio.

También escuchamos los análisis en algunos espacios propuestos por esta investigación y leímos los trabajos de mujeres pioneras en las luchas feministas y ambientalistas, como Tatiana Roa y Astrid Ulloa. A todas ellas gracias por contribuir a la materialización de nuestras motivaciones y los propósitos de esta investigación que, al fin de cuentas, no habría sido posible sin rescatar y valorar las luchas de las jóvenes por la defensa del territorio y las piedras que cimentaron las ancestras de las comunidades y las ambientalistas y feministas que han tejido el camino y la historia que nos antecede, ojalá para transformar nuestro complejo y advenedizo presente.

| Introducción

Desde dónde miramos: algunas consideraciones teóricas

Al reconocer las dimensiones de la crisis planetaria en la que nos encontramos y también la larga lucha de las mujeres por enfrentar los impactos multiescalares e interdependientes del modelo de desarrollo y de su traje extractivista, como investigadoras mujeres y comunitarias, exploramos varios de los enfoques teórico-políticos que han marcado el trasegar de las aproximaciones acerca de su rol en la construcción de horizontes sustentables y alternativas al desarrollo y más recientemente del campo de conocimiento “género y ambiente”.

Al inicio de nuestra investigación, retomamos los trabajos de las corrientes más conocidas dentro del activismo ambiental latinoamericano asociadas con los ecofeminismos. El ecofeminismo es un término y una práctica que nació a finales de los años setenta en el centro de los activismos feministas, ecologistas y de los movimientos pacifistas promovidos por un cuestionamiento a los desastres naturales provocados por las industrias de agrotóxicos y nucleares, así como por la contaminación de los territorios y de la salud de las personas por sustancias y metales. Esta corriente, que luego se ha diversificado y también tiene versiones y enfoques disímiles, resaltaba la afinidad *innata* de las mujeres con la naturaleza y una mirada esencialista de su papel como cuidadoras y, a su vez, víctimas focalizadas del modelo de desarrollo. Desde el enfoque de los *ecofeminismos esencialistas o espirituales*, el “principio de la feminidad” o de “lo femenino” –entendido como un valor intrínseco al estado armonioso de la naturaleza– era la respuesta al restablecimiento de las relaciones justas entre lo humano

y el medio natural. Como dadoras de vida y cuidadoras, las mujeres salvaguardaban este “principio” que debería ser la base para un modelo de desarrollo verdaderamente sustentable (Shiva y Mies, 1998). Así mismo, los ecofeminismos evidenciaron la importancia de desenmascarar las miradas patriarcales del mundo basadas en dualidades y realidades fragmentadas, reconociendo y reivindicando nociones y ontologías consustanciales que sustentan su práctica en la cooperación, el cuidado mutuo y la vida en la naturaleza (Vázquez y Velázquez, 2004)

Justamente, y situándonos críticas frente a la interpretación esencialista del lugar de las mujeres, que algunos ecofeminismos han reivindicado y que ha sido fuertemente controvertida por los ambientalismos feministas, hemos retomado esta mirada diversificada y amplia de la relación naturaleza y cultura, y sus distintas interpretaciones u ontologías, para aproximarnos a los sentidos y significados que las colectivas de jóvenes que participaron en esta investigación tienen respecto a las naturalezas y lo ambiental. Dichos sentidos, significados y entendidos se cruzan con otras identidades, como la étnica y la de clase.

Precisamente, frente a estas intersecciones retomamos los planteamientos de los *ambientalismos feministas* que refuerzan una mirada contextual del papel de las mujeres en lo ambiental, resaltando que las relaciones ambientales de las mujeres dependen también de los sistemas de clase, raza, sexo y género, que son diferenciales y diversos.

La relación de las mujeres y de los hombres con la naturaleza está enraizada en su realidad material, en sus formas específicas de interacción con el medio ambiente. De ahí que, debido a que hay una división del trabajo y una distribución de la propiedad y del poder basada en género y clase (/casta/raza), el género y la clase (/casta/raza) estructuran la interacción de las personas con la naturaleza y así estructuran los efectos del cambio ambiental sobre los individuos y sus respuestas a él. (Agarwal, 1998: 249)

El ambientalismo feminista también aporta a pensar los vínculos simbólicos y materiales entre las mujeres y la naturaleza y lo que entiende como las interacciones concretas que relacionan la diferenciación de clase, género y, por ende, la división del trabajo, el conocimiento, la propiedad, etc. Para los ambientalismos feministas –a diferencia de los ecofeminismos–, “un enfoque alternativo que transforme la forma de desarrollo involucraría

tanto las formas de pensar sobre las cosas como las formas de actuar sobre ellas” (Agarwal, 1991: 280).

Retomamos este enfoque en la investigación, indagando justamente las formas de actuar y cómo mujeres que defienden el territorio han construido prácticas y narrativas diversas e innovadoras, no solo para conceptualizar o nombrar las relaciones de género y sus desigualdades, sino también las formas concretas de actuar dentro de sus organizaciones y de proponer transformaciones, nuevas agendas y discusiones frente a sus autonomías y el papel del género como categoría y perspectiva de la lucha ambiental.

Los ambientalismos feministas han llamado la atención respecto a la diversidad y a las fuentes de la diferenciación social e identitarias de las mujeres, en el sentido de que son diversas y que su relación con el ambiente refleja no solo esta diferencia, sino dinámicas entrelazadas e interconectadas que interactúan en los procesos de acceso, control y gestión de los bienes naturales, la toma de decisiones y la verificación de impactos (Jackson, 1998).

Esta mirada de la diversidad y de la comprensión de los contextos, nos permitió reconocer en el trabajo de campo con las colectivas de jóvenes que las relaciones de género tienen matices y caracteres diversos en cada territorio, y desenmascarar las maneras en que se amalgaman con otras relaciones y contextos de opresión que han obstaculizado los ejercicios de defensa territorial de las mujeres y han significado en muchos casos su estigmatización, su persecución y silenciamiento.

Finalmente, y como uno de los soportes político-teóricos más importantes de la investigación, está la perspectiva de las *ecologías políticas feministas latinoamericanas*, que han puesto su acento en los procesos de acceso, uso, control y toma de decisiones sobre la naturaleza y su articulación con la posición de género, clase y etnicidad.

... la ecología política feminista se centra en evidenciar de manera crítica la instauración y la exacerbación de las desigualdades ambientales, fruto de los impactos económicos y transformaciones ambientales en las relaciones de género en contextos locales ambientales, en especial para las mujeres. (Ulloa, 2020)

La ecología política feminista también resalta la importancia “de actuar, pensar y sentir de manera conectada con las vivencias y experiencias y conocimientos específicos” (Harcourt y Nelson, 2015: 10). Esta

concepción experiencial de la práctica y el activismo ambientalista de las mujeres jóvenes defensoras del territorio fue crucial, ya que a través de ella pudimos entender las tensiones, los conflictos y las formas de incorporar el género como parte de sus apuestas en la lucha contra los extractivismos y las desigualdades ambientales, así como sus desafíos en cuanto feministas en contextos hostiles y patriarcales.

En la investigación dimos una especial importancia a los enfoques espaciales y los referidos a la movilización social y a las relaciones de poder, centrales en las perspectivas de la ecología política feminista. Respecto a los enfoques espaciales insistimos en mantener una mirada multiescalar de las causas, los conflictos, los escenarios y las formas de activismo de las defensoras. Con esto nos referimos a la simultaneidad de las lecturas territoriales del cuerpo, la organización y el espacio/territorio, como contextos de lucha interconectados e interdependientes.

Como lo señala Lorena Cabnal (2010), la relación territorio-cuerpo y los efectos del capitalismo y las prácticas extractivistas en ella son claves para pensar y proyectar las alternativas al modelo de desarrollo patriarcal. Con las jóvenes, reflexionamos de manera amplia y profundizamos en metodologías que nos permitieron entender desde estas miradas de las espacialidades feministas y las territorialidades, su relación con el cuerpo y, desde sus perspectivas, cómo se establecen o no, continuidades o interconexiones con su lucha territorial y ambiental. Igualmente, abordamos la escala de la organización como un contexto de construcción, pero también de disputa de sentido, en donde “las mujeres demandan otras relaciones de género entre hombres y mujeres en cuanto a la defensa del territorio, el trabajo, el cuidado, las movilizaciones, las luchas y las resistencias” (Ulloa, 2016: 134).

Las ecologías políticas feministas latinoamericanas han insistido desde su tradición activista en la importancia de generar y entender otras maneras de relacionarse con lo no humano. El papel de lo no humano —el río, el oso, el mar, la montaña,...— como un actor político, nos permitió comprender en profundidad cómo las mujeres ubican, sienten y experimentan de manera diferenciada y diversa su relacionamiento con la naturaleza y el sustrato que soporta sus pluriversos y sus resistencias.

Finalmente, y quizá lo más importante de nuestra mirada como investigadoras, que sin duda es un elemento central de la ecología política feminista, es nuestra vivencia como defensoras del territorio y

como mujeres que hemos trasegado las luchas contra el extractivismo y el capitalismo neoliberal. Desde los procesos locales y el activismo, hemos repensado las epistemologías, la praxis y las relaciones de poder que se han entretendido en la historia de lucha ambiental en Colombia y en nuestros territorios. Esta mirada, de estar allí, ser de allí y conocer lo que sucede, es la principal fuente de nuestra apuesta en esta investigación.

Consideraciones metodológicas

Los enfoques metodológicos tienen como fin primario interpelar a quienes investigan y sus prácticas de investigación. Preguntas como ¿quiénes investigan?, ¿de qué lugares provienen las personas que investigan?, ¿en qué comunidad de conocimiento se ubican las personas que investigan?, ¿cómo se definen?, pero, sobre todo, ¿para qué investigan?, han sido interrogantes cruciales para desmoronar falsas verdades asociadas a la investigación y además para cuestionar el conocimiento recogido y producido en este ejercicio.

Esta investigación empieza por estas preguntas y otras más, reconociendo que las personas involucradas no solo somos investigadoras, somos mujeres de una clase social específica, racializadas, vivimos en distintos lugares y además ocupamos un lugar en el ecosistema político y organizativo de los asuntos que estamos investigando. Esta conciencia de nuestra posicionalidad de género, política, social y académica reivindica, en primera instancia, una perspectiva reflexiva, “en donde la(s) investigadora(s) y sus interlocutores(as) son entendidos como dos partes distintas de una relación, en la cual tanto la una como las(os) otras(os) influyen en la manera de obtener los datos, interpretarlos, conceptualizarlos y usarlos” (Guber, 2001: 22). Este entendido advierte de nuestra intencionalidad en los relatos y las descripciones, es decir, una mirada en cuanto pertenecientes a una cultura, a un género y a un contexto de producción de sentido, por lo que se trata de una investigación situada.

Como investigadora comunitaria, muchas veces, durante la realización de las entrevistas me sentía identificada con lo narrado por algunas compañeras acerca de las violencias vividas en los escenarios de participación; me cuestionaba los privilegios que tenía por ser una mujer joven y mestiza, ya que en una de las entrevistas con las mujeres del Palenque nos mencionan su miedo a nombrarse feministas por ser negras, resonaban las estrategias y las acciones realizadas por las defensoras del territorio y me alentaba como

◇ militante ambientalista y feminista, y ahora como investigadora, para seguir en los procesos de defensa territorial y de cuidado de la vida. (Investigadora comunitaria, documento inédito, 2022)

Esta perspectiva de la investigación y esta mirada crítica tanto a las sujetas investigadoras como a sus interlocutoras es propia de la investigación feminista, que “debe tener en cuenta punto(s) de vista que contemple(n) en la construcción del conocimiento, la corpo-geo-política y la co-constitucionalidad raza-clase-género-sexualidad (Lugones, 2008: 95).

Este *análisis interseccional* ha sido útil para definir la forma de acercarnos a los testimonios y las experiencias de las mujeres jóvenes defensoras del territorio con quienes hemos trabajado en esta investigación. Hemos compartido con mujeres jóvenes campesinas, afrodescendientes, palenqueras, raizales e indígenas, con quienes hemos caminado juntas los senderos de la palabra y la experiencia, y también de la diferencia, ya que en nuestros encuentros pudimos conocernos y reconocernos, compartiendo estas miradas distintas frente a la experiencia de ser mujer y defender el territorio.

◇ Fueron experiencias enriquecedoras con mística, juegos, risas, conspire y juntanza. Nos sentíamos representadas en los testimonios de las defensoras en los desafíos que se tenían, en las formas en que las infantilizaban, pero también en el poder que emanaban desde sus voces. Nos dábamos cuenta de las luchas de cada una y la forma en que en cada rincón del país resistimos frente al capitalismo y el patriarcado. (Investigadora comunitaria, documento inédito, 2022)

También entendemos la investigación como una oportunidad para la *coteorización*, es decir, “la producción colectiva de vehículos conceptuales que retoman tanto un cuerpo de teorías académicas como a los conceptos desarrollados por nuestros interlocutores(as)” (Rappaport, 2007: 2). En este sentido, el trabajo de campo fue diseñado y trabajado desde un enfoque de la educación popular ambiental, que nos permitió, a través de grupos focales, establecer intercambios, construir entendidos en conjunto y explorar herramientas para la construcción de conocimiento colectivo. Realizamos grupos focales de manera presencial en dos regiones: uno en Pereira (Risaralda), con colectivas del Quindío, Valle y Risaralda; y otro en Pitalito (Huila), con colectivas de Huila, Pasto y Cauca. En estos espacios, compartimos ideas y saberes de manera

horizontal, minimizando las relaciones de poder entre investigadoras y participantes, y empleando actividades y dinámicas que estimularan los sentidos, el movimiento y la creatividad.

En estas actividades presenciales compartimos con las compañeras de las colectivas participantes conversando sobre cómo se desarrollaba la investigación en otros territorios y cómo estaba aportando a nuestras vidas como activistas defensoras del territorio, lo que fortaleció las relaciones y los vínculos entre las colectivas, y nos permitió conocer/recorrer, con nuestro cuerpo, el territorio de lucha de muchas de nuestras compañeras.

También llevamos a cabo siete (7) entrevistas grupales virtuales con las colectivas de los departamentos de Bolívar, San Andrés, Sucre, Santander, Cundinamarca y Arauca, con quienes avanzamos en reflexiones extensas acerca de las dinámicas de sus organizaciones, en donde en conjunto promovimos habilidades de escucha, de diálogo, mutuo respeto y cointerpretación.

Esta praxis investigativa que nos propusimos propende a un intercambio entre coinvestigadores y un diálogo intercultural descolonizante (Leyva y Speed, 2008: 51), que posibilite “la transformación de la investigación en la acción política” (Rappaport, 2007: 83). Justamente, hemos querido entregar una investigación útil que, desde muchas voces, fortalezca la lucha ambientalista en Colombia, y reconozca el papel y las agendas de las mujeres en las transformaciones políticas que se han venido construyendo. Visibilizar sus apuestas, sus inquietudes, la historia de su papel en el movimiento ambientalista es una manera de salir del silencio o hacer otros ruidos, y de explorar otras perspectivas de las intersecciones, tensiones y encuentros entre el activismo ambientalista popular y los feminismos.

Estas otras perspectivas nos permitieron explorar, desde adentro, los desafíos de las mujeres en la lucha ambiental, sus miedos, sus ímpetus y sus sentires, y las formas de afectarse y afectar los procesos de transición que las sociedades y las comunidades están experimentando frente a una crisis ambiental global. Esta transformación radical es y ha sido desde la acción y el pensamiento de las mujeres, su labor siempre ha estado presente y, hoy más que nunca, crepita en el centro de todos los debates y las luchas. En los ambientalismos institucionalizados y, sobre todo, en la acción ambiental popular, las mujeres están construyendo

y proponiendo *lo nuevo*, que muchas veces también es lo antiguo. Sus propuestas y acciones invitan hoy al mundo a refundarse epistemológica y ontológicamente para enterrar al patriarcado, dejar los fósiles en el subsuelo, proteger las aguas y construir un mundo viable, donde podamos pervivir.

Es importante destacar que en esta investigación mantenemos una deuda con las mujeres trans, que, aunque participaron de manera tangencial, aún siguen estando ausentes en los testimonios y análisis respecto a la relación ambientalismos y feminismos; esperamos que esta sea una nueva tarea de investigación que continúe encontrando resistencias y diversifique los análisis de las vivencias de las mujeres trans, personas transmasculinas, no binarias y, en general, disidentes sexuales y de género, en sus territorios. En este sentido, aclaramos que esta investigación fue construida principalmente con mujeres cisgénero, que se identificaban como campesinas, urbanas, negras, raizales, palenqueras, indígenas, y a quienes nos referiremos como defensoras del territorio durante todo el relato.

Sobre este relato

Esta investigación está desarrollada en tres capítulos que fueron construidos de manera articulada y colaborativa entre las colectivas entrevistadas, las investigadoras y el equipo del Fondo Lunaria.

En el primer capítulo presentamos y analizamos los principales ejes de las agendas de las jóvenes defensoras, mostrando que sus narrativas, prácticas y propuestas estratégicas están alimentando y proporcionando nuevos sentidos políticos y ecológicos a las agendas y activismos ambientales en Colombia. Así mismo, explicamos cómo se intersecan los reclamos de los activismos feministas contemporáneos con las prácticas de cuidado de los territorios, mostrando que en estos encuentros se amplifican las nociones e interpretaciones del cuidado como alternativas reales para el sostenimiento de la vida y una transición socioambiental radical.

En el segundo capítulo nos detenemos en las trayectorias organizativas de las colectivas participantes, para evidenciar su papel en la transformación de las agendas políticas de sus organizaciones. En este apartado conocemos los obstáculos y desafíos que las defensoras enfrentan para incorporar las perspectivas de género en los debates organizativos y en la construcción de las acciones políticas de las organizaciones mixtas con quienes se enfrentan

al avance de los extractivismos en sus regiones. Adicionalmente, podemos observar que son las mujeres jóvenes quienes en su experiencia pujan por incorporar una mirada interdependiente entre la justicia ambiental y la justicia de género.

En el tercer capítulo reconstruimos la historia reciente de las luchas ambientalistas en Colombia, ubicando el lugar y la voz de las protagonistas en la concreción y consolidación de las agendas ambientalistas durante los últimos 30 años. Desde una escala histórica y geográfica más amplia, en este apartado se revalora el papel de las mujeres en la lucha ambiental y se reconoce que las mujeres jóvenes han tenido un protagonismo portentoso, pero muchas veces invisibilizado, en las luchas antiextractivistas que se han librado los últimos 15 años en nuestro país.

Finalizamos con unas conclusiones que resaltan los hallazgos y avances que las mujeres defensoras vienen trabajando y vivenciando para consolidar sus agendas, algunas con perspectiva feminista, en el seno de sus organizaciones. Así mismo, señalamos algunos retos para los activismos feministas y ambientalistas frente a la ineludible interdependencia que sugieren las preguntas y soluciones que las mujeres están construyendo frente a las crisis ambientales y sociales del planeta. Estas deben estar presentes y liderar muchas de las agendas populares e institucionales que discuten las transiciones socioambientales, el futuro energético del mundo y la preservación de nuestra vida como especie.

CAPÍTULO 1



Los ejes de las agendas y estrategias de acción de las mujeres jóvenes que defienden el territorio

En el presente capítulo analizaremos las narrativas, prácticas y nociones propuestas y construidas por las mujeres jóvenes defensoras del territorio. Estos aspectos alimentan de nuevos sentidos las agendas políticas de los ambientalistas en Colombia, cuestionando las relaciones desiguales y utilitaristas con lo humano y no humano, complejizando las miradas del cuidado y enfatizando la producción y la reproducción como procesos fundamentales para el sostenimiento de la vida.

Para este propósito, dialogamos con integrantes de colectivas y organizaciones apoyadas por el Fondo Lunaria –a través de los programas “Derechos, Sostenibilidad y Autonomía” y “Libertad y Democracia”– y otras organizaciones de distintos lugares de Colombia, quienes mediante su testimonio compartieron sus experiencias y los desafíos en sus procesos de lucha territorial y nos permitieron evidenciar horizontes renovados en su búsqueda de justicia ambiental y de género.

Este capítulo está estructurado en tres apartados: primero, describimos las concepciones políticas recreadas por las colectivas y organizaciones entrevistadas y participantes en los grupos focales, así como las narrativas de resistencia que emergen desde enfoques artísticos y culturales para posicionar sus voces y potenciar sus apuestas como defensoras de los territorios. Segundo, presentamos las diversas prácticas de resistencia construidas en sus espacios organizativos, donde las mujeres jóvenes han aportado y propuesto acciones políticas innovadoras orientadas a la justicia ambiental y de género. Finalmente, describimos y analizamos sus nociones de cuidado desde las

dimensiones afectiva, simbólica y política, las cuales han alimentado las luchas ambientalistas y han reorientado las agendas políticas de los colectivos de mujeres y mixtos, amplificando su alcance y su acción sobre las naturalezas.

Colombia es un país biodiverso, con una gran riqueza hídrica, abundantes paisajes y amplia diversidad cultural. Durante las últimas décadas ha estado sometido por los extractivismos y otras formas de apropiación violenta y expropiación de los bienes naturales, asociado al avance de la frontera minera, a la privatización del agua y la mercantilización diversificada de la naturaleza. Este modelo de reproducción intensiva del capital ha intensificado los conflictos socioambientales en diferentes territorios del país, generando desplazamiento, disputas por la tenencia y vocación de la tierra, contaminación y pérdida del derecho a una vida digna en las comunidades urbanas, campesinas, afrodescendientes, indígenas y raizales.

Las mujeres, especialmente las jóvenes, no han sido ajenas a estas realidades y, por el contrario, se han organizado para defender sus espacios de vida, construyendo y proponiendo agendas políticas a partir de sus pensamientos, sentires y formas de habitar sus territorios. Los conflictos socioambientales que las participantes de esta investigación y nosotras como investigadoras enfrentamos, están asociados a actividades extractivistas diversas que van desde la minería y la explotación de hidrocarburos, hasta problemas asociados a la masificación del turismo y las falsas soluciones del capitalismo verde.

Las agendas se han venido alimentando de diversos enfoques y visiones de mundo, narrativas y prácticas de resistencia, las cuales, en algunos casos, cuestionan el sistema capitalista y la cultura patriarcal y, en otros, las relaciones y miradas antropocéntricas¹ y patriarcales de las luchas ambientales. Los contenidos y las apuestas que construyen las jóvenes a través de sus agendas evidencian las afectaciones que experimentan tanto por el avance depredador y violento del capitalismo como por las luchas y resistencias que ejercen en su propia vida organizativa y en su experiencia como mujeres en un mundo patriarcal.

1 La visión antropocéntrica se refiere a la separación de los seres humanos y de la naturaleza, afirmando que solo los humanos tienen derechos, mientras que la naturaleza está desprovista de ellos: “Esta es la postura antropocéntrica donde la Naturaleza no tiene derechos propios, sino que éstos residen únicamente en las personas. Únicamente los seres humanos, en tanto cognoscentes y sintientes, son los agentes morales que pueden otorgar esos valores, y discutir en los escenarios políticos sobre la administración del entorno” (Gudynas, 2010: 48).

Narrando y comunicando la resistencia: sentidos y formas del pensamiento y la palabra de las jóvenes

Los conflictos socioambientales, entendidos como “las luchas generadas por los efectos de la contaminación en ciertos grupos o por los sacrificios causados por la extracción de recursos naturales” (Kousis, 1998, citado en Rincón, 2015: 77), se han incrementado exponencialmente en Colombia y han generado procesos de apropiación, privatización y contaminación de los bienes naturales por parte de transnacionales, empresas estatales y actores privados. Estos conflictos se han distribuido extensamente en varios lugares del país, afectando las formas de subsistencia de las comunidades, suscitando desplazamientos e impactando el entramado de la vida y, por tanto, la permanencia de los pueblos en sus territorios.

Frente a la imposición y consolidación del modelo económico extractivista, las comunidades se han organizado de distintas formas para defender sus visiones de vida, sus territorialidades, sus formas de subsistir y sus relacionamientos con la naturaleza. En especial, el papel de las mujeres en la defensa de los territorios ha tenido un gran protagonismo, siendo ellas quienes han reclamado respeto por sus modos de vida y por la permanencia en sus territorios campesinos, indígenas, urbanos, afrodescendientes y raizales.

Las mujeres, y en especial las jóvenes, han creado una amplia variedad de agendas y demandas orientadas a la construcción de otras formas de relacionamiento con lo humano y lo no humano, a posicionar nuevas narrativas de enunciación y denuncia frente a las consecuencias de diferentes extractivismos y otras actividades de explotación de la naturaleza, y a enfrentar otros desafíos asociados a su identidad de género y a las barreras que experimentan con relación al ejercicio de la participación política en sus organizaciones y al reconocimiento de sus voces en la lucha territorial.

En esta investigación hemos identificado la importancia de estas otras narrativas o *alternarrativas* de resistencia, que han sido recreadas por las jóvenes defensoras como formas distintas de decir y comunicar lo que piensan y demandan, sus entendidos respecto a las agendas prioritarias para la justicia ambiental y también una forma de establecer puentes intergeneracionales que muestran la dimensión de la crisis ambiental y sus respectivas responsabilidades. Estas alternarrativas cuestionan, por ejemplo, los relatos y pensamientos dominantes de la cultura patriarcal frente a lo humano y a los bienes naturales, los cuales refuerzan miradas utilitaristas de la naturaleza,

folclorismos asociados a las identidades campesina e indígena y formas de entender lo ambiental como conservación.² A su vez, han empezado a incorporar a las agendas ambientales referencias respecto a los cuerpos como espacios de cuidado y, además, a conectar la salud de los territorios con la salud de los cuerpos humanos y no humanos.

... Pues con el paso de los años crecimos, obviamente, y nos enfocamos en otras cosas más alineadas como hacia el territorio, hacia las mujeres, hacia su defensa. Entonces, digamos que ahorita la motivación en este momento es poder tener escuelas en la ruralidad, compartir un mensaje desde la visión de mujeres jóvenes campesinas carrangueras que somos. Entonces, desde ahí se transmite un mensaje por medio de la música y el arte, entonces, ahora la motivación es distinta. (El Son del Frailejón, Cundinamarca, entrevista grupal, 2022)

El Son del Frailejón, colectiva del municipio de Guasca, es un ejemplo de la consolidación de estas alternarrativas, que han irrumpido en espacios tradicionalmente masculinos y fundamentalmente transitados por hombres cisgénero, relevando, desde la música en este caso, el papel de las mujeres en la lucha ambiental y en el cuidado del territorio.

En estas nuevas narrativas son varios los temas que empiezan a emerger y que resultan innovadores en medio de las organizaciones mixtas que luchan frente a la justicia ambiental: los feminismos ambientales, las posiciones no antropocéntricas y que consideran lo no humano como parte de la reflexión y la acción ambiental, la recuperación de los saberes y prácticas ancestrales de relacionamiento con la naturaleza, entre otros, son miradas que empiezan

2 “Ante la inquietud de la disminución de recursos naturales se desarrollaron estrategias preservacionistas y conservacionistas en diferentes países occidentales. Entre ellas el establecimiento de restricciones de uso de los recursos naturales y la creación de parques naturales a finales del siglo XX. Los intereses locales y nacionales empezaron a forjar una manera particular de controlar el uso de la naturaleza a través del manejo de los recursos (agua, bosques, animales silvestres...) bajo la lógica de los principios de la conservación científica” (Ulloa, 2004: 90). “La naturaleza se convirtió en un ente que podía ser ordenado en espacios determinados a través de los cálculos instrumentales, la eficiencia técnica y el conocimiento experto. Al mismo tiempo las formas de gobernabilidad implicaban procesos de control y dominio para transformar la naturaleza en una categoría de conocimiento bajo la mirada de los expertos desde la tendencia del conservacionismo” (Ulloa, 2004: 92).

a circular por acción de las jóvenes defensoras y que son el germen de lo que en esta investigación llamamos agendas, como se describe a continuación.

“Somos feministas empíricas”

Los feminismos han tomado gran fuerza en los últimos tiempos, entendidos como una ética, una forma de estar en el mundo, una práctica política que tiene una historia y se alimenta de múltiples demandas de mujeres, colectividades y comunidades para tomar conciencia ante la opresión, explotación y dominación de que han sido objeto y son objeto por parte del sistema patriarcal (Jaiven, 2019). Las jóvenes recrean concepciones de feminismos a partir de sus historias, vivencias y demandas en el territorio. Tal es el ejemplo de las Colectivas del Caribe, lideradas por mujeres jóvenes y negras, que cuestionan el feminismo hegemónico con sus narrativas, a partir de los conocimientos heredados por las ancestas o sabedoras de su comunidad:

Hay una conexión muy fuerte con la ancestralidad, que, de pronto, en otros feminismos, no está muy tenido en cuenta y que, además, no es cualquier ancestralidad, sino que es, digamos, una raíz muy fuerte con lo nuestro; luego, están las memorias históricas que son concretas de aquí de Palenque. Luego, está el tema de lo comunitario [...] cada cual vive en su casa, pero casi todo se comparte, de otra manera diferente a como es en la ciudad. También la relación con el sentimiento y con las emociones, como una cosa más orgánica, no tan teórica, o también teórica, porque también leemos cosas teóricas. Pero, digamos, es esta cuestión de estar en la naturaleza, conectar consigo misma, con las emociones y los sentimientos. (Madre Monte de San Basilio de Palenque, Bolívar, entrevista grupal, 2022)

Las jóvenes defensoras, pese a que no se enuncian como “feministas”, están experimentando los valores y los cuestionamientos del feminismo desde miradas complejas influenciadas por los saberes de las ancestas y la conexión con el territorio. Como es señalado por ellas, se distancian de los feminismos hegemónicos, que son vistos como algo teórico y poco aplicado; al incluir la lucha antirracista en sus agendas de defensa territorial y proponer otros relacionamientos con los bienes naturales, a partir de la afectividad y el trabajo colectivo, plantean otra forma de ser feministas. Esto fundamentalmente porque en sus contextos, vivencian temores para enunciarse como feministas

y para enfrentar las posibles discriminaciones en sus comunidades, que son escenarios machistas y patriarcales:

Para nosotros es un poco difícil la lucha como mujer afro porque no tenemos esa participación tan activa como la tienen ustedes, no tenemos la oportunidad que tienen ustedes de tener esa participación como mujer feminista. Ya que para nosotros es muy diferente esa lucha, como la lucha de ustedes, porque tenemos pocas herramientas para hacer eso. Es por eso que se nos dificulta ese proceso del feminismo. Nos da un poco de temor salir y enfrentar porque somos negras y tenemos miedo a que otras personas nos echen a un lado. Entonces, para nosotros es duro ese proceso del feminismo. (Madre Monte de San Basilio de Palenque, Bolívar, entrevista grupal, 2022)

Ahora bien, otras colectivas expresan que su experiencia feminista nace en la práctica diaria de su activismo ambiental, en la que deben enfrentar micromachismos y formas de estigmatización y discriminación en asuntos y espacios que han sido históricamente habitados por hombres cisgénero, como la política y lo institucional:

... Somos feministas empíricas, o sea, de lo poco que cada una ha vivido, más las experiencias que vemos. [...] Hacer política, o sea, entrar a luchar un espacio de representación y participación en política, te lo digo, creo que es uno de los actos más feministas que he hecho y que hago y no me importa; porque todo el tiempo los hombres viven, tú sabes, no solamente los hombres, las mujeres también, la sociedad en general; ¡Ay! bueno, pero tú, qué vas a hacer allá, vamos a las reuniones 500 mil hombres, y yo; “hola”, sí, y así. Entonces, en San Andrés, en donde, imagínate que las mujeres aquí, para la política, son como el vehículo, no hay muchas lideresas, son las fuertes en el barrio, con todo lo que tiene que ver con lo comunitario, citan a la gente, están pendientes. Pero, cero espacios de participación, cero espacios de toma de decisiones, cero espacios de información privilegiada. (Youngsters, San Andrés y Providencia, entrevista grupal, 2022)

Las defensoras cuestionan el sexismo en sus prácticas, en el ámbito público y privado, y sus esfuerzos organizativos han sido la herramienta para enfrentar al patriarcado en su cotidianidad y en su vida como activistas ambientales. A través de la organización han identificado formas de romper

con las narrativas y prácticas machistas en los escenarios de lucha territorial, y visibilizar sus pensamientos y preocupaciones. Estas formas se relacionan con juntarse para reconocer las discriminaciones sufridas por ser mujeres y negras, por ejemplo, la inclusión de la lucha antirracista en los escenarios de discusión y el cuestionamiento sobre la toma de decisiones dentro de los espacios deliberativos en la lucha territorial, ya que en algunos escenarios la voz de las jóvenes es infantilizada y no tomada en cuenta. Poco a poco, las mujeres, sobre todo las jóvenes, han venido develando cómo los mandatos del sistema patriarcal se despliegan en sus espacios organizativos mixtos; parte de sus esfuerzos han consistido en definir cómo nombrar estas situaciones, cómo circularlas en las agendas organizativas, sin que eso las excluya de las dinámicas políticas de su lucha ambiental y territorial.

Los feminismos que habitan las jóvenes con las que trabajamos se ubican dentro de los feminismos negros, comunitarios y territoriales, porque parten de las experiencias situadas. Así mismo, es importante mencionar que no todas las colectivas se enuncian feministas. Desde nuestro análisis, las colectivas incorporan en sus pensamientos y prácticas la lucha antirracista de los feminismos negros, que reconoce y cuestiona los privilegios de las mujeres blancas en la sociedad (hooks, 2017); desde los feminismos territoriales, incluyen la defensa del territorio, los modos y la continuidad de la vida a partir de las prácticas y relaciones de hombres y mujeres, y las relaciones con lo humano y no humano frente al extractivismo y al desarrollo (Ulloa, 2016); recogen la escucha, el reconocimiento y la legitimidad del conocimiento de las ancestras frente a su territorio, elementos que son parte de los feminismos comunitarios; cuestionan, critican y proponen deconstrucciones de las opresiones históricas vividas e impuestas por el sistema patriarcal; aportan con ideas y propuestas para la revitalización y recreación de nuevas formas y prácticas para la armonización y plenitud de la vida (Cabnal, 2010). Las jóvenes luchan para que sus cuerpos y territorios dejen de ser explotados y dominados desde la lógica del capital.

En suma, aunque muchas veces algunas temen decirse feministas, sus narrativas, prácticas, lógicas y propuestas son feministas, ya que se organizan para reconocer las múltiples violencias ejercidas sobre sus cuerpos y su territorio, le apuestan a la juntanza como dispositivo de poder para enunciar y reconocer las opresiones ejercidas en la cotidianidad, deciden participar en escenarios políticos y de deliberación históricamente masculinizados para

incluir sus voces en la toma de decisiones trascendentales en las agendas de defensa territorial y proponen otros relacionamientos con lo humano y lo no humano desde la afectividad, interpelando los mandatos patriarcales y capitalistas de despojo, explotación y dominación.

No obstante y pese a estos esfuerzos, queda un camino largo por recorrer dentro de la acción feminista de las defensoras territoriales, donde el género como perspectiva debe hacer parte de la construcción de sus agendas organizativas y tener un lugar privilegiado en los espacios formativos, políticos y cotidianos. Así mismo, la interseccionalidad como forma de entender las opresiones y su interdependencia es prioritaria en la acción ambientalista, si se quiere realmente construir un futuro sustentable para todas y todos, y hace parte de los nuevos referentes de las mujeres jóvenes, quienes sostienen que sin justicia de género y justicia social, no habrá justicia ambiental.

Narrativas transgresoras para la defensa de la vida

Para lograr incorporar las voces de las mujeres en medio de su diversidad en las luchas ambientalistas, ellas han utilizado múltiples lenguajes que les permiten difundir los mensajes y abonar desde lo cotidiano los cambios culturales necesarios para propiciar debates acerca de la justicia de género, las violencias basadas en género y su participación política y organizativa. Algunas defensoras han retomado expresiones artísticas de sus lugares de origen, resignificándolas y dándoles nuevos contenidos; otras, en cambio, por su historia de vida y recorridos, que muchas veces incluyen la ciudad y las universidades, han reconocido nuevas formas de expresión y movilización que han traído a sus territorios y también han puesto en marcha para decir lo que a veces no se ha querido escuchar.

Para el primer caso, conocimos y dialogamos con el grupo de música carranguera El Son del Frailejón, integrado por cuatro mujeres jóvenes de Guasca (Cundinamarca), que a través de su apuesta musical llevan mensajes de cuidado del territorio, dan a conocer las tradiciones campesinas de su región y reflexionan en torno a la protección de los bienes comunes naturales.

❖ Nosotras también buscamos la manera de hablar de defensoras del territorio como mujeres. Entonces, desde el primer disco hasta el que tenemos próximo a salir, hemos buscado siempre que nos cuenten desde su experiencia por lo que han luchado; eso también hace parte, un poco, de defender esos saberes y

esas cosas que uno quiere conservar. Ahorita, por ejemplo, se viene en el disco una canción al oso de anteojos, que, digamos, habla un poco de defender las ideas que hay alrededor y de cómo habita el territorio, defender también eso. Entonces, sí, digamos que nos hemos movido desde el principio, desde nuestras canciones, y así defendemos el territorio del que nosotras somos. (El Son del Frailejón, Cundinamarca, entrevista grupal, 2022)

Ellas reconocen la música como vehículo para difundir los mensajes compuestos a partir de las historias de las defensoras y los relacionamientos con el agua, la montaña y la biodiversidad. En su lenguaje musical rescatan el valor de lo cotidiano, los saberes locales y, además, reflexiones acerca del cuidado y la permanencia en el territorio. Este grupo es único en su clase, ya que la carranga –un aire musical colombiano campesino propio de los departamentos de Cundinamarca y Boyacá– ha sido interpretada principalmente por hombres y, aunque algunas mujeres participan en grupos mixtos, el Son del Frailejón ha irrumpido en festivales y ferias de la región mostrando el poder de las mujeres en la música y también nuevas historias que contar.

Era un género muy muy de hombres, como que solo lo hacían los hombres, y [...] si había un grupo con mujeres, era la muchacha que cantaba o cosas así. Entonces, digamos, que ahorita tener la posibilidad de –como mujeres– pues poder tener una agrupación musical, poder implementar nuevas escuelas y poder [...] generar como esas conexiones con otras mujeres artistas plásticas de renombre es muy importante para nosotros en Guasca. (El Son del Frailejón, Cundinamarca, entrevista grupal, 2022)

La carranga, a pesar de ser una música costumbrista, ha tenido una narrativa desde el *ethos* cismasculino, y han sido las jóvenes carrangueras quienes han transformado esta voz, hablando desde la propia y poniendo en el centro el cuidado del páramo y de los ecosistemas de su región. Aunque existen composiciones carrangueras acerca del cuidado del territorio, como las escritas por el maestro Jorge Velosa, las jóvenes del Son del Frailejón han explorado mucho más estos temas, teniendo en cuenta las situaciones de amenaza que su provincia, el Guavio, ha experimentado durante los últimos años. La explotación petrolera, la ganadería, la deforestación, entre otros asuntos han sido los motores para que estas mujeres canten a la vida. En

sus composiciones también han influido sus relacionamiento con procesos de jóvenes como “fortaleza de la montaña” que han nutrido su experiencia ambientalista y han construido de manera colectiva la materia prima para la creación musical. Esto es importante, ya que, en ciertos contextos, las luchas ambientales llevadas a cabo por jóvenes son fuertemente estigmatizadas y perseguidas y, en este caso, la música ha sido una forma de movilizar las voluntades, los pensamientos y las voces de las mujeres, pero también de diversificar el activismo ambientalista de la región por medio de otros canales.

En las colectivas también encontramos mujeres jóvenes que han recreado y mezclado formas culturales localizadas para visibilizar y difundir sus pensamientos. Emplean técnicas como el bordado y la pintura para visibilizar las virtudes del territorio y generar espacios colectivos para la identificación de los bienes comunes naturales del territorio.

◇ A través del bordado y la pintura, recordamos la riqueza del territorio e identificamos el valor de los seres que habitan en el territorio (Reviviendo Nuestro Campo, Santander, entrevista grupal, 2022).

El tejido se vincula como un elemento articulador de sentires, historias y percepciones de las mujeres, constituye un espacio para juntarse y charlar sobre lo que les afecta en su cuerpo y territorio, se convierte en un espacio para ellas.

Por otro lado, las mujeres jóvenes incorporan narrativas más urbanas para visibilizar el trabajo realizado con las mujeres campesinas acerca de los feminismos y la lucha ambiental, retratan los procesos y dan protagonismo a sus integrantes:

◇ Tenemos una exposición fotográfica, que la idea es sacarla este año. Es una pequeña expresión feminista que queremos hacer como para decirles venga, esto es lo que estamos haciendo en los círculos y yo creo que por ejemplo sintetizar eso. Esos conceptos para nosotras, como vital cierto, el tema de que es feminismo [...] todo lo que manifestamos las mujeres y lo que queremos. Y que la lucha es transversal: la ambiental con la feminista. (Jóvenes por la Defensa del Territorio - JÓDETE, Antioquia, entrevista grupal, 2022)

Esta es otra forma de relatar las historias, las percepciones, los conocimientos y las demandas de las mujeres. Además, introducen un lenguaje visual, para “cuestionar y hacer frente al modelo biocida representado por el sistema patriarcal-capitalista de explotación y despojo que violenta emocional, espiritual, estructural, física, económica y políticamente los cuerpos y territorios” (Gonzaga *et al.*, 2022: 95). En el caso de JÓDETE, es claro el sentido político que dan a la exposición fotográfica, que moviliza e impacta las emociones de las creadoras del contenido y las receptoras para sensibilizar frente al modelo capitalista depredador y disputar espacios para la creación de otros mundos posibles en armonía con lo natural.

En esa misma línea, las jóvenes integran el teatro foro, una técnica del teatro del oprimido como narrativa innovadora para generar conciencia alrededor de la personificación de problemáticas de desigualdad de género y asociadas a la crisis ambiental vivida en la comunidad:

❖ A nivel local, hicimos un grupo de teatro foro, dando un enfoque de género y ambiente para integrar a más personas y que se suelten; a generar seguridad en nosotras las mujeres, en hablar; vemos que somos muy tímidas. Históricamente, la mujer ha sido callada, tenemos muchas cosas por aportar y por el miedo a decir, a ser juzgadas, no decimos nada. Nosotras queremos conocernos y hablar. (EcoGénova, Quindío, Seminario Territorio, 2022)

El teatro foro aparece como una herramienta participativa, dinámica, creativa y de fortalecimiento que aporta estrategias para la reflexión y la acción. A través de estos ejercicios, las jóvenes refuerzan la cohesión en el grupo al escribir, crear, practicar, producir y presentar la obra. Además, se potencia el accionar político de las mujeres al generar ejercicios de confianza y seguridad entre ellas mismas. La técnica busca que las personas espectadoras se transformen en “espectador o espectatriz”, pues participan en la reflexión y reemplazan a los actores y las actrices para buscar una solución a la problemática planteada. Se trata de una narrativa cultural donde todas y todos se convierten en protagonistas y en artífices de la solución a las problemáticas planteadas durante la obra.

Las narrativas innovadoras y, a veces, transgresoras que anidan en el arte, la música, el teatro proponen otras formas de posicionar los pensamientos y las propuestas generadas por las mujeres en sus organizaciones, que

muchas veces no son vistas en los espacios tradicionales de la asamblea, de la reunión o de la plaza pública. También se convierten en formas de decir lo que no se quiere escuchar y que muchas veces es silenciado por el patriarcado, restringiendo su participación o sus propuestas en las agendas de los movimientos y de las luchas ambientales.

Estas formas de expresión también potencian las voces de las mujeres para denunciar las violencias vividas y posicionar el rechazo ante el modelo capitalista y patriarcal, sensibilizando por distintas vías a las personas participantes, oyentes, espectadores, etc. Sus creaciones son provocaciones de transformación; en este sentido, se convierten en “creadoras de lenguajes y de símbolos capaces de ‘seducir’ al otro y establecer pactos de reciprocidad y convivencia entre diferentes” (Rivera, 2010: 72).

Prácticas de resistencia: acciones emancipadoras de las mujeres jóvenes defensoras del territorio

El modelo capitalista intensificó las acciones depredadoras en los territorios; incrementó la desigualdad, la inequidad en el manejo de los bienes comunes; impuso relaciones mercantilistas y lógicas individualistas, instrumentalizando a las personas y a la naturaleza a través de la implementación de la agricultura intensiva, el turismo desmedido y los proyectos extractivistas, entre otras actividades. Estas adecuaciones económicas del capital, que significaron un proceso agresivo de neoliberalización de la naturaleza, sucedieron en territorios específicos que fueron despojados o invadidos por el poder corporativo, frente a los ojos de comunidades que por años habían vivido allí y dependían enteramente de los beneficios naturales que estos territorios les daban.

Este panorama generó una respuesta, que se ha venido amplificando durante las últimas décadas y que ha significado un proceso profundo de organización local y subregional para defender las aguas y las montañas, exigir participación y buscar la transformación total del modelo extractivista, al que las mujeres no han sido ajenas; por el contrario, han estado en el centro de los debates, proponiendo acciones de resistencia frente a estas problemáticas. Justamente en los últimos 20 años, caracterizados por una agudización de los extractivismos, las jóvenes han sido protagonistas de la movilización social y de las acciones colectivas en defensa de las aguas, de los ríos y de ecosistemas como el páramo y las montañas altoandinas. Colectivas de mujeres y colectivos mixtos de jóvenes han propuesto acciones de resistencia a partir de sus

diversas identidades, sus sentires y formas de concebir una vida digna. En esta investigación, junto con las colectivas de mujeres jóvenes, encontramos acciones y prácticas que han renovado las agendas de la lucha ambientalista y han promovido nuevas formas de concebir y relacionarse con lo no humano, la juntanza con la movilización feminista, propuestas de agroecología y recuperación de cultivos ancestrales y algunas propuestas amplificadas acerca del cuidado de los cuerpos humanos y los cuerpos territorio.

La siembra para cultivar la resistencia

El modelo agroindustrial impone una serie de prácticas agrícolas nocivas para los territorios y las comunidades, desconociendo los conocimientos de la agricultura campesina. “El agronegocio y las multinacionales intentan colonizar las formas de producción de los alimentos, imponer cómo, qué y cuándo producir, sin respetar los saberes alimentarios ancestrales, reemplazándolos por el monocultivo y los agrotóxicos” (La Vía Campesina, 2021: 19). Frente a esto, las mujeres practican la conservación de las semillas nativas para reproducir los saberes de las ancestras, salvaguardar la agricultura propia de su comunidad y rechazar el uso de agroquímicos en los cultivos que envenenan la vida.

La conservación de semillas nativas es ese proceso en el que conservamos nuestra semilla nativa, así como conservamos nuestra ancestralidad, nuestros ritos fúnebres, nuestra cultura, nuestras danzas y nuestros bailes tradicionales. Así mismo, cuidamos también todo lo que tiene que ver con la vida, porque eso, lo que es parte de nuestra cultura, es parte de nuestra vida. Las semillas ancestrales, todo eso, es parte de nuestra vida, de nuestra soberanía alimentaria, esos platos típicos tradicionales de acá de Palenque de San Basilio. (Madre Monte de San Basilio de Palenque, Bolívar, entrevista grupal, 2022)

Por otro lado, las organizaciones incluyen la siembra como una acción colectiva, política y cultural. Una práctica vivenciada desde los saberes de las abuelas campesinas y los abuelos campesinos de la comunidad. Resisten a la crisis alimentaria propiciada por el modelo capitalista que ha ido desplazando la agricultura familiar por una agricultura intensiva que solo beneficia a las multinacionales. Las mujeres rechazan el modelo de agrotóxicos y como acto disruptivo siembran en sus casas y en espacios colectivos.

Desde nuestra colectiva, hemos apuntado en sembrar, en mantener esa siembra viva, porque sembrar es vida, sembrar es amor, sembrar es revivir una lucha que desde antes se hacía aquí por nuestras abuelas, nuestros tíos, nuestras tías, que ya no están, y por eso seguimos con esa lucha de sembrar y cultivar, sobre todo nuestro propio alimento y tener una independencia en la comida. Hoy vemos que las cosas son más costosas y que los alimentos están más caros y creemos que una alternativa para ello es que sembremos, sembremos la vida. (Corporación María Mulata, Sucre, entrevista grupal, 2022)

Para algunas jóvenes, la siembra se convierte en una práctica de juntanza. Alrededor de la huerta, ellas se congregan para cultivar la tierra y paralelamente expresar sus experiencias alrededor de las violencias. Discuten temas ambientales, políticos y de género, transformando la huerta en un escenario de toma de conciencia a través del aprendizaje interactivo y relacional mientras cultivan el alimento.

Nosotras estamos trabajando desde las huertas caseras, nos reunimos con diferentes mujeres y hablamos temas de violencias, de derechos y construimos las huertas caseras del hogar; incluimos a las familias en la construcción de estas huertas, para poder cultivar. A veces, creemos que solo las mujeres hacen las huertas, pero realmente no; todos los de la familia pueden hacerlo, que nuestros esposos hagan parte del proceso. También la utilización de una alimentación sana sin químicos; de esa manera, tocar temas del medio ambiente. (Grupo de Mujeres Campesinas de Sucre Vida y Territorio, Cauca, Seminario Territorio, 2022)

Las colectivas incorporan la siembra en las agendas de lucha territorial como una práctica de resistencia, donde las mujeres se conectan con la tierra a través del cultivo de alimentos, la conservación de semillas nativas, libres de agroquímicos, permitiendo relaciones afectivas para expresar las violencias vividas y concientizarse de las diferentes formas de opresión presentes en la cotidianidad. La siembra se convierte en un sistema de cuidado colectivo, integradora de saberes y sentires a partir del cultivo; este, a su vez, es una práctica anticolonial y antiextractivista que combate en escala pequeña las formas de producción alimentaria tóxica del capitalismo que atenta contra la salud humana y planetaria.

Podemos decir que la huerta ha sido un lugar de las mujeres, una espacialidad que han habitado y desde donde ha nacido también su resistencia política y económica. La conservación de la huerta en comunidades afectadas por los extractivismos ha sido una práctica que ellas han mantenido como símbolo de resistencia. La preservación de este espacio ha tenido que ser disputada dentro de sus organizaciones, en donde muchas veces esta forma de apropiación territorial y de subsistencia es subvalorada e invisibilizada. Así que los procesos de recuperación de la siembra y la huerta por jóvenes mujeres recogen una práctica milenaria donde han construido relaciones íntimas e interdependientes entre ellas, con la naturaleza y el alimento.

Juntanza para la toma de conciencia

El sistema patriarcal se ha encargado de fragmentar los vínculos entre las mujeres para evitar su juntanza. Las jóvenes defensoras reconocen su poder al organizarse y tomar conciencia de las múltiples violencias de género que experimentan. Ante esta situación, han decidido coconstruir espacios de reflexión y acción política dentro de sus organizaciones ambientales para discutir sentires, emociones y experiencias vividas en su cotidianidad.

❖ Nosotras como mujeres necesitamos voces, que nos empoderemos, que busquemos estrategias de cambiar ese patriarcado que hemos vivido durante muchos años, sumar la voz de las jóvenes a nuestras trayectorias, las costumbres que son aprovechables, porque si seguimos esas mismas costumbres del machismo, continuará el patriarcado en nuestras vidas. (Grupo de Mujeres Voces de Marimba, Guapi [Cauca], Seminario Territorio, 2022)

Incluyen dentro de la lucha ambiental lo que bell hooks denomina la toma de conciencia, un espacio creado para la escucha, el diálogo y la confrontación entre las mujeres para tomar fuerza y desafiar las conductas patriarcales y sexistas de sus espacios (hooks, 2017). Ellas, por medio de la juntanza interna, reconocen las conductas violentas y las desigualdades por su raza, sexo, clase, género y generación. Buscan la desnaturalización de los mandatos del patriarcado en la cotidianidad y en el ambientalismo popular.

❖ Queremos impulsar la voz de la mujer a través del reconocimiento de la mujer.
❖ Si sabemos de dónde venimos y la importancia de nuestro rol y el papel de la

familia en la sociedad, podemos reconocernos y expresarnos. Lo que hacemos es buscar la fortaleza de la mujer campesina, lo importante que es la tierra, y el buen aprovechamiento de los recursos, y que de alguna manera somos la base y que no debemos ser explotadas, se puede cambiar la sociedad. En estos talleres queremos educar, uno no puede enseñar lo que uno no conoce; muchas veces, los derechos están planteados dentro de la Constitución, pero se supone que deberían saberlo, pero, sin embargo, dentro del campo no existe, es un papel ficticio. Una mujer no puede defender los derechos que no conoce [...], porque lo único que le dijeron fue “vaya y prenda el fogón y cocine”. Ese es el cambio, de decirle estos derechos existen, vaya a reclamarlos, usted puede educarse y desde el territorio hay alternativas, hay maneras, y si no empieza, nunca se va a dar el cambio. Kuichi siempre ha querido cuidar la naturaleza, los recursos, pero, sobre todo, a nosotras mismas. (Kuichi Red de mujeres por la conservación del oso de anteojos, Nariño, Seminario Territorio, 2022)

A través de la juntanza interna, las colectivas construyen solidaridades y apuestas políticas que buscan “desafiar y modificar el pensamiento sexista de las mujeres”. La solidaridad feminista reconoce las desigualdades presentes en la cotidianidad por raza, clase y sexo, rompe con las relaciones de dominio de las unas sobre las otras e invita a las mujeres a “desaprenderse de su poder para dominar y explotar a grupos subordinados de mujeres”. Una juntanza de mujeres que busca acabar el sexismo e ir preparando el desmonte del patriarcado en la cotidianidad (hooks, 2017: 37-38).

... En los círculos ha sido vital, cierto, el ser feliz, el respetar, la sororidad. La sororidad ha sido un principio básico de los círculos. Entonces, ayer contaba que alguna chica se rió cuando depositamos en la marrana de los sueños.³ Una chica decía que se quería casar y quería tener hijos y alguien se rió. Y fue como que este no es un espacio para la burla, es un espacio para el respeto, para el amor, para el cuidado colectivo, donde no vamos a sentir miedo, donde no vamos a sentir dolor, por la opinión de otra chica o por la opinión de las demás sobre mi cuerpo. (Jóvenes por la Defensa del Territorio - JÓDETE, Antioquia, entrevista grupal, 2022)

3 Es una alcancía de barro, donde las mujeres participantes del círculo depositan sus sueños. Hace parte de la mística de cada círculo.

Por otro lado, las colectivas integran la educación con las mujeres campesinas y sus compañeros en relaciones heterosexuales, para desnaturalizar los machismos en los escenarios colectivos de participación. Espacios pedagógicos para concientizar a las campesinas de los diferentes roles que pueden asumir en la sociedad, dejando a un lado el mandato dado como ama de casa.

Estamos realizando talleres para empoderar a la mujer campesina, porque somos muy tímidas; trabajamos de la mano de la familia, quienes hacen un papel fundamental, en que todas participan y es importante que haya una pérdida del machismo; se les enseña a los hombres que la mujer no es solo de la casa y que podemos hacer otro tipo de actividades. (Asociación Campesina del Huila, Huila, Seminario Territorio, 2022)

Las defensoras de los territorios han visto en la organización y en la juntanza una oportunidad para la toma de conciencia frente a las prácticas patriarcales vividas y ejercidas con otras compañeras en los espacios que habitan. La fuerza de organizarse, de hacer círculos, talleres, actividades les ha permitido reconocer su poder y el poder de lo colectivo para enfrentar el patriarcado. Las jóvenes integran el acuerpamiento⁴ y la creación de relaciones de afecto en los procesos organizativos, rompiendo la idea patriarcal de competición entre mujeres y zanjando nuevas formas de relacionarse entre sí o con otras. Precisamente, poner el afecto y el cuidado en el centro de las organizaciones defensoras de los territorios ha permitido que otros debates irrumpieran las agendas ambientales para repensar el lugar del cuidado de sí, del territorio y de la comunidad como un nuevo horizonte de la lucha ambientalista.

4 Lorena Cabnal (2015) define el “acuerpamiento o acuerpar como la acción personal y colectiva de nuestros cuerpos indignados ante las injusticias que viven otros cuerpos. Que se autoconvocan para proveerse de energía política para resistir y actuar contra las múltiples opresiones patriarcales, colonialistas, racistas y capitalistas. El acuerpamiento genera energías afectivas y espirituales y rompe las fronteras y el tiempo impuesto. Nos provee de cercanía, indignación colectiva, pero también de revitalización y nuevas fuerzas, para recuperar la alegría sin perder la indignación”.

Nociones de cuidado de las defensoras del territorio para la reproducción de la vida

“El cuidado no es solo cuidar la tierra, también es cuidarnos entre nosotras”. Comité por la Defensa de Mistrató, Risaralda, grupo focal, 2022

El cuidado, uno de los temas fundamentales en los debates acerca de la economía feminista, también emergió como una práctica que moviliza a las defensoras del territorio y que también es uno de los sentidos en disputa dentro de sus organizaciones. Evidenciamos que las colectivas entrevistadas entienden el cuidado como una práctica simbólica, afectiva y política para reproducir la vida (Linsalata, 2020).

En las prácticas que rastreamos en la investigación evidenciamos que la vida humana, para muchas colectivas, se significa a través del contacto con el mundo de los organismos vivos y la naturaleza, sintiéndose parte de ella y de la trama de la vida. Un ejemplo de ello son las visiones del Comité de Mujeres Cabildo Indígena *Nasa Ukawe'sx Tha'* Alto Nápoles, del Corregimiento la Buitrera, Cali (Valle del Cauca), sobre el significado de cuidar la vida:

◇ Cuidar la vida de todas las especies animales, vegetales y seres humanos, para la pervivencia y el buen vivir, así vamos a proteger y preservar la vida para nuestro existir, debemos cuidar las especies y la siembra de las futuras semillas, nuestros niños y niñas. (Risaralda, Grupo focal 2, 2022)

Estas miradas de algunos colectivos respecto a su relación consustancial y de pertenencia con la naturaleza dan un carácter especial a las luchas por el territorio, ya que, de raíz, desafían la mirada dicotómica y jerárquica entre naturaleza y cultura que el capitalismo y el patriarcado han impuesto y proponen nuevas ontologías y relacionamientos que incluyen la agencia de lo no humano:

◇ Nosotras pensamos muy emocionalmente eso, por ejemplo, la figura de la montaña y también entender [...] la montaña como una madre, cierto, una figura femenina también, pero que de ahí salen cosas y la montaña hace cosas”. (Jóvenes por la Defensa del Territorio - JÓDETE, Antioquia, entrevista grupal, 2022).

En el caso de las jóvenes ambientalistas, el cuidado no solo se circunscribe al cuidado de otros humanos y a la valoración social y económica que este debe tener. Esta noción de las luchas feministas actuales se amplifica incorporando a lo no humano como un actor en el cuidado y también repensando dimensiones del cuidado que avanzan sobre una mirada uno a uno y más bien entienden el cuidado colectivo como horizonte transformador.

Dimensión afectiva del cuidado de la vida

Desde una visión patriarcal, la afectividad se alimenta de emociones y sentimientos asociados a las mujeres como debilidad, se relega a una dimensión netamente emocional de las mujeres, prohibiendo a hombres sentir o demostrar afecto en los escenarios cotidianos. El debate de la afectividad les ha costado a las mujeres jóvenes incluirlo como una acción que afecta al yo, a los otros, las otras y al territorio habitado. Según María Paz Aedo, “Todo interactúa, se influye y se altera entre sí. Nada existe sin afectar a otros” (2020: 35). Ante esta idea, las jóvenes buscan incluir la afectividad como dimensión de cuidado en los escenarios de ambientalismo popular en los que intervienen.

Las colectivas participantes de la investigación configuran nociones de cuidado mediadas por lo afectivo a partir de los sentimientos y las emociones vivenciadas en el territorio, y los vínculos históricos, de memoria y experiencia que se tienen con la montaña, el río, la tierra, las plantas y los animales.

❖ El cuidado de la vida para mí es amor. Cuando me cuido, me protejo, me amo y amo a los demás. Es construir en lo individual y en lo colectivo. Por lo tanto, respeto y cuido a mi entorno. Es cuidar el agua, el territorio y la producción agroecológica. Recuperar semillas para la soberanía alimentaria. (Asociación Campesina del Huila, Huila, grupo focal 2, 2022)

El cuidado aparece conectado con un sentimiento de amor por el territorio habitado y las prácticas colectivas para proteger la naturaleza y la producción de alimentos por medio de la agroecología, incluyendo la soberanía alimentaria como una acción afectiva hacia el territorio. Las relaciones y el cuidado de la vida están mediados por las conexiones afectivas construidas por las mujeres defensoras del territorio, no les da miedo sentir, exteriorizar sus emociones y accionar en armonía con el territorio. Recuerdan que su vida no es el resultado de una acción individual, sino la suma de varias relaciones

entre lo humano y los bienes naturales para generar las condiciones necesarias para la existencia.

Las jóvenes construyen afectos colectivos con el territorio habitado, configuran relaciones afectivas y consustanciales con la montaña, influenciadas por las experiencias generadas desde el bien natural. Estos afectos las impulsan a generar acciones y narrativas para seguir tejiendo vida alrededor de la montaña y las múltiples interdependencias.

El cuidado de la vida también parte de ese sentimiento colectivo, de ese sentimiento hacia el territorio [...] como que también tenemos un vínculo muy emocional con el territorio y yo me acuerdo cuando yo inicié con JÓDETE, yo mantenía escribiendo de la montaña y siento como esas lindas cosas porque es un vínculo como del amor hacia la montaña. Entonces, el cuidado de la vida es el cuidado de eso que yo amo, pues porque lo que yo amo, yo lo cuido. (Jóvenes por la Defensa del Territorio - JÓDETE, Antioquia, entrevista grupal, 2022)

Las defensoras incorporan una mirada recíproca y colectiva hacia la montaña que las moviliza para generar acciones de cuidado y protección frente a los proyectos extractivistas y de apropiación de los bienes comunes. Su lucha no es solo por la conservación de su especie, sino por sostener la red que hace posible la vida en sus múltiples formas.

Ellas están incluyendo el debate de la afectividad en sus agendas de lucha territorial, y en la construcción de nociones de cuidado de la vida amplifican la dimensión afectiva, al vincularla como una decisión o acción mediada por las emociones, los sentimientos y las experiencias que afectan a los bienes comunes y a los seres humanos. Interpelan las lógicas patriarcales de la afectividad asociadas con sentidos de debilidad de las mujeres y, por el contrario, incluyen miradas vinculantes y consustanciales hacia los bienes naturales y lo humano. Además, están demostrando otras miradas del afecto alejadas de la vulneración y, más bien, lo integran como una serie de relaciones de todas y todos que afectan la reproducción de la vida. No obstante, queda un camino por recorrer para vincular totalmente el debate de los afectos a los espacios organizativos del ambientalismo popular.

Dimensión simbólica del cuidado de la vida

El neoliberalismo de la naturaleza ha dicho: la naturaleza y la cultura son dos cosas distintas. Frente a esto, las defensoras del territorio han empezado a acercar esos dos mundos, incluso a volverlos uno solo, por medio de los sentidos construidos a partir de ciertos elementos de la naturaleza que se vinculan en la defensa territorial. En la dimensión simbólica del cuidado nos referimos a los nuevos sentidos que las jóvenes otorgan a la noción de cuidado y a la forma en que se han fortalecido. Estos sentidos rompen o desdibujan la división entre naturaleza y cultura constantemente fijada por el capitalismo neoliberal.

Las jóvenes construyen representaciones simbólicas que dotan de trascendencia a la dimensión material perceptible en la que están inmersas (Linsalata, 2020). La colectiva Reviviendo Nuestro Campo, de Piedecuesta (Santander), dota de sentido al agua, cuando reconoce la importancia del elemento en todas las relaciones de interdependencia reflejadas, ya que el bien común es fundamental para sostener la vida.

El cuidado de la vida tiene que ver con la posibilidad de que el agua siga fluyendo por donde siempre fluía antes. El agua en el cañón de Chicamocha es posibilidad de vida, cultivos, alimentos, de tener bosque y alimentar a los animales que habitan el lugar. El agua hace habitable un lugar. La escasez de agua hace imposible la vida, y las mujeres tienden a irse por la escasez. Resuena mucho el cuidado de la vida, las maneras de la vida en el cañón de Chicamocha son, con un ritmo muy propio, otra temporalidad. (Entrevista grupal, 2022)

Las jóvenes evidencian una relación estrecha con el agua, al reconocerla como un elemento constituyente de las relaciones culturales, ambientales, históricas y sociales de sus comunidades. El río, las quebradas, las lagunas y demás fuentes hídricas influyen en la cosmovisión de las comunidades al hacer parte fundamental de las dinámicas territoriales, además de presenciar los cambios en el territorio en su composición natural e histórica. El agua se presenta como un elemento articulador de la vida, que se funde en un solo cuerpo con la economía, la cultura, la memoria y el espíritu, en mujeres, hombres, niños y niñas que habitan la región. Por lo tanto, si el agua se contamina con la explotación minera, se desvía el cauce del río por tubos o se transforma el ciclo natural, las comunidades se ven afectadas totalmente en

los modos de vida, porque su vida ha sido recreada a partir de los relacionamientos con el agua. De forma que ellas ponen en tensión la división entre naturaleza-cultura, dada desde el capitalismo, y presentan la unión de esos dos mundos a través de los sentidos construidos a partir del agua.

Por otro lado, las jóvenes fortalecen los sentidos sobre la base del recuerdo, como capacidad de la memoria, al relacionarlo con las raíces de un árbol que guarda todas las conexiones e interacciones que posibilitan las diferentes formas de vida en el planeta. La Asociación de Guardianes y Guías Jaguos por el Territorio de La Jagua (Huila) relata: “La motivación de cuidar la vida nace del relacionamiento con la abuela. El cuidado viene de las raíces, representa la conexión con las ancestras. El cuidado de la vida se traduce al cuidado de la memoria” (Huila, Grupo focal 1, 2022).

La memoria potencia los sentidos de las mujeres jóvenes alrededor del cuidado, al rememorar las relaciones de los ancestros y las sabedoras con el mundo natural, y las prácticas culturales recreadas a partir de él. La memoria se convierte en un dispositivo de almacenamiento de las prácticas y los conocimientos de las abuelas para cuidar la vida desde el uso de las plantas medicinales para enfermedades y repeler plagas, cultivar la tierra sin agroquímicos y leer los ritmos de la naturaleza creando una relación afectiva. Ellas aprenden lecturaleza y transmiten los saberes de generación en generación para preservar la memoria para la reproducción de la vida.

Las jóvenes incluyen la dimensión simbólica en el cuidado de la vida, al crear sentidos a partir de los bienes comunes naturales. Estos sentidos se relacionan con el agua como elemento articulador de vida y se fortalecen por medio de la memoria de los ancestros y las sabedoras, representada en las narrativas y prácticas de las mujeres jóvenes frente a la naturaleza y la cultura. Las colectivas entrevistadas están rompiendo la división naturaleza-cultura, mediante la narración de sus prácticas y concepciones sobre el cuidado de la vida; cuestionan las relaciones jerárquicas de poder ante los bienes comunes naturales, al incluirlos como parte fundamental en la construcción de la lucha territorial; dotan de significados y afectos las narrativas y las prácticas generadas desde la conexión con la montaña, el agua, las plantas, los animales y demás bienes que hacen posible la reproducción de la vida.

Dimensión política del cuidado de la vida

El sistema patriarcal ha configurado una serie de relaciones desiguales de poder mediadas por el género, donde a las mujeres se les da un lugar de inferioridad en la sociedad para ser vulnerados, explotados y dominados, relegándolos a un lugar subalterno en el orden patriarcal. Ante esto, las jóvenes están reconfigurando la política dentro de los espacios organizativos, al incluir la toma de poder como una acción de cuidado para la reproducción de la vida.

El cuidado en la cultura patriarcal se toma como una acción exclusiva de las mujeres para la reproducción del capital. Las labores del hogar y el cuidado se establecen como tarea exclusiva de las mujeres; ellas son las encargadas de cocinar, lavar, planchar y mantener el hogar, para que el hombre dedique tiempo completo a su trabajo remunerado y demás actividades, limitando la participación de las mujeres en los escenarios de defensa territorial. Además, su trabajo no es reconocido, ni remunerado económicamente. La economía del cuidado se toma como una acción voluntaria y obligatoria para las mujeres.

En consecuencia, las jóvenes tienen disputas alrededor de las relaciones de poder frente al cuidado en los espacios organizativos de defensa ambiental. Ellas están debatiendo el cuidado y las múltiples acciones generadas para llevarlo; están rompiendo con la idea de que cuidar es solo una tarea de las mujeres en el hogar y, por el contrario, diversifican el accionar. Están cambiando los roles de cuidado establecidos en la cultura patriarcal, están cuestionándolos; al tiempo que incluyen el debate de poder en los procesos de defensa territorial, cuestionan la no corresponsabilidad del Estado ni de los hombres en las labores del cuidado; por eso, buscan la redistribución de las labores de cuidado para dismantelar la reproducción del capital.

Las colectivas enuncian los elementos que hacen posible las relaciones desiguales de poder en los escenarios organizativos como una acción política de cuidado. Las jóvenes “cuestionan el patriarcado y el machismo en la comunidad campesina”, posicionando sus voces y descontentos en espacios históricamente masculinizados. Las mujeres campesinas se “forman política e ideológicamente” (Asociación Campesina del Huila, Huila, grupo focal 1, 2022) para disputar espacios en la toma de decisiones y transformar las visiones patriarcales en las comunidades campesinas; gestan liderazgos femeninos en las organizaciones e interpelan las relaciones desiguales de poder dentro de estas. Las defensoras del territorio exigen respeto y reconocimiento por sus trabajos de cuidado, que sostienen la lucha ambiental.

Por otra parte, identificamos que la mayoría de las colectivas ha discutido y propuesto la participación en escenarios públicos como parte de las agendas de defensa territorial. Las jóvenes están disputando el poder para representar sus sentires, sus experiencias, sus agendas y sus visiones de mundo ante el sistema patriarcal y capitalista. Las colectivas tensionan las relaciones de explotación y dominación sobre las mujeres y el territorio, ya que deciden romper con las prácticas machistas participando en escenarios masculinizados y posicionando sus voces como autorizadas en la toma de decisiones en las organizaciones.

Lograr, en general, reivindicar los derechos campesinos frente a la capacitación de la mujer campesina. Como decimos en Pereira, si una mujer avanza, ningún hombre retrocede. Esas capacitaciones son para que puedan ocupar cargos administrativos y en el mediano plazo puedan lograr que en la renovación de juntas directivas queden mujeres. Aprender a dar peleas legales desde la organización, hacer derechos de petición en los territorios y proyectos productivos. Lograr esa perspectiva de que la mujer pueda lograr esos espacios participativos. (Asociación de Usuarios Campesinos de Risaralda, Unidad y Reconstrucción, Risaralda, Seminario Territorio, 2022)

En suma, las jóvenes están disputando el poder en los escenarios de defensa territorial y desmitifican el cuidado como una acción exclusiva de mujeres, y la vinculan a una acción de todas y todos para reproducir la vida. Ellas están tomando el poder de hablar, participar, representar, tener decisiones propias y el poder de estar seguras en los procesos organizativos.

Para concluir, las jóvenes están proporcionando nuevos sentidos políticos y ecológicos a las agendas ambientales en Colombia mediante las narrativas y prácticas de resistencias, influenciadas por la cultura, los saberes ancestrales y sus territorios. Además, integran miradas relacionales y consustanciales con lo no humano, aportan nuevas concepciones políticas alrededor de los feminismos, demuestran la importancia de la juntanza para defender los derechos de los cuerpos y los territorios, desdibujan la división entre naturaleza y cultura constantemente fijada por el capitalismo y amplifican las nociones e interpretaciones del cuidado para la reproducción de la vida. No obstante, aún queda un camino por recorrer para incluir la categoría de género y el debate de la interseccionalidad en las agendas del ambientalismo popular.

CAPÍTULO 2



Participación, tensiones y transformaciones de las mujeres jóvenes en organizaciones defensoras de los territorios

En este capítulo hacemos un análisis sobre la participación de las mujeres jóvenes en las luchas ambientales y de defensa territorial en algunas regiones colombianas. Recorremos sus trayectorias organizativas examinando las disputas y barreras, las discusiones y estrategias que como mujeres jóvenes proponen y ponen en marcha y los principales retos organizativos que enfrentan para defender sus territorios.

Las luchas ambientales de las organizaciones territoriales en Colombia han estado marcadas por un orden patriarcal, reflejado en la construcción de sus agendas y en la planeación y el desarrollo de las estrategias de defensa territorial. Esto ha desembocado en que las mujeres tengan un papel subalterno en las estructuras organizativas internas y también en los espacios de confluencia regional y nacional. Situaciones como el desconocimiento del trabajo reproductivo para el sostenimiento de los procesos organizativos, la invisibilización en espacios de representación organizativa y política, y la estigmatización de sus procesos organizativos han fijado barreras concretas para las mujeres en el ámbito de las luchas territoriales y la defensa ambiental. Esto, sumado a que, por ser mujeres, también se enfrentan a las desigualdades propias del sistema de dominación patriarcal imperante, que se expresa en el hogar, la calle, los escenarios académicos y políticos. En este capítulo exploramos las formas en que las mujeres, especialmente las jóvenes, enfrentan estas condiciones de opresión y desigualdad en su ejercicio como defensoras

del territorio y cómo, a través de sus apuestas, transforman discursos y generan debates en el interior de sus organizaciones. Queremos poner sobre la mesa la necesaria e indispensable relación entre la justicia de género y la justicia socioambiental, así como la importancia de garantizar a las mujeres condiciones para un ejercicio pleno de la defensa de sus territorios, en un contexto donde el patriarcado y el extractivismo se sostienen y se configuran como sistemas de opresión complementarios e interdependientes.

Las jóvenes han sido quienes durante los últimos años han posicionado estos temas relacionados con la justicia de género en las organizaciones ambientalistas de base, generando rupturas y, a su vez, provocando un giro en las agendas organizativas, haciendo una apertura para plantear estrategias que defiendan los bienes naturales, pero desde el fortalecimiento de su participación y el reconocimiento de la diversidad de sus propias experiencias. Esto con un enfoque de género que permita a niñas, madres, campesinas, indígenas, negras y mujeres urbanas ser protagonistas en la construcción de formas de vida sostenibles y de un horizonte de justicia ambiental.

Trayectorias organizativas y participación

En Colombia, durante los últimos 15 años, se han exacerbado los conflictos socioambientales en diferentes territorios, debido a la arremetida del extractivismo, caracterizado, según Gudynas (2015: 13), por ser “un tipo de extracción de los recursos de la naturaleza en gran volumen o alta intensidad, y orientados esencialmente a ser exportados como materias primas sin procesar, o con un procesamiento mínimo”, como es el caso de grandes represas, monocultivos forestales o agrícolas, minería a gran escala, extracción de hidrocarburos, etc. Sin embargo, dichos conflictos socioambientales también son generados por otras actividades o proyectos como las microcentrales hidroeléctricas, el turismo, la ganadería, las granjas pecuarias, entre otros. Estos proyectos son operados por empresas nacionales o multinacionales respaldadas por estrategias institucionales que reflejan debilidad en los territorios y que se manifiestan, según Brinks *et al.* (2019) citado en Zornoza (2022: 19), en tres factores:

❖ Insignificancia, en la que las reglas se cumplen pero no afectan el comportamiento de los actores; incumplimiento, en el que las élites estatales eligen no hacer cumplir las reglas o no logran la cooperación social con ellas; e inestabilidad, en la que las reglas cambian a un ritmo inusualmente alto.

A estos tres factores, que brindan a la inversión extranjera extractivista cierta comodidad para llevar a cabo sus proyectos en los territorios, se les suma la captura corporativa de la institucionalidad, que consiste en la influencia de agentes económicos, políticos o corporativos en la formulación de medidas gubernamentales en favor de intereses particulares, distorsionando el funcionamiento de las instituciones de los tres poderes públicos (Zonorza, 2022). Durante los últimos 20 años, dicha captura corporativa ha sido creciente en Latinoamérica, en beneficio del extractivismo.

Este modo de apropiación de los bienes naturales, las estructuras y los principios que lo rigen, como menciona Gudynas (2015), tiene amplios efectos ambientales, así como territoriales, profundizando las injusticias en estos ámbitos; por un lado, generan la devastación de los bienes naturales por extracción y operación de los proyectos, que además dejan pasivos ambientales, es decir, impactos que no son remediados o mitigados correctamente y persisten tras actividades económicas sin que los responsables se hagan cargo de su gestión (Ángel, 2019). Por otro lado, Gudynas (2015) advierte que los extractivismos han transformado los imaginarios sobre la existencia y acción de la humanidad en el planeta, pues están “generando y cristalizando ideas del desarrollo arraigadas sobre el progreso material, obsesionadas con la valoración económica y cada vez menos democráticas” (Gudynas, 2015: 7), lo cual lleva al desarraigo, la desigualdad social, la precariedad de la vida, el deterioro de los territorios y el tejido social.

Esto implica que tanto el país como las comunidades se encuentren en una posición ambiental y económica desigual, principalmente, pues esta lógica es soportada por una economía internacional que se sostiene por la extracción y exportación de recursos con grandes costos ambientales y económicos.

Sumado a esto, el extractivismo es sostenido ideológicamente por otra forma de opresión que se ejerce contra las mujeres, favoreciendo y reforzando la desigualdad de género. Este es un planteamiento fundamental para esta investigación, del cual han hablado diversas escritoras, como Astrid Ulloa, quien plantea que las actividades extractivas se implementan a partir de relaciones de género desiguales que desencadenan hechos de violencia contra hombres y mujeres, contexto donde el cuerpo de las mujeres se convierte en un escenario de conflicto (Ulloa, 2016).

Esta relación entre extractivismo y patriarcado se asocia a unas concepciones binarias occidentales ligadas a lo femenino, que consideran la

naturaleza como algo externo, es decir, como recurso de cuantificación, extracción, posesión y destrucción (Ulloa, 2020). Bajo estas concepciones, se sustentan las actividades extractivas en los territorios, donde las mujeres raramente ocupan posiciones de poder y, por el contrario, se encuentran en desventaja en lo económico, político y social, por lo que los impactos del extractivismo se acentúan en ellas.

Es en este contexto de conflictos socioambientales y desigualdades de género donde emergen diversas organizaciones defensoras del territorio por toda Colombia. Allí es donde se articulan las participantes de esta investigación, quienes en los últimos años se han organizado o vinculado a organizaciones con trayectoria en la lucha ambiental con motivaciones compartidas con compañeros hombres que también tienen preocupaciones por los bienes naturales y la sensibilidad por defender sus territorios. Sin embargo, hay algo que diferencia la participación de las mujeres dentro de las organizaciones ambientales defensoras de los territorios, y es que, así como la sociedad, estas organizaciones están atravesadas por un orden patriarcal, en el cual se privilegian las concepciones masculinas para la construcción de estrategias y agendas en defensa del territorio, concentrando en los hombres posiciones de poder para poner su voz y voto y para representar a sus organizaciones.

Frente a estos órdenes y estas opresiones patriarcales, durante los últimos años hemos visto un resurgir de juntanzas de mujeres dentro de las organizaciones ambientalistas populares que han empezado a levantar su voz y a insistir en que los extractivismos en todas sus formas han tenido impactos diferenciales en sus cuerpos y en sus formas de vida, y a mostrar cómo la despatriarcalización de sus espacios organizativos y de las agendas ambientalistas es fundamental para lograr justicias relacionales e integrales. En nuestra investigación con más de 15 colectivos de mujeres jóvenes participantes identificamos las principales razones por las cuales ellas se organizan, los obstáculos que experimentan y las agendas que construyen en procura de una lucha por la defensa de los espacios de vida (véase capítulo 1), pero también de la dignidad de las mujeres.

¿Por qué se organizan?

Las motivaciones de organización de las jóvenes se caracterizan por varios factores que responden a situaciones coyunturales asociadas a los conflictos

ambientales en sus territorios, al ímpetu propio de la acción de la juventud y a la necesidad de ser escuchadas.

En cuanto a lo coyuntural, situaciones como las crisis agrarias han puesto en jaque la subsistencia de las comunidades campesinas, indígenas y negras. Ciertas situaciones específicas, como la presencia de empresas extractivas que acechan los territorios y amenazan su autonomía, también requieren acciones colectivas y, en muchos casos, las llevan a conformar organizaciones para la defensa de los territorios. Este es el caso de las integrantes de varias colectivas que participaron en la investigación, quienes expresan su preocupación al darse cuenta de los diferentes proyectos extractivistas adelantados en su territorio:

❖ Conformamos un grupo para defender los ríos de la construcción de Pequeñas Centrales hidroeléctricas en el 2020, que estudiara el tema de las multinacionales y los impactos que generan. (Comité por la Defensa de Mistrató, Risaralda, grupo focal, 2022).

❖ Lo primero fue todo el tema de la exploración minera y, luego, microcentrales energéticas, entonces, como que era el mismo conflicto extractivista, y además la ganadería sirvió para sostenerlas. (Jóvenes por la Defensa del Territorio - JÓ-DETE, Antioquia, entrevista grupal, 2022).

❖ Nos creamos en el 2018 por la construcción de pequeñas centrales hidroeléctricas en nuestros ríos. Defendemos el agua, la vida y la montaña. (EcoGénova, Quindío, grupo focal, 2022).

Otras de las razones para organizarse tienen que ver con un sentimiento y una convicción característica de las personas jóvenes, reflejada en la preocupación por el devenir ambiental de sus territorios y en la necesidad de generar cambios en la conciencia de las personas para contribuir a la protección de los bienes naturales, algo que se refuerza con la insatisfacción por las formas tradicionales de hacer las cosas, complementada con la diversidad expresiva de la juventud como poder transformador de los órdenes instituidos (Arias y Alvarado, 2015). Podemos decir que este sentimiento sobre el futuro ambiental es animado por los hechos que son evidencia de una agudización de las crisis y que afectan directamente a los territorios. Estas convicciones y sentires se expresan en la mayoría de colectivas que participaron en esta investigación

y se materializan en estrategias y narrativas que a la vez que contribuyen a defender el territorio, fortalecen el tejido social.

Dentro de esas estrategias, las jóvenes proponen la construcción de identidades políticas que reivindican las trayectorias históricas de sus comunidades y sus lugares de enunciación étnicos, por ejemplo, y, a su vez, formas de ser, vivir y estar dentro de sus procesos organizativos. Un objetivo común observado en varias colectivas de la investigación ha sido proteger y preservar la cultura de sus territorios, los saberes ancestrales sobre agricultura y uso de las plantas, además de revivir el trabajo comunitario, tal como lo expresa Laura Peña, integrante del colectivo Reviviendo Nuestro Campo, de Piedecuesta (Santander):

El primer detonante para conformar la organización fue la necesidad de reconstruir un camino para conectar la vereda (zona alta y zona baja), con motivos de revivir el trabajo comunitario, encontrar y pensarse oportunidades para que las personas jóvenes sigan viviendo en el campo. (Reviviendo Nuestro Campo, Santander, entrevista grupal, 2022)

Surgen también otras estrategias asociadas a la necesidad de expresarse desde el ser joven y desde las identidades propias, como mujeres, trans, campesinas, indígenas, afro, urbanas, etc., que han venido ganando campo y visibilidad en los movimientos sociales contemporáneos y que también han propuesto nuevas maneras de caracterizar y entender las y los sujetos políticos. Así es como lo cuentan las integrantes del Son del Frailejón, de Guasca (Cundinamarca):

La motivación principal fue porque éramos muy chiquitas y donde nosotros vivíamos, no habíamos visto grupos de carranga en ese momento [...] la motivación en este momento es poder aparte de tener escuelas en la ruralidad, compartir un mensaje desde la visión de mujeres jóvenes campesinas carrangueras y, desde ahí, transmitir un mensaje por medio de la música y el arte. (El Son del Frailejón, Cundinamarca, entrevista grupal, 2022)

En la construcción de estas reflexiones y articulaciones, el feminismo ha tenido un papel fundamental, sus ideas y prácticas no solo han propuesto cuestionamientos claves sobre el patriarcado en ámbitos cotidianos, académicos y políticos, sino que también ha permitido que las jóvenes busquen

o construyan enunciaciones y reivindicaciones de su identidad de género. Hace 20 años, ser feminista era algo de lo que pocas hablaban, quienes se nombraban feministas eran principalmente mujeres que tenían la formación y posibilidad de dar debates y luchas contra el patriarcado, mientras que ahora, mujeres de todas las clases sociales reivindican su identidad de género como una identidad política y plantean cuestionamientos desde sus vivencias cotidianas. Eso ha tenido impactos en la lucha ambiental, pues, como ya se ha mencionado, la participación de las mujeres se ha fortalecido y ha marcado transformaciones claves en las estrategias de defensa territorial.

Estas motivaciones o razones de las jóvenes para articularse en la defensa ambiental, en la mayoría de los casos son compartidas con compañeros hombres que también tienen preocupaciones por los bienes naturales y sensibilidad por defender sus territorios. Sin embargo, sistemas de opresión, como el patriarcado, que aún dominan las relaciones humanas son cruciales para entender los obstáculos y las dificultades de las mujeres para participar, ser reconocidas y que su trabajo político y organizativo sea valorado. Consideramos importante reconocer estos obstáculos para la participación de las mujeres, porque esto permite analizar la sistematicidad en ciertos patrones de funcionamiento de las organizaciones, pero también plantear transformaciones necesarias en el interior de las mismas. Por eso, en el siguiente apartado abordamos algunos obstáculos que fueron mencionados o relacionados a lo largo de la investigación.

Obstáculos para el ejercicio de defensa del territorio

El sistema patriarcal implica desigualdades de género que se ven reflejadas en varias situaciones asociadas a los espacios de participación, a la paridad en la representación política, a los roles organizativos desempeñados por las mujeres, a los temas importantes en las agendas ambientales, a situaciones de violencia basadas en género dentro de las organizaciones, entre otras. Estas representan obstáculos para la participación de las mujeres, quienes, aparte de la lucha ambiental, enfrentan una lucha por la equidad de género.

Uno de los obstáculos más frecuentes para las mujeres en todos los campos es la participación activa, reconocida y vinculante. Participar es la posibilidad de posicionar ideas, pensamientos, narrativas y prácticas que han sido desestimadas por el patriarcado y que en la mayoría de los casos son necesarias y fundamentales para el desarrollo de los procesos. En los procesos

organizativos, y específicamente en los que pudimos conocer a través del trabajo con las jóvenes defensoras de los territorios, pudimos constatar varias formas en las cuales se lesiona su participación como actoras que deciden; se trata de formas sutiles, pero suficientes, para restringir la participación y mantener los esquemas machistas y excluyentes en las formas organizativas mixtas de los procesos de defensa del territorio.

La división sexual del trabajo en lo organizativo

Algunas de estas formas están asociadas con los roles y los espacios que ocupan hombres y mujeres dentro de las organizaciones. Durante años ha sido “casi natural” que las mujeres se ocupen de tareas como la alimentación, la logística, el cuidado y aseo de los espacios, etc. Por su parte, los hombres son quienes dirigen los espacios de discusión, hacen las metodologías, están en lo público, propician los debates y toman las decisiones. En esta división sexual del trabajo, las mujeres tienen poca posibilidad de hablar e incorporarse a los espacios de deliberación y construcción política, aunque están presentes, están ausentes, como es señalado por las compañeras del colectivo JÓDETE:

... presencias, porque siempre estábamos en la cocina haciendo cosas, responsables de la alimentación y, en el caso de las mujeres campesinas, pues en la siembra y no sé qué, pero ausencias, porque en el momento de usar la palabra pues éramos completamente invisibilizadas, no teníamos micrófono, no teníamos la palabra y teníamos la autoestima destruida. (Jóvenes por la Defensa del Territorio - JÓDETE, Antioquia, entrevista grupal, 2022)

Estas presencias/ausencias proponen, además de una clara alerta acerca de la importancia de las voces de las mujeres y su inclusión en los espacios deliberativos y de representación política, un tema que las feministas hemos visibilizado durante los últimos años, a la vez que hemos reivindicado el trabajo del cuidado y su trascendencia en el mantenimiento de la vida organizativa y los vínculos sociedad-naturaleza. Sin el trabajo del cuidado históricamente desempeñado por las mujeres no se podrían pensar ni desarrollar las estrategias para la defensa del territorio, ni sostener por años procesos organizativos que reclaman derechos territoriales y autonomías:

La autonomía es de mucha importancia. Nos permite independencia, emancipación, confianza y credibilidad. Si luchamos contra empresas aguacateras ¿cómo vamos a recibir dinero de ellas? Por otro lado, nos sostenemos a punta de amor y nuestro propio trabajo, hacemos vaca, nos juntamos. Pedimos a ciudadanos de a pie. Aceptamos donaciones sin nada a cambio, ponemos nuestros límites desde un principio. (Sembrando Lucha, Risaralda, grupo focal, 2022)

La división sexual del trabajo le asignó a la mujer la tarea de compensar la mayor parte de la fuerza de trabajo que mueve la economía, transformando materias primas en valores de uso para su consumo directo, es decir, las mujeres proveen alimentación, vestido, mantenimiento de la vivienda, la educación de los hijos, etc., mientras que el trabajo del hombre se ha materializado en objetos y mercancías económicas y socialmente visibles. Entonces, el trabajo femenino no producía directamente una mercancía visible: “Se la marginó de la esfera del intercambio, donde todos los valores giraban en torno a la acumulación de riquezas. El trabajo de la mujer quedó oculto tras la fachada de la familia monogámica, permaneciendo invisible hasta nuestros días” (Larguía y Dumoulin, en Korol, 2016: 91). Esto ha sido algo constante en la sociedad y, como lo mencionó el colectivo JÓDETE, ha hecho mella en la autoestima de las mujeres y en la confianza en sí mismas para liderar y participar.

Sumado a que no se valoran ni se reconocen las labores domésticas y de cuidado, tampoco se está pensando en cómo transitar hacia una colectivización de las diversas tareas que posibilitan el funcionamiento de las organizaciones para buscar la forma de garantizar la participación de todas las personas que las integran. Entonces, en lo organizativo, los hombres no solo tienen la ventaja de participar activamente y sin responsabilidades domésticas y de cuidado, sino que también tienen el privilegio de la representatividad en espacios políticos desde sus concepciones y vivencias como hombres, dejando inadvertidos los sentires, las propuestas y las perspectivas de las mujeres.

La estigmatización como limitante para la participación

Otra de las formas de restricción de la participación es el silenciamiento y la estigmatización. Las mujeres en las organizaciones ambientales, ya sea por el hecho de pensar estrategias para reflexionar y articularse como mujeres defensoras del territorio o por sus formas de expresión, orientación sexual

o ideologías, son señaladas y caen sobre ellas estigmas asociados al conservadurismo, la religión, los prejuicios, la infantilización, entre otras. Esto se convierte en un obstáculo para la participación de mujeres, porque margina las acciones que emprenden, afecta la confianza en sí mismas e incluso puede llegar a romper relaciones entre personas de las organizaciones, debilitando su estructura. En medio de lo difícil y doloroso que resultan estas estigmatizaciones, entre las mujeres surgen cuestionamientos a las estructuras establecidas que vulneran sus derechos y autonomía, forjando una posición política crítica frente a la sociedad patriarcal.

Además de la garantía a la participación, existen otras barreras que las mujeres enfrentamos en nuestra vida organizativa como defensoras. En el caso de las mujeres trans, muchas de estas estigmatizaciones se convierten en violencia, se ejercen en el cuerpo. Así pudimos conversarlo en el ejercicio de cartografías corporales:

❖ Tenemos miedo en la calle por los lados de Galerías, nos envían para otros lugares, la policía nos saca y son situaciones que ponen en riesgo nuestra seguridad. Nosotras sentimos este miedo en las rodillas, también el tema de la discriminación, rechazo, señalamientos. (Khatleya Trans, grupo focal, Eje Cafetero, Risaralda, 2022)

Así mismo, la construcción de las mujeres como objetos sexuales de consumo es también una situación constante dentro de las organizaciones ambientales de base, donde se siguen reproduciendo prácticas y expresiones machistas que generan lesiones emocionales en quienes las sufren y afectan la confianza entre los y las integrantes de los colectivos, convirtiéndose en otro obstáculo para la participación: “La constante hipersexualización de los hombres a las mujeres jóvenes impide y obstaculiza el trabajo” (Huila, grupo focal, 2022). Esto, además, tiene otras consecuencias en lo organizativo, ya que fragmenta o despolitiza relaciones en el interior de los colectivos, debido a esas concepciones sobre los cuerpos y a esas lesiones generadas. A lo anterior se suman las afectaciones del tejido organizativo, debidas a las vinculaciones emocionales con personas dentro de los colectivos, las cuales en muchos casos se caracterizan por un papel protagónico de los hombres y una invisibilización de las mujeres para la participación e interlocución política.

El adultocentrismo de la mano del patriarcado

Al mandato patriarcal que caracteriza a las organizaciones, se le suma un adultocentrismo que al tiempo que reclama relevo generacional, no permite la visibilización de nuevas voces juveniles. Varias de las colectivas mencionaron en los grupos focales la falta de confianza hacia ellas en las organizaciones y la invalidación de sus expresiones, por el hecho de ser jóvenes, pues es fácil anular el discurso de una persona joven con el pretexto de la inexperiencia. Esto tiene origen en la historia de la humanidad, que situó a las personas jóvenes en un lugar de poco valor social y con dependencia y, por tanto, en una subordinación a las personas mayores; en ese transcurso, las relaciones de género se arraigaron en relaciones generacionales de superioridad-inferioridad. Así, puede considerarse el adultocentrismo como una extensión del dominio patriarcal, es decir, el monopolio patriarcal es ejercido por una masculinidad asignada socialmente como adulta (Duarte, 2015).

Esto nos da a entender que, en la sociedad, las mujeres jóvenes se enfrentan a una doble dominación. El adultocentrismo refuerza la reproducción del patriarcado, fortaleciéndose, a su vez, en los modos de organización social capitalistas que imponen las nociones de lo adulto como punto de referencia para las demás generaciones en cuanto a lo que se debe o no se debe hacer (Duarte, 2015).

Como se mencionó, la juventud se caracteriza por una diversidad expresiva y un ímpetu en su ejercicio político que en ocasiones lleva a estigmatizar sus modos de enunciación: “Hay prejuicios por las formas de expresión de las mujeres jóvenes y en sus formas de comunicación, son señaladas y estigmatizadas por opinar con vehemencia” (Huila, grupo focal, 2022). Entonces, este poder patriarcal y adultocentrista afecta directamente las relaciones y procesos identitarios de varios sujetos sociales, pues permea los diferentes escenarios cotidianos y políticos en los que se desenvuelve la vida, asignando a las mujeres un lugar subordinado en la sociedad y más aún cuando pertenecen a una comunidad afro, indígena, campesina, trans o a ciertas clases sociales desfavorecidas por la sociedad. Esta dupla (adultocentrismo y patriarcado) que domina la sociedad, también domina los entornos organizativos, creando una estructura en la que las mujeres jóvenes ocupan una posición subalterna para la toma de decisiones, la representatividad y la participación.

Sin embargo, las jóvenes plantean la necesidad de espacios de diálogo intergeneracional y, dentro de sus apuestas, consideran importante el compartir de saberes con los mayores y mayores (Huila, grupo focal, 2022). Por lo tanto, también se da la necesidad de que las personas adultas escuchen a las jóvenes y contribuyan a disminuir la brecha entre generaciones para caminar hacia relaciones más horizontales.

Frente a este contexto de obstáculos para la participación, las jóvenes están transformando las luchas ambientales, transgrediendo y cuestionando mandatos establecidos en la sociedad. En el caso de las defensoras del territorio y el ambiente, ellas han iniciado una disputa en sus lugares de militancia y organización, visibilizando sus identidades de género, sus sentidos y lenguajes propios para el ambientalismo popular, así como resignificando ideas y propuestas de los feminismos en sus organizaciones, que surgen en el marco de sus luchas:

❖ A medida que fuimos defendiendo nuestros ríos se hizo importante defender nuestros derechos como mujeres y en Agosto co-creamos la Red de Mujeres diversas tejiendo igualdad con mujeres campesinas, amas de casa, jóvenes entre otras. (EcoGénova, Quindío, grupo focal, 2022)

Las organizaciones ambientales y de defensa territorial que se enfrentan a multinacionales extractivas siguen definiendo sus agendas y construyendo estrategias por la vida digna, pero, como lo manifestaron las mujeres que participaron en esta investigación, se siguen reproduciendo las lógicas y prácticas de un sistema que oprime a las mujeres, quienes, al igual que sus compañeros hombres, tienen preocupaciones por el territorio y han hecho grandes aportes a estas luchas desde diferentes escenarios. Es por eso que la lucha ambiental de las jóvenes comprende un entramado de disputas que no solo incluye la defensa de los bienes naturales, sino la reivindicación de sus derechos como mujeres, lo que hace que reclamen la palabra, la participación activa y libre de desigualdades por su condición de sexo o género. Desde esas disputas, podremos ver en los siguientes apartados que la construcción de territorio y, por tanto, su defensa, para las mujeres jóvenes tiene ciertos aspectos que lo diferencian y que llevan a generar transformaciones en lo colectivo y en lo individual.

¿Cómo se transforman las mujeres jóvenes en las organizaciones de defensa territorial?

Como vimos en el capítulo 1, las mujeres jóvenes defensoras de los territorios tienen sus formas de ejercer esa defensa desde sentidos, narrativas y prácticas propias. Estas son creadas con sus cuerpos, voces, emociones y expresiones que incorporan otras miradas para el relacionamiento con la naturaleza, y nutriendo las agendas políticas de las organizaciones de defensa territorial con formas de ser y hacer desde su identidad como mujeres. Por eso, en esta segunda parte exploramos cómo, mediante estos tres elementos (sentidos, narrativas y prácticas), las mujeres jóvenes generan transformaciones en sí mismas debido al accionar colectivo.

Transformaciones desde y hacia los sentidos: los pluriversos de las mujeres y sus interconexiones con las naturalezas

En esta investigación entendemos los sentidos como los significados y las concepciones sobre algo, como el entendimiento del mundo desde una identidad y posición específica. Dichos sentidos parten, por un lado, de las tradiciones de cada comunidad, de su cultura, pero también de los contextos; en esta vía, se diferencian conceptos según la etnia, clase, comunidad, etc. Por ejemplo, el concepto de ‘territorio’ tiene ciertos sentidos para las mujeres que habitan en la isla de San Andrés, mientras que para las mujeres que viven en el suroccidente colombiano, en la región Andina, el concepto puede cambiar mucho, dadas las características geográficas y la cultura de cada lugar o comunidad. Estos sentidos casi siempre se construyen colectivamente, y en el caso específico de las mujeres jóvenes defensoras de los territorios se han generado algunos cambios desde los sentidos construidos y se han configurado otros principalmente sobre el relacionamiento con la naturaleza y el territorio.

Gran parte de las mujeres que participaron en la investigación comentaron los cambios en lo personal a partir de su participación en la defensa territorial, cambios que repercuten en diferentes ámbitos de la individualidad y de lo colectivo. Es frecuente que varias de ellas mencionen principalmente cambios en la conciencia por las problemáticas del territorio y el impulso que esto genera para articularse con otras personas a pensar estrategias para defenderlo, como señalan las integrantes del colectivo Madre Monte de San Basilio de Palenque.

❖ Sí, el cambio es el amor por la naturaleza, en mi caso no, no era muy consciente del problema que le estaba causando y a través de esto pude entender que sí, que yo podía contribuir a eso, que sí se podía contribuir a la mejora y a que las personas también puedan [...] y he aprendido a relacionarme más con las personas [...] nos hemos sentido más fortalecidas, hemos adquirido más conocimiento. (Madre Monte de San Basilio de Palenque, Bolívar, entrevista grupal, 2022)

Esa conciencia sobre las problemáticas ambientales del territorio se relaciona con lo que se mencionó en el apartado anterior sobre el ímpetu y la inquietud de la juventud por la realidad de sus entornos y, a la larga, esto se convierte en los cimientos y el combustible de las organizaciones de defensa territorial.

Pero, también, ese relacionamiento con la naturaleza, en diversos casos parte de los sentidos tradicionales de sus comunidades sobre esta, de la conexión que guardan con ríos, montañas, caminos, plantas, animales, etc. Así, se diferencian los sentidos sobre la naturaleza a partir de las diversas identidades como mujeres rurales, afro, indígenas y urbanas, pues cada una se sitúa desde una cultura, un lugar, una cosmovisión y unas necesidades propias. Entonces, por ejemplo, para la Fundación Dignidad Trans de Arauca, conformada por personas trans que habitan contextos urbanos, y cuya principal lucha es por los derechos humanos de la comunidad disidente sexual y de género, el relacionamiento con la naturaleza no es transversal a su accionar político sino que se aborda como una necesidad secundaria:

❖ ... también tratamos como temas ambientales, a veces, de pronto, digamos, pues muy poco lo hacemos, porque, como te digo, tenemos que sacar una serie de permisos o de pronto la administración creará que nosotros, como por quitarles el crédito a ellos, pero, a veces, que nosotras podamos y nos queda el tiempo, hacemos actividades de jornada de limpiezas a los parques y siembra de árboles. (Fundación Dignidad Trans, Arauca, entrevista grupal, 2022)

Sin embargo, el hecho de que el tema ambiental sea secundario en su agenda puede responder también a las dificultades y/o barreras para dialogar entre procesos sociales. Sería importante, entonces, generar estos diálogos, porque, para muchas mujeres cisgénero, si bien la defensa de la vida y el territorio es prioritaria, la lucha por la posibilidad de existir de las mujeres

trans también es un acto de cuidado de la vida y debe entrar a dialogar con los demás procesos sociales y ambientales.

En el caso del Comité de Mujeres Cabildo Indígena *Nasa Ukawe'sx Tha'* Alto Nápoles, lo principal es la conexión con el territorio; es “cuidar la vida de todas las especies animales, vegetales y seres humanos, para la pervivencia y el buen vivir” (Risaralda, grupo focal, 2022). Entonces, así como se diferencian los sentidos por adscripción étnica, cultural, territorios, etc., también se diferencian las transformaciones de las mujeres en cuanto a estos sentidos, pues tienen diferentes intensidades y matices.

Estos sentidos de las jóvenes en sus territorios se ven reflejados, por ejemplo, en su concepción de la naturaleza, sus formas de relacionamiento con ella, integrados con el accionar colectivo y, desde ahí, han venido liderando transformaciones en los relacionamientos con lo humano y no humano; proponiendo otras miradas de la reproducción de la vida; desligándose de la idea de que la tierra y todo lo relacionado con ella son mercancía; reivindicando las formas comunitarias de vivir con la naturaleza desde lo político, lo económico y lo cultural; y confrontando las nociones básicas del neoliberalismo (Korol, 2016).

Los feminismos territoriales han consolidado o posicionado la categoría “cuerpo territorio” como una manera de conectar las luchas ambientales y las luchas feministas. Dicha categoría es importante, entre otras cosas, para entender cómo es la relación de saqueo y explotación de los territorios con los cuerpos feminizados, es decir, cómo se reconoce el territorio en los cuerpos y viceversa: “Cuando se violentan los lugares que habitamos se afectan nuestros cuerpos, cuando se afectan nuestros cuerpos se violentan los lugares que habitamos” (Cruz *et al.*, 2017). Sin embargo, entre las jóvenes defensoras de territorios hay diferencias en las concepciones y los sentidos que se ven reflejadas en el trabajo de campo que hicimos, pues nos dimos cuenta de que esa noción de “cuerpo territorio” no funciona igual para todos los procesos, porque hay sentidos y referentes distintos, pero, sin duda, tocar el tema crea ambientes de discusión en los que se da la posibilidad de generar otras reivindicaciones con los territorios, desde lo emocional, relacional y ontológico. Esta observación nos lleva a pensar que el cuerpo territorio no es el único lugar de enunciación desde el cual las mujeres expresan y sienten sus luchas por el territorio o que, en ocasiones, existe una relación fuerte entre cuerpo y territorio, pero no se considera como una categoría sino que

se percibe en comportamientos y formas de defender el territorio, como en el caso que exponen las compañeras del colectivo JÓDETE sobre una mujer en el municipio de Caramanta:

❖ Fueron a medirle la finca (La minera) y a medir el agua. Y le dijo, 'primero tiene que pasar sobre mi cuerpo para meterse a mi finca, pero no lo va a lograr si no pasa este cuerpo'. O sea, esa tierra es parte de su cuerpo, es parte de su vida. (Antioquia, entrevista grupal, 2022).

En este caso se puede ver reflejada directamente esta categoría de cuerpo territorio, desde una vivencia específica en la que se perciben los sentidos de una mujer campesina sobre su territorio. Pero en otro caso, posiblemente podría verse una reacción diferente, porque el territorio se concibe de formas diferentes.

Igual que estas diferencias en los sentidos, las narrativas varían en las mujeres jóvenes, porque responden en gran parte a su contexto cultural. Por eso, se encuentra una diversidad de expresiones de las mujeres jóvenes, que generan transformaciones en sus propias vidas y en sus experiencias como defensoras del territorio.

Narrativas que transforman hacia adentro

En cuanto a las narrativas, es decir, las formas de expresar, decir y mostrar lo que piensan y construyen las jóvenes frente a la defensa territorial, estas son diversas –como se dijo en el capítulo 1–, y surgen de los intereses y la creatividad de las mujeres. Por ejemplo, las expresiones a través de la música, el tejido, el bordado, la pintura, la fotografía, la cartografía, el teatro, entre otras, representan esas formas que tienen las mujeres para comunicar sus denuncias y sentires, y, en muchos casos, llevan implícitas las tradiciones y los saberes ancestrales de sus comunidades. Pese a que algunas de estas expresiones, como el tejido y el bordado, han estado ancladas desde los inicios de la humanidad al espacio del hogar como oficios femeninos, también han sido una herramienta de resistencia (Chocontá *et al.*, 2019), a través de la cual las mujeres hacen memoria, fortalecen la cultura y las tradiciones de sus comunidades, expresan sus inconformidades, etc. Entonces, de esta forma se desdibuja una norma de género de muchos años y se reivindica, en gran parte por mujeres jóvenes, como una forma de expresión de sus luchas en la que está impresa la dimensión del género femenino por su historia y legado.

Desde estas narrativas, aparte de contribuir a la defensa de los territorios, las mujeres también se han fortalecido a sí mismas, de forma que sus voces se han hecho más fuertes y han abierto caminos para el fortalecimiento de su participación en las organizaciones de defensa territorial. Esto se ve reflejado en algo que fue frecuente entre las mujeres jóvenes, como lo expresaron varias de ellas, y es que el hecho de articularse y pensarse con otras personas, genera cambios relacionados con la actitud, la comunicación con diversos grupos, las formas de expresarse y la confianza en sí mismas:

❖ Hemos tenido muchos cambios en nuestra manera de pensar y de expresarnos. Porque habíamos vivido antes con el maltrato de nuestros maridos, por decirlo así, de nuestros acompañantes. Y con la ayuda de esta corporación, pues nos hemos abierto un poco más, ya es más fácil expresarnos y salir adelante. (Corporación María Mulata, Sucre, entrevista grupal, 2022)

Estos cambios se originan en sentidos sobre lo colectivo, pues surgen de las interacciones que se dan dentro de las organizaciones, pero conducen también a transformaciones interiores sobre la seguridad en sí mismas y sobre el accionar político individual, lo que ha llevado a que muchas de las jóvenes asuman el feminismo como una postura política que sustentan desde sus vivencias cotidianas y organizacionales. Entonces, bajo esta perspectiva, se transforman tanto los sentidos como las narrativas a través de acercamientos y cuestionamientos a temas como la sexualidad, la economía, los roles de género, su participación en la sociedad, el relacionamiento con otras mujeres, entre otros (Huila, grupo focal, 2022).

Entonces, en efecto, las múltiples narrativas empleadas por las mujeres tienen alcances hacia lo colectivo y lo individual, pues con el lenguaje de la música, el tejido, la pintura y otros, han ido creando lazos con otras mujeres, liberando miedos y sanando marcas que ha dejado el patriarcado en sus vidas, pero, además, han develado la diversidad y la potencia de otras maneras de expresar, de otros lenguajes para defender el territorio.

¿Cómo transforman las mujeres jóvenes las organizaciones en defensa de los territorios?

“Estamos transformando algo, porque estamos incomodando”.

Jóvenes por la Defensa del Territorio - JÓDETE, Antioquia, entrevista, 2022

Como se ha mostrado a lo largo del capítulo, las jóvenes están buscando nuevos espacios de encuentro y expresión porque sienten la necesidad de exponer su voz y sus ideas para la defensa del territorio y porque en las organizaciones ha predominado la figura masculina en el uso de la palabra y en la participación. Por eso, a través de sentidos, narrativas y prácticas, las mujeres jóvenes están reclamando un lugar importante en la representación y participación activa de las organizaciones. Estos reclamos han configurado un campo de disputa en el interior de estas, que muchas veces se resisten a transformar sus prácticas y a construir condiciones más equitativas e igualitarias para la vida y la participación de las mujeres. A su vez, dichas disputas son el camino hacia la transformación de los procesos de defensa de los territorios, en gran parte liderados por las mujeres jóvenes, pues mientras se aborden las injusticias de género, las inconformidades con los relacionamientos y las actitudes machistas, y se reconozcan las labores de cuidado que sostienen las organizaciones, podrán darse cambios en favor de la paridad de género y, por tanto, de relaciones más justas.

Una lucha, muchos cuestionamientos

Aparte de enfrentar la lucha por defender sus territorios, las jóvenes también han tenido que reclamar sus espacios para participar y ser escuchadas, pues, por el hecho de ser mujeres, se les han asignado lugares que no siempre responden a sus sentires. Así lo señalaron varias de las colectivas, quienes mencionaron que, por ejemplo, en las organizaciones son asignadas normalmente a la resolución de conflictos, a las diversas labores de cuidado, a tareas logísticas, entre otras, pero que su participación en la toma de decisiones, en el manejo de dineros, en el posicionamiento de posturas políticas y en la representación de sus organizaciones es minimizada y pocas veces se perciben como tareas que podrían asumir las mujeres (Youngsters, San Andrés y

Providencia, entrevista grupal, 2022). En el caso del Son del Frailejón, era una situación frecuente en el sector de la música carranguera:

Era un género muy muy de hombres (la carranga), como que solo lo hacían los hombres y si había un grupo con mujeres, era la muchacha que cantaba o cosas así. Entonces, digamos que ahorita tener la posibilidad de –como mujeres– pues poder tener una agrupación musical, poder implementar nuevas escuelas y generar como esas conexiones con mujeres [...]. Desde la posición de mujer, claramente uno se cuestiona un montón de cosas, de cómo quiero transmitir el mensaje que estoy dando, [...]. Digamos que aparte de las conversaciones que tenemos las cuatro como integrantes principales de la agrupación, también hemos intentado buscar una manera de entender el feminismo desde nuestra perspectiva como mujeres jóvenes campesinas. (El Son del Frailejón, Cundinamarca, entrevista grupal, 2022)

Como vemos, las mujeres jóvenes han sido marginadas de ciertos espacios, por lo que se han visto en la necesidad de interpelar a las figuras patriarcales que representan y ejercen el poder en las organizaciones. Por eso, vienen posicionando nuevos debates y cuestionamientos que generan redes, conduciendo a la posibilidad de crear autonomía para sus vidas, a la vez que evitan que las organizaciones se vuelvan un escenario de reproducción del patriarcado (Korol, 2016).

Sin embargo, para las jóvenes, no ha sido una tarea fácil ir abriendo estos caminos hacia debates sobre roles de género y demás temas que cuestionan figuras de poder sostenidas por el patriarcado:

... yo creo que una barrera para nosotras, pues más que todo para las mujeres, ha sido la figura del hombre en la organización, [...] pues esa representatividad tan fuerte de los hombres y pues una de las cosas que nos llevó como a des-encantarnos fue empezar a hablar de género [...]. Nosotras empezamos a hablar de eso y era como “muy lindas que se reúnen las mujeres”, pero cuando empezamos a cuestionar sus papeles dentro de la organización fue como, “venga, acá al rancho no se meta, pues como hasta aquí ese límite, como qué lindo que se reúnan y hablen sobre feminismo, pero no es a cuestionar mi papel de poder”. (Jóvenes por la Defensa del Territorio - JÓDETE, Antioquia, entrevista grupal, 2022)

Estas situaciones o manifestaciones revelan las tensiones que viven las mujeres dentro de las organizaciones por tratar de posicionar sus voces, acciones y cuestionar los privilegios para la participación, la violencia de género, la división desigual de tareas del cuidado, entre otros. Ello hace parte de esas reclamaciones a estructuras muy establecidas y están generando transformaciones en los colectivos, pues si bien son muchas las disputas, vínculos por romper o transformar y un camino difícil de transitar, las jóvenes consideramos como necesarias estas interrupciones para la transición a una defensa territorial justa, ya que es debido a esto, entre otras cosas, que las mujeres están reconfigurando paulatinamente los papeles instaurados en las organizaciones.

Abriendo caminos, transformando lo colectivo

Las mujeres jóvenes estamos resignificando espacios tradicionales de subordinación, como la cocina y el tejido, en espacios de poder, de transformación, de cuidado a través de la elaboración y transformación de productos, la utilización de plantas medicinales, y otras prácticas que parten de sus intereses. Principalmente, las mujeres campesinas e indígenas también están resaltando la importancia de la huerta y las labores alrededor de esta, en un compartir de saberes con las personas mayores que por mucho tiempo han cuidado las semillas y aportado a la soberanía alimentaria de los pueblos.

Como en los anteriores ejemplos, en otras entrevistas y grupos focales fue frecuente escuchar que las expresiones de machismo y el poder masculino en lo organizativo imperan y generan obstáculos para que las mujeres expresen su sentir y ejerzan la defensa del territorio plenamente. Por eso, surgió la necesidad de construir y compartir estrategias entre mujeres, quienes, por medio de diversas narrativas como la música, el bordado, la pintura, el teatro, la fotografía, etc., se expresan y defienden el territorio. Estas narrativas marcan las agendas de las luchas por el territorio, pues no solo surgen de las vivencias y perspectivas como mujeres jóvenes sino que también incorporan otros enfoques que ellas consideran fundamentales para su ejercicio como defensoras del territorio. En este sentido, desde sus identidades como mujeres, consideran importante abordar temas como los derechos sexuales y reproductivos con enfoque diferencial, el placer, las violencias basadas en género, el cuidado de la tierra y el cuidado colectivo, el autoconocimiento, el acceso a la tierra para las mujeres, la pedagogía feminista y transfeminista,

las economías feministas, la recuperación y preservación de saberes (Huila, grupo focal, 2022, y Risaralda, grupo focal, 2022), debido a que en medio de las luchas territoriales se presentan y se despliegan desigualdades basadas en el género que producen una sobreposición de opresiones, como se ha aclarado anteriormente. En ocasiones, estos temas son incorporados a las agendas de las luchas territoriales y marcan un derrotero para los cambios que requieren las organizaciones en los ámbitos relacional y político.

Como bien se puntualiza en el capítulo 1, estas dinámicas propuestas por las mujeres en la defensa de los territorios pueden enmarcarse en lo que Astrid Ulloa denomina “feminismos territoriales” (Ulloa, 2016), pues precisamente plantean críticas y alternativas contra los extractivismos y el patriarcalismo. Por lo tanto, las luchas ambientales tienden, por necesidad de un sector que lo reclama, a despatriarcalizar sus relacionamientos con lo humano y no humano, a despatriarcalizar sus agendas, lo que se constituye en una importante transformación de las apuestas por la defensa de los territorios en Colombia.

Estas temáticas y las narrativas parten de los sentidos sobre su relacionamiento con la naturaleza y con la comunidad, y desde allí han planteado estrategias diversas en contextos donde se han normalizado ciertas formas de resistir en el territorio. Por eso, estas formas de organizarse y expresarse de las jóvenes generan rupturas dentro de las organizaciones, como se evidencia en los anteriores testimonios. Y es que, tal como se mencionó en el primer apartado de este capítulo, estas organizaciones aún están atravesadas por un orden patriarcal y adultocentrista representado principalmente por hombres que no les dan importancia a los temas planteados por las mujeres, porque desde sus posiciones de poder no perciben fuertemente las desigualdades de género que las afectan y, además, se sienten amenazados por cuestionamientos a las figuras masculinas de poder o a estructuras patriarcales fuertes. Sin embargo, estos mismos conflictos y disputas son un camino por el que las mujeres transitan para recuperar espacios de participación y transformar los relacionamientos en las organizaciones y, por tanto, el accionar de estas en los territorios.

Finalmente, después de analizar las trayectorias organizativas de las jóvenes defensoras de territorios, los obstáculos para su participación y las transformaciones que están generando, cabe preguntarse si las organizaciones ambientales están escuchando las peticiones y los reclamos de las mujeres

jóvenes, y están siendo incluidos en sus agendas, o están quedando como un asunto relegado y secundario desligado de la lucha ambiental. Sin duda, consideramos que es necesario transversalizar el tema de género en las agendas organizativas, para que mujeres en toda nuestra diversidad, hombres y personas disidentes del sexo y del género, caminemos juntas hacia la construcción de una justicia ambiental ligada a la justicia de género. También pensamos que a esto se llega transitando por tortuosas sendas llenas de disputas, fracturas y miedos que, poco a poco, van generando cambios, pero que se vuelven caminos más livianos si hay disposición por parte de las organizaciones para plantear reflexiones sobre el género, estudiar temas relacionados, reconocer el trabajo reproductivo, respetar los espacios propios de las mujeres, eliminar los relacionamientos machistas, e incluso renunciar a posiciones privilegiadas por condiciones de sexo/género.

Si no están las condiciones para que las mujeres jóvenes defendamos los territorios, difícilmente se podrá lograr una defensa legítima, justa y con todas las personas.

CAPÍTULO 3



Caminando entre naturalezas y mujeres se hacen caminos al andar

Este capítulo tiene como horizonte describir y comprender el papel de las mujeres en la lucha ambiental en Colombia, identificando su rol en algunos momentos de la historia de los ambientalismos, pero acentuando sus aportes a la construcción de agendas ambientales en los últimos 20 años, y las intersecciones y diálogos con las agendas feministas contemporáneas.

El capítulo se divide en tres partes: la primera describe el papel de algunas mujeres en los momentos pioneros del ambientalismo en el país y en la emergencia de los debates de la biodiversidad y el cambio climático. La segunda profundiza en temas y coyunturas de la lucha ambiental en el presente siglo, precisando la importancia de la acción de las mujeres en la lucha antiextractivista y en la transformación de culturas políticas locales que obstaculizan el despliegue de sus agendas y sus aspiraciones en la defensa de los territorios. Finalmente, la tercera parte precisa los modos en que los feminismos han impactado las agendas ambientalistas en los últimos años, promoviendo nuevos debates y reorientando la acción ambiental hacia la construcción de alternativas y el fortalecimiento de ejercicios de economía sostenible y para la reproducción de la vida.

Las mujeres en los ambientalismos pioneros

En el año de 1997, Ecofondo¹ publicó el libro *Se hace camino al andar. Aportes para una historia del movimiento ambiental en Colombia*. Sus autores, en una suerte de proyecto historiográfico, pero también político, escribieron y caracterizaron el estado de las luchas ambientales en Colombia y avanzaron en discutir –con distintas opiniones– si era posible hablar de un movimiento ambiental o no. Al revisar el índice de dicho libro, que es muy importante para la comunidad política y académica de los ambientalismos en nuestro país, encontramos que todos los escritores de este hito de memoria para el ambientalismo eran hombres y que, además, solo dos mujeres, con sus voces y su trabajo, habían sido entrevistadas en esta publicación, donde quizá la palabra mujer o feminismo fue inexistente.

En las entrevistas a Alegría Fonseca y a Margarita Marino, dos ambientalistas reputadas y conocidas por su trabajo institucional en el Inderena y en ONG como ALMA, insisten constantemente en que, en su momento, no se podía hablar de un movimiento ambiental, debido a que lo que había más bien era una “reunión de personas muy respetables y muy queridas de organizaciones no gubernamentales que a través de fundaciones y corporaciones están (estaban) trabajando su propio proyecto” (Ecofondo, 1997). En las dos entrevistas, las ambientalistas destacan que las luchas ambientales han estado muy institucionalizadas y que es necesario que “el ambientalismo” o “lo ambiental” penetre el movimiento social, ya que el campo ambiental puede ser un nicho demasiado pequeño y es necesario abrirse y estar en todas partes. Dado que las preocupaciones de los ambientalismos tienen un amplio espectro y que el sujeto ambiental no puede estar aislado, es importante poder hablar con otros. En sus entrevistas nunca se les pregunta si ser mujeres ha tenido alguna relevancia en su lucha, ni ellas lo advierten; de hecho, su llamado

1 La Corporación Ecofondo fue creada en 1993, por una asamblea de 119 organizaciones ambientales, en Bogotá (Colombia). Es una organización de instituciones ambientalistas, no gubernamentales, comunitarias, de pueblos indígenas y afrodescendientes, sin ánimo de lucro, que se concibe como un espacio democrático y participativo de incidencia en política y gestión ambiental. Sus acciones institucionales principales son la cofinanciación de proyectos ambientales, la incidencia en políticas públicas, la promoción de reflexión y acción en relación con problemáticas ambientales y el fortalecimiento de organizaciones y movimientos sociales.

a la articulación siempre refiere a los movimientos indígenas, de derechos humanos, agrarios, pero no se nombran ni las mujeres, ni los feminismos.

Esta historia de un libro “de historias” de 200 páginas, con pocos nombres de mujeres y pocas alusiones a su papel político, intelectual y organizativo es un hecho repetido para todas las disciplinas, los gremios, las organizaciones, etc. El silenciamiento de las mujeres, la invisibilización de su lugar específico como sujetas políticas y el borramiento de su acción y aporte en las historias de los movimientos sociales es constante, y el caso del ambientalismo (los ambientalismos) no es la excepción. Las mujeres ambientalistas han estado participando desde siempre en los espacios políticos, organizativos e institucionales. Y cuando decimos ambientalistas no solo nos referimos a las que se llaman a sí mismas de este modo, sino que mujeres indígenas, urbanas, campesinas y afrodescendientes llevan tiempo enarbolando las luchas por la protección de sus territorios, por el agua, por el alimento y, a su vez, llevan tiempo siendo borradas de las historiografías comunitarias, organizativas y temáticas.

Esto no es nuevo y el caso de los ambientalismos tiene que ver con las intersecciones políticas, temáticas y programáticas que caracterizaron su agenda en los primeros años. Entre los años setenta y ochenta, la efervescencia del movimiento social, marcada por varios paros cívicos, las movilizaciones campesinas e indígenas, la recuperación de tierras, entre otros sucesos, orientaron la praxis ambientalista hacia una tendencia popular, que se expresaba en los grupos ecológicos inaugurados en departamentos como Risaralda, Valle del Cauca, Popayán, Pasto y Tolima. Las agendas y acciones de estos procesos se dieron alrededor de los impactos del monocultivo forestal en estas zonas y se conectaron con las luchas indígenas y campesinas por la tierra (Ecofondo, 1997). En las memorias de estos ejercicios se reivindican, sobre todo, los nombres de académicos hombres y líderes sociales hombres, quienes fueron en ese momento las cabezas visibles de estas iniciativas. No obstante, el papel de las mujeres campesinas, indígenas y solidarias en estos ejercicios fue crucial y, aunque no son nombradas, fueron quienes enfrentaron con sus cuerpos los avances de la fuerza pública en sus territorios, y con sus labores de cuidado y de sostenimiento aportaron las condiciones materiales para que las acciones políticas de estos movimientos se llevaran a cabo.

En este sentido, la memoria patriarcal de las luchas agrarias e indígenas se transfiere también a las memorias de los ambientalismos que han narrado

las causas de sus luchas, sin reconocer las experiencias particulares de las diversas mujeres en las mismas. Ahora, sabemos que esta forma de narrar y de borrar es producto de un momento en donde las luchas sociales privilegiaron las causas estructurales sobre otras formas de opresión, pero también de una suerte de focalización de las luchas feministas que en ese momento surgían, pero que tenían en sus agendas temas urgentes como el acceso a derechos y la participación, y que no priorizaron otros debates como el acceso a la tierra o las afectaciones diferenciales de la crisis climática y los extractivismos en las mujeres.

Hacia los años noventa, diversas formas de la práctica ambientalista migraron hacia figuras y formas más institucionales, asociadas a la creación de organizaciones no gubernamentales y participación en los espacios estatales relacionados con la administración ambiental. Es en ese momento cuando algunas ambientalistas mujeres son recordadas y destacadas como personas que cumplieron papeles importantes en la construcción de las agendas y horizontes políticos de las luchas ambientales. Muchas de ellas, desde las orillas institucionales, impulsaron abordajes de temas ecológicos y de protección ambiental en espacios como el Inderena, el Ministerio de Ambiente, las corporaciones autónomas y, en general, el entramado estatal de lo que es hoy el sistema nacional ambiental.

El papel de las organizaciones no gubernamentales (ONG) en la década de los noventa fue muy importante en los ambientalismos, así como en todo el movimiento de derechos humanos en Colombia. Aunque el espectro de enfoques y posiciones políticas era y es diverso, las ONG permitieron, por un lado, la profesionalización de las mujeres metropolitanas y de ciudades intermedias en los asuntos ambientales y, por otro, alianzas políticas y sociales con mujeres de las comunidades rurales, agrarias, indígenas y trabajadoras. Las ambientalistas, por medio de estas interacciones, abrieron un camino importante para amplificar sus propias voces y las de las mujeres defensoras de los territorios.

Al inicio de los 90 cuando yo comienzo a trabajar en una ONG ambiental que fue liderada por mujeres, ocurrió algo realmente importante que promovió la articulación entre los movimientos indígenas con los movimientos ambientalistas, lo cual fue importantísimo para las luchas ambientales, defender el Chocó, por ejemplo. Creo que esos movimientos que se articularon fueron claves. El papel

de las mujeres en ciertas ONG ambientales sí dieron una apertura de transformación, diferenciando su mirada de las de otros actores” (Astrid Ulloa, Seminario Agendas Feministas y Ambientales de las Mujeres Jóvenes en Colombia, Bogotá, 3 y 4 de marzo de 2022)

El activismo ambientalista popular que se gestó en organizaciones no gubernamentales, herencia de los antiguos grupos ecológicos de los años setenta, fue muy importante porque organizaciones como Censat Agua Viva, Penca de Sábila, Fundaexpresión, entre otras, amplificaron las ideas y los sentidos de la lucha ambiental, refiriéndose a las causas estructurales que estaban provocando la crisis ambiental que ya era inminente. Estas posiciones mucho más radicales y antisistémicas fueron los primeros pasos, desde lo institucional, para pensar más allá de lo ambiental y poder intersecar luchas y formas de opresión que se articulaban y se alimentaban unas a otras.

Yo me gradué de ingeniería de petróleo y trabajé con trabajadores del petróleo con un liderazgo masculino muy fuerte, lo cual significó para mí enfrentarme a eso. Yo tuve la suerte de encontrarme en el camino a varias mujeres tremendas, y me refiero a la organización Acción Ecológica (ecuatoriana), que fue fundada por tres mujeres. Para mí, Acción Ecológica fue una escuela que me permitió crecer y situarme en el ambientalismo. El tema energético ha sido uno de los temas más complejos, en el cual hay que enfrentarse a una forma en la que está atravesada por el poder, por lo económico, es todo lo que domina este mundo. Y ver la energía desde otros lugares, como lo hemos querido plantear en Censat, que lo hemos puesto especialmente en eso, es verla desde el alimento, es verla desde las cosmovisiones de energía que tienen los pueblos indígenas, los campesinos [...]. Yo creo que el ambientalismo sí tiene una presencia muy fuerte de las mujeres, o sea, el ambientalismo en sí mismo, por cómo se concibe, trae elementos cercanos a las experiencias de las mujeres” (Tatiana Roa, Seminario Agendas Feministas y Ambientales de las Mujeres Jóvenes en Colombia, 3 y 4 de marzo de 2022, Bogotá, Cundinamarca).

Muchas de las organizaciones ambientalistas populares en la década de los noventa estaban involucradas en las luchas internacionalistas contra el uso de energía nuclear. Desde distintas perspectivas, discutieron los efectos de

la Cumbre de Río² en las políticas locales. Precisamente, la declaración de la Cumbre de Río que presentó la noción de desarrollo sostenible y creó mecanismos de financiación y un marco institucional para su implementación, resultó polémica entre distintas expresiones del ambientalismo; por un lado, se hablaba de justicia ambiental y cambios estructurales al modelo capitalista responsable de la crisis climática y, por otro, algunas organizaciones ambientalistas se aglutinaron alrededor de las posibilidades de financiación que estos mecanismos ofrecían, de la cual resultó Ecofondo.

Luego de la Declaración de Río, y posteriormente con el Protocolo de Kioto,³ la conciencia ambiental y las articulaciones globales/locales alrededor de proteger la biodiversidad y combatir el cambio climático estuvieron incluidas en gran parte de las agendas institucionales de los gobiernos y de las organizaciones no gubernamentales.

En medio de esa conciencia ambiental global, diferentes propuestas ambientales empezaron a ser incluidas. De hecho, los conocimientos indígenas, sus territorios y sus recursos empezaron a ser parte del interés nacional y a ser considerados de manera más sistemática en los estudios antropológicos y biológicos acerca de las concepciones sobre la naturaleza y el manejo de los recursos indígenas. (Ulloa, 2001:12)

Mujeres, biodiversidad y el cambio climático

Los ambientalismos reposicionaron las representaciones sobre lo indígena y sus sistemas de conocimiento, reconociendo sus prácticas dentro de los discursos ambientales y de desarrollo sostenible; estas articulaciones entre lo ambiental y lo indígena permitieron un reconocimiento de los saberes

2 La de Río fue la segunda Cumbre de la Tierra (también conocida como Cumbre del Clima), que es la expresión utilizada para denominar las conferencias de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo. Estos son encuentros internacionales entre jefes de Estado de todos los países del mundo, con el fin de alcanzar acuerdos sobre medio ambiente, desarrollo, cambio climático, biodiversidad y otros temas relacionados.

3 El Protocolo de Kyoto es un acuerdo que pone en funcionamiento la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, comprometiendo a los países industrializados a limitar y reducir las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI), de conformidad con las metas individuales acordadas. La propia Convención solo pide a esos países que adopten políticas y medidas de mitigación y que informen periódicamente.

ecológicos de las comunidades locales y una revalorización de su saber en la ecogubernamentalidad del momento (Ulloa, 2004).

Las mujeres indígenas específicamente han tenido un papel destacado en los temas de biodiversidad y cambio climático. Ello, asociado a la valoración de su conocimiento y su lugar “de cuidado” en sus tradiciones culturales. Esta valoración ha respondido tanto a nuevas incorporaciones del conocimiento indígena en los circuitos económicos verdes globales como a una exaltación muchas veces instrumental de las identidades ecológicas del mundo indígena. Pese a que las voces de las mujeres indígenas en algunos casos fueron animadas desde espacios institucionales o ambientalistas biocéntricos, su papel para posicionar algunas de las preocupaciones que desde sus pueblos y sus experiencias emergen en esta nueva ecogubernamentalidad puede ser considerado como una semilla para la emergencia de propuestas precursoras del diálogo e imbricación entre los feminismos y los ambientalistas.

Precisamente, en los primeros años del siglo XXI, organizaciones ambientalistas de corte conservacionista, como la Fundación Natura, en conjunto con el Instituto Colombiano de Antropología y la Unión Mundial para la Naturaleza (UIC), promovieron un encuentro latinoamericano de mujeres indígenas en los escenarios de la biodiversidad. Este encuentro tuvo dos versiones más, en donde se agregaron preocupaciones y análisis frente al cambio climático y la territorialidad. Estos primeros trabajos amplificaron las voces de las mujeres indígenas, en un momento en que el lugar del mundo indígena en lo ambiental estaba fuertemente esencializado, aunque reforzaron algunas interpretaciones, que luego han sido retomadas por corrientes esencialistas de los ecofeminismos latinoamericanos.⁴ Estos y otros encuentros de mujeres indígenas contribuyeron a ir acercando experiencias y encontrando un campo político y temático para las mujeres en los ambientalistas institucionalizados. Si bien en las memorias de estos encuentros no se lee la palabra feminismo, las discusiones que empiezan a surgir muestran cómo las voces de las mujeres, aunque hacen demandas genéricas desde su *locus* étnico, empiezan a develar

4 Tales como la separación cultura-naturaleza y los equipamientos de la identidad femenina con la naturaleza, el emparentamiento unívoco entre lo femenino y las esencias maternas, creadoras, cuidadoras, emotivas, intuitivas y el papel de las mujeres en la búsqueda del equilibrio y la armonía medioambiental (Serret, 2020).

sus opiniones respecto a los regímenes patriarcales de opresión que operan en sus comunidades y procesos organizativos mixtos.

Las mujeres indígenas consideran que el bienestar de sus pueblos depende de la equidad entre hombres y mujeres en la toma de decisiones en los espacios de la vida privada y pública y además en varias de sus intervenciones insisten en que las relaciones entre la biodiversidad y los pueblos indígenas están marcadas por diferencias de género que deben ser tenidas en cuenta debido a que son las mujeres quienes más resienten los impactos de la pérdida de la biodiversidad y la contaminación de sus territorios. (Escobar, 2005)

Estas articulaciones, de algún modo tejidas desde lo institucional y un poco desde un interés de las agendas globales por resaltar lo étnico y el género como categorías de la diferencia para repensar la crisis ambiental de finales de siglo y principios del nuevo, también tuvieron otras expresiones que se fueron tejiendo desde abajo y que se convirtieron en las bases de las resistencias ambientalistas populares durante los últimos 20 años. Mientras en los escenarios globales se hablaba de biodiversidad y cambio climático, en los territorios concretos era inminente el avance de los extractivismos y las articulaciones de facto que los afectados por los proyectos mineros, petroleros, agroindustriales e hidroenergéticos empezaron a consolidar con el fin de garantizar la vida de sus pueblos, su permanencia en los territorios y un horizonte de futuro.

Proyectos como la represa Urrá en el Caribe colombiano y la explotación de petróleo en el territorio u'wa (Boyacá, Norte de Santander y Arauca) produjeron conflictos asociados al avance de los extractivismos en los territorios, que alentaron el activismo ambientalista y que abrieron paso al nuevo siglo y con él a un giro en la lucha ambiental colombiana, en donde las mujeres han cobrado un papel preponderante.

Las luchas ambientalistas del siglo XXI y el desafío de la interseccionalidad

Marisela Svampa (2013: 31) señala que América Latina, a finales del siglo XX,

... entró a un nuevo orden económico y político-ideológico que ha bautizado “el consenso de los *commodities*”,⁵ caracterizado por un *boom* de los

5 En este trabajo, siguiendo a Svampa, la expresión *commodities* es entendida como “productos indiferenciados cuyos precios se fijan internacionalmente”.

precios internacionales de las materias primas y de los bienes de consumo demandados por los países centrales y las potencias emergentes. Para el caso de Latinoamérica, las principales demandas de *commodities* han sido productos alimentarios, hidrocarburos y minerales.

Otros autores, como Gudynas (2015), caracterizan este momento como una proliferación de los extractivismos⁶ y de los que él denomina de tercera y cuarta generación, asociados a atributos tecnológicos, de intensidad, volumen y destino específicos. Existen actualmente varias actividades que pueden ser clasificadas como extractivismos: la explotación de hidrocarburos, la minería en distintas escalas, los monocultivos, las plantaciones forestales, la explotación hidroeléctrica, la pesca marítima, entre otras. En el caso de la economía colombiana, autores como Vega (2014) han catalogado la siembra de flores a gran escala y la ganadería como tipos de extractivismo.

Los extractivismos se desencadenaron en Latinoamérica por varios factores: el primero tiene que ver con la demanda de estas materias primas y su relación con el crecimiento de economías emergentes como China e India. El segundo factor se relaciona con un incremento en los consumos energéticos mundiales asociados al crecimiento demográfico, las transformaciones tecnológicas, de movilidad y comunicación. El tercero, con una crisis económica mundial que por medio del respaldo del oro conserva y acumula valor como activo monetario y financiero para inversionistas públicos y privados. Cuarto, frente a un escenario de escasez en donde cada día disminuyen las reservas de “recursos no renovables” que producen energía, es necesario buscarlas y apropiárselas rápidamente para garantizar la “seguridad energética”. Finalmente, y en consecuencia, se instaló como un “estilo de desarrollo” que prometía a las economías periféricas una superación de sus crisis estructurales (Toro, 2012; Svampa, 2013; Ulloa, 2014; Suárez, 2012).

El nuevo ciclo extractivista, que puede ser entendido como una renovación del despojo colonial, ha marcado la transformación de las economías y sociedades latinoamericanas entre los años noventa y lo que ha transcurrido

6 El autor define extractivismo como un tipo de extracción de recursos de la naturaleza realizada en grandes volúmenes o alta intensidad, donde la mitad o más son exportados como materia prima sin procesamiento industrial o con procesamientos limitados (Gudynas, 2015).

del siglo XXI. La consolidación de economías reprimarizadas y de enclave, el incremento de la conflictividad social, el avance de la militarización territorial para la ampliación de las fronteras extractivas, las graves e irreversibles consecuencias ambientales en relación con los paisajes, el agua y los suelos, y las numerosas violaciones de los derechos humanos de comunidades rurales han sido la constante durante los últimos 30 años (Vélez-Torres *et al.*, 2013; Coronado, 2012; Bebbington, 2007). En Colombia, los extractivismos han producido un gran número de conflictos socioambientales.⁷ Entre 2012-2021 se han registrado 322 asesinatos de defensoras y defensores del ambiente, y en varias ocasiones ha sido el país más peligroso para el activismo ambiental, según la organización Global Witness.

El avance de las fronteras extractivistas en Colombia ha sido agenciado por capitales sobre todo trasnacionales involucrados en actividades como la minería, la explotación de hidrocarburos, la producción hidroenergética, el monocultivo forestal y agrícola, entre otros. Este avance sobre territorios con alta fragilidad ambiental y con una alta importancia para la estructura ecológica del país fue promovido por gobiernos que diseñaron jurídica y políticamente una arquitectura favorable a los intereses corporativos. Leyes, códigos, agencias, fondos, exenciones tributarias, entre otras, fueron las estrategias que los gobiernos desplegaron para lograr consolidar en el país diversos proyectos extractivistas que han venido socavando los derechos de las comunidades étnicas y rurales, y, con más intensidad, los derechos de las mujeres indígenas, campesinas y afrodescendientes.

Durante los 20 últimos años, este crecimiento y esta presión de los extractivismos en los territorios han generado alteraciones considerables en el agua, en las formas de vida campesinas e indígenas, afrodescendientes y palenqueras, en los usos del suelo, en los paisajes, en la agrobiodiversidad, en los cuerpos de trabajadores y trabajadoras, así como en la salud de comunidades impactadas por la contaminación del aire y de las aguas. Además, el despojo y el desplazamiento por “desarrollo”, la violación de los derechos a la participación y a la consulta previa en comunidades étnicas y la creciente criminalización de las personas que defienden sus territorios y el agua, han sido los factores de organización y movilización social más notables durante los

7 Véase <https://ejatlas.org/country/colombia>.

últimos años en el país. En un primer momento, estos procesos fueron iniciados por las personas directamente afectadas por los proyectos en sus distintas fases, pero se han venido extendiendo para constituir una comunidad crítica anticapitalista y antiextractivista que cuestiona las políticas gubernamentales y que ha madurado en sus formas, actores y repertorios de resistencia.

Esto justamente lo vemos reflejado en esos actores diversos que conforman el activismo ambiental contemporáneo. Por una parte, tenemos organizaciones no gubernamentales de distintos tipos y con énfasis temáticos, políticos y metodológicos diversos, que tienen una conformación mayoritaria de mujeres en sus plazas laborales y ellas, además de ser ambientalistas profesionalizadas, reivindican otros lugares de enunciación política, como el feminismo. Tenemos organizaciones de mujeres en los territorios, que se nombran como defensoras ambientales, que promueven agendas de defensa ambiental y construcción de alternativas como mujeres. Así mismo, existen organizaciones mixtas, campesinas, indígenas y afrodescendientes, conformadas muchas veces para enfrentar proyectos extractivistas que llegan a sus territorios y que además cuentan con otras agendas sectoriales o gremiales. También se han conformado grupos de mujeres y hombres jóvenes, que responden a formas organizativas menos tradicionales asociadas a preocupaciones globales frente al cambio climático y la crisis global, colectivos de artistas y muralistas ambientales, colectivos neocampesinos, grupos urbanos, entre otros.

En esta diversidad, el protagonismo de mujeres lideresas de varios lugares del país ha caracterizado las dinámicas de la lucha ambiental más próxima. Uno de los ejemplos notables es la actual vicepresidenta Francia Márquez Mina, una mujer afrodescendiente del municipio de Suárez (Cauca), que inició su activismo en la defensa del territorio contra los impactos de la represa Salvajina y la amenaza de la gran minería promovida por la empresa Anglo Gold Ashanti. Su activismo ambiental comenzó a temprana edad y, luego, en conjunto con su consejo comunitario, lideró una movilización emblemática –“Mujeres negras que caminan”– para denunciar los impactos de la gran minería en sus territorios. Otra mujer que tuvo gran visibilidad nacional fue la indígena nasa Aida Quilcué, también del departamento del Cauca, quien lideró en el año 2008 una de las más grandes movilizaciones indígenas –“La minga”– realizadas hacia Bogotá, donde las consignas por la protección de los territorios y la autonomía fueron centrales. Como ellas, hay cientos de lideresas en muchos lugares de Colombia, quienes han sido fundamentales

para visibilizar la conflictividad ambiental en los territorios y para denunciar las estrategias tanto del poder corporativo como de los gobiernos locales y los actores armados en la violación de sus derechos humanos y territoriales. En algunos casos, estas lideresas han afianzado su papel en las luchas territoriales por la defensa del agua y la vida, con demandas políticas y de participación desde su reconocimiento como mujeres y como feministas, pero, en otros, su visibilidad y liderazgo han puesto de presente la importancia de las mujeres en la participación y representación política de sus organizaciones.

La participación creciente de las mujeres en los movimientos y las organizaciones sociales y ambientales ha implicado nuevos significados para el género. Las mujeres han podido involucrarse mucho más, aumentando su empoderamiento y participación. De esta manera, se tiene una nueva percepción de los roles de las mujeres y de los puntos de vista que ellas mismas tienen respecto a sus derechos, roles y responsabilidades. Además, los grupos de acción ambiental de las mujeres han conseguido muchas victorias en sus exigencias (Rocheleau *et al.*, 2004: 364).

En este sentido, la pregunta que en los noventa acechaba los análisis académicos e institucionales acerca del movimiento ambiental en Colombia, durante el siglo XXI ha dado un giro, ya que hoy los debates ambientales –por lo menos los referidos a las afectaciones de actividades como la minería a gran escala, la explotación de hidrocarburos y gas, los monocultivos forestales y agroindustriales, la transición energética y la soberanía alimentaria– están en las agendas de los movimientos populares agrarios, indígenas, sindicales y feministas, lo que comprueba ciertas hipótesis que predicaban la necesidad de ambientalizar el movimiento social, dado que lo ambiental no se podía cercar en sí mismo, sino más bien establecer conexiones y flujos analíticos, políticos y de movilización que se intersecan con las otras luchas populares.

El auge del compromiso de las mujeres en las luchas colectivas por el agua, el territorio y la justicia socioambiental ha transformado de muchas formas la acción política durante los últimos años. Como es señalado por Rocheleau *et al.* (2004), las mujeres se involucraron radicalmente en la acción colectiva ambiental por varias razones: la primera es que ellas estaban recibiendo directamente los cambios ambientales locales que el sistema extractivista y los enfoques desarrollistas estaban produciendo; la segunda es que identificaron que los espacios de su lucha ambiental eran *múltiples* e *interconectados*, y dependían de relaciones de género, raza, clase, localidad,

etc., que las impulsaron a buscar espacios para expresar sus preocupaciones y cuestionar estos sistemas interconectados de opresión; finalmente, las mujeres comenzaron a redefinir sus identidades y lo que significa el género, a través de resistencias y cooperaciones que emergen en la vida cotidiana y que en muchos casos responden a la acción colectiva feminista. Esta dinámica les permitió reorientar su experiencia como mujeres en la lucha ambiental, incorporando sus propios intereses y miradas diferenciales en las agendas de los procesos de defensa del territorio.

Como vimos en los capítulos anteriores, las mujeres, y especialmente las mujeres jóvenes, han venido proponiendo nuevas narrativas, prácticas y sentidos a la acción política ambiental. Desde la ampliación de las lógicas del cuidado, hasta los cuestionamientos estructurales a las formas organizativas patriarcales en las que participan, ellas vienen desafiando las culturas políticas patriarcales locales para dar espacio a sus voces, para darse espacio de participar, para construir soluciones frente a las condiciones de crisis con un horizonte transgeneracional, carácter fundamental de la acción política de las mujeres.

De ambientalistas mujeres a feministas ambientalistas: ¿cómo los feminismos han transformado las agendas y las prácticas ambientalistas?

Este sucinto recorrido es una muestra de la importancia de la presencia y el papel de las mujeres en la construcción de los debates ambientales en nuestro país. Desde distintas orillas y formas de entender las relaciones naturaleza-cultura, las mujeres hemos contribuido a construir un campo político de conocimiento, acción y lucha que tiene un objetivo muy importante: garantizar la pervivencia de la humanidad gozando de manera sustentable de los beneficios que la naturaleza le ha brindado (agua, energía, minerales, alimento).

No obstante, la participación de las mujeres en el ambientalismo ha estado marcada por los mismos problemas y desigualdades que todas las mujeres hemos vivido en la sociedad, en la familia, en lo organizativo. Las mujeres hemos tenido que luchar para hablar, para juntarnos y, luego, para ser escuchadas. Esto nos ha tomado décadas, así como reconocernos en los acumulados de otras mujeres, que en el caso de los ambientalismos también ha sido un gran obstáculo, ya que la invisibilización de las mujeres

pioneras o de nuestras mismas compañeras hace que muchas veces sean más valoradas las voces de los hombres que las propias.

Pero, ¿por qué las mujeres hemos sido cruciales para consolidar un campo y una agenda que ha sostenido luchas de gran envergadura con los poderes corporativos, con los Estados y con el capital?

Al discutir las imbricaciones entre el género y lo ambiental, los feminismos han propuesto un vasto espectro de posiciones que se corresponden también con la diversidad de sus posturas. Propuestas de corte más esencialista como los ecofeminismos, o construccionistas como los ambientalismos feministas, o posturas más críticas y decoloniales como la ecología política feminista (De Luca *et al.*, 2020) han copado las páginas y el puño de muchas mujeres, unas académicas, otras activistas, que han tratado de construir un corpus teórico y analítico que permita explicar las intersecciones y los diálogos entre sistemas de opresión que se concretan en la vida de las mujeres y también de las naturalezas.

Más allá de ubicarnos en alguna de estas tendencias, todas importantes y determinantes en la construcción de un campo de saber y de disputa política, queremos resaltar que el hecho de que las mujeres defiendan el territorio, protejan sus aguas, recuperen los saberes ancestrales asociados a las plantas medicinales, propongan formas de gestión comunitaria de la energía, promuevan las soberanías alimentarias, desempeñen ejercicios de educación popular ambiental, entre otras acciones, no es una casualidad, ni mucho menos un atributo natural dado por su identidad de género o por la asignación de un rol. Las mujeres hemos venido haciendo y pensando lo ambiental porque

... las cuestiones que pertenecen al ambiente tienen una naturaleza política inherente y las decisiones relacionadas con el ambiente no son nunca políticamente neutras. El acceso y el control de los recursos ambientales se vinculan de manera ineludible con el posicionamiento de la gente respecto al género, la raza, la clase y la cultura. (Rocheleau *et al.*, 2004)

Al discutir el acceso y la toma de decisiones frente al agua, la energía y el alimento, las mujeres están involucrándose en el centro de los debates acerca de la distribución de los recursos/elementos naturales que permiten al sistema capitalista producirse y reproducirse. En este involucramiento,

el papel de mujeres como Máxima Acuña en el Perú y Berta Cáceres –que nos fue arrebatada por su lucha contra el poder transnacional– muestra que, en los ambientalismos, ellas hacen frente a dos sistemas que se alimentan y fijan desigualdades y opresiones a escalas local y global: el patriarcado y el capitalismo. Distintas activistas y feministas comunitarias han insistido en los flujos e interconexiones entre el patriarcado y el capitalismo extractivista, aportando discusiones acerca de categorías como cuerpo-territorio, pluriversos, ontologías y relaciones para explicar las distintas formas de ser y entender en y con la naturaleza. Todo ello en un contexto de disputa contra el poder capitalista transnacional y la actual neoliberalización de la naturaleza (Castree, 2008).

Las mujeres se enfrentan al deterioro de las condiciones de subsistencia de sus comunidades y familias que se ha agudizado por las crisis económicas y ecológicas contemporáneas, pero, a su vez, ellas, y sobre todo las mujeres jóvenes, han asistido durante los últimos 30 años a una creciente conciencia política que cuestiona las estructuras sociales de la cultura patriarcal y que las ha transformado. El fortalecimiento de los feminismos populares ha proporcionado una base filosófica y una praxis política a los activismos de las mujeres, que, como vimos en el capítulo 2, no solo han estado mostrando las afectaciones diferenciales de la conflictividad ambiental en los cuerpos de las mujeres, sino que han trazado derroteros estratégicos para evidenciar que sin justicia de género es imposible la justicia ambiental.

De este modo, las mujeres que defienden los territorios, el agua y la vida han dejado de ser solo mujeres en organizaciones mixtas, a las cuales se les ha asignado un rol, y quienes sostienen en silencio las prácticas de cuidado para que los activismos puedan desarrollarse. Sin ser feministas o temiendo lo que significa socialmente nombrarse feministas, han introducido reflexiones feministas a su praxis política y han hecho espacio para sus voces, sus preocupaciones y, sobre todo, para sus decisiones.

Luego de lograrlo, las mujeres han activado horizontes transformadores a las agendas ambientales, que atienden de manera multiescalar formas de revaloración o reconstrucción de las relaciones comunidad-naturaleza. Veamos algunos ejemplos.

La activación y recuperación de la memoria territorial y biocultural se convierte en un instrumento de transmisión de saberes y construcción de tejido intergeneracional:

Preservar la ancestralidad que se ha perdido. Nosotras hacemos reuniones con las mujeres más adultas para transmitir esos saberes a las más jóvenes. Ese proceso se da en las azoteas en donde se siembran las hierbas caseras y tradicionales. Allí también se hacen los rituales, hablando con las mujeres de la importancia de participar en los diferentes espacios para defender el territorio. (Voces de Marimba, entrevista grupal, 2022)

... Pues nuestro encuentro fue alrededor de la búsqueda de una semilla perdida, que era el maní. El maní es una planta que acá en Palenque se sembraba y que se ha dejado de sembrar. Nosotras hemos buscado la forma de rescatar esa parte, porque de tantas personas que la sembraron, una sola estaba activa con la siembra, y como era un proceso de mujeres, nosotras quisimos seguir fortaleciendo. Esto siempre lo hacían las mujeres acompañadas con sus esposos, pues sí, seguimos con esa siembra, pues hemos ido juntando muchas jóvenes durante el proceso. Aparte de la siembra, hemos seguido con lo que es semilleros de árboles, o sea, una cosa va seguida como que de la otra, pues porque vamos en lo que es nuestro territorio. (Madre Monte de San Basilio de Palenque, Bolívar, entrevista grupal, 2022)

Así mismo, la revalorización de la huerta como espacio de saber y como conquista de las mujeres en la lucha por la tierra:

Me gusta pensar en lo que significan las huertas en las mujeres, de manera diversa, cómo conservan las semillas y cómo los hombres inicialmente no entendían lo que significan las huertas, criar gallinas, abejas y, luego, cómo los hombres iniciaron hacer parte de esas huertas, de entender los procesos del crecimiento de la semilla. Todo eso son escenarios de disputas que las mujeres enfrentan cotidianamente, son procesos de resistencias que las mujeres se han ganado. De la misma manera, en las calles han jugado un papel fundamental por disputarse los espacios. (Tatiana Roa, Bogotá, Seminario Agendas Feministas y Ambientales de las Mujeres Jóvenes Defensoras de los Territorios, 2022)

Nosotras estamos trabajando desde las huertas caseras, nos reunimos con diferentes mujeres y hablamos temas de violencias, de derechos y construimos las huertas caseras del hogar, incluir a las familias en la construcción de estas huertas, de poder cultivar. A veces creemos que solo las mujeres hacen las

huertas, pero, realmente no, todos los de las familias pueden hacerlo, nuestros esposos hacen parte del proceso. También la utilización de una alimentación sana sin químicos, de esa manera, tocar temas del medio ambiente. (Grupo de Mujeres Campesinas de Sucre Vida y Territorio, Cauca, grupo focal, 2022)

También el reconocimiento de la afectividad y el cuidado como parte fundamental de la justicia ambiental:

... Se genera espacio para que otras personas reciban un apoyo emocional, porque muchas veces no hablamos de los problemas asociados a las emociones o trastornos mentales. Es necesario establecer diálogos de conexiones, donde las mujeres puedan expresarse con las personas, una forma de referirse a lo que está pasando. (Colectivo de Mujeres Las Meliponas, Huila, entrevista, 2022)

Nos caracterizamos por caminar y, desde ahí mismo, comprender las necesidades que cada una tiene o descubre, hacemos recolección de semillas reconociendo las diferentes aplicaciones de la biodiversidad, escuchamos historias y saberes. También adelantamos acciones jurídicas donde intentamos revertir algunos de los daños que tiene la hidroeléctrica en el espacio y, así mismo, estamos intentando fortalecer el círculo de mujeres para que se vuelva más habitual y en torno no solo a los saberes medicinales, si no al autocuidado y a las huertas comunes para que desde ahí tejamos una red de guardianas de semillas. (Asociación de Guardianes y Guías Jaguos por el territorio, Huila, entrevista, 2022)

Finalmente, la ampliación de la participación de las mujeres y los feminismos para todos y todas:

Estamos trabajando en dos biofábricas, donde logramos abonos orgánicos, para que nosotros los campesinos no produzcamos con fertilizantes y el suelo no se contamine. También estamos realizando talleres para empoderar a la mujer campesina, porque somos muy tímidas, trabajamos de la mano de las familias, quienes hacen un papel fundamental en que todas participan y es importante que haya una pérdida del machismo, se les enseña a los hombres que la mujer no es solo de la casa y que podemos hacer otro tipo de actividades. (Asociación Campesina del Huila, Huila, entrevista, 2022)

Fortalecer la participación de las mujeres a través de encuentros, en el tema de género hemos hecho círculos de mujeres y ahora queremos hacer escuelas feministas. También está la visibilización de los conflictos que hay en el territorio a través de varias estrategias. (Jóvenes por la Defensa del Territorio - JÓDETE, Antioquia, entrevista, 2022)

El pensamiento y la praxis feminista es un ejercicio que busca develar los procesos, las prácticas y los discursos por medio de los cuales se sostiene un orden patriarcal caracterizado por la violencia hacia las mujeres, por la desigualdad entre hombres y mujeres y por la prevalencia de una lógica de dominación masculina con la que se subordina todo aquello que no responde a códigos viriles y heteronormativos. (De Luca Zuria *et al.*, 2020).

Este pensamiento y práctica ha plagado los ambientalismos paulatinamente. Sin ser nombrados feminismo o feminismos, los activismos ambientalistas de las mujeres, y específicamente de las mujeres jóvenes defensoras del territorio, han propuesto medidas y miradas que permiten develar cómo este orden patriarcal ha configurado patrones diferenciales en el acceso, uso, control y derechos de los bienes de la naturaleza, que suelen favorecer a los varones y al capitalismo. Y por la misma vía, han mostrado que, en las escalas locales y de su misma vida organizativa, este sistema se reproduce para silenciarlas, invisibilizarlas e instrumentalizarlas.

Ahora, las feministas ambientales enfrentamos, además del reto de cuidar, preservar y pervivir en el territorio, reconstruir y transformar las condiciones para hacer de nuestros activismos feministas una herramienta para construir futuros con justicia en toda su integralidad. Hace años, el reto era ambientalizar los movimientos sociales; hoy, se trata de intersecar luchas y enfoques para que las influencias sean de doble vía y que los resultados garanticen una transformación cultural y socioambiental que nos deje pervivir como especie y se refunde sobre la solidaridad de los pueblos y la sustentabilidad.



| Conclusiones

Esta investigación ha sido un caminar conjunto que nos ha permitido recorrer las historias de vida y de activismo ambiental de decenas de mujeres jóvenes, que durante los últimos años se han organizado para defender sus territorios. Lo han hecho de muchas maneras: utilizando lenguajes diversos, recuperando prácticas ancestrales, componiendo canciones y trasegando ferias musicales, disputando la participación política, recuperando semillas, trabajando sobre la salud de los cuerpos de las mujeres, cuidando los ecosistemas y espacios de vida de animales como el oso andino, haciendo escuelas ambientales con niños y niñas, monitoreando el estado de sus fuentes hídricas y de la biodiversidad de sus territorios y muchas más. Estas prácticas han sido el testimonio vivo del papel de las mujeres en la construcción de agendas y horizontes comunes para la vida digna, para combatir la crisis climática, desplazar los extractivismos y fortalecer autonomías que les permitan a los pueblos permanecer en sus territorios y pervivir. En este trasegar para defender la vida frente a paradigmas y proyectos de muerte, como los extractivismos o el turismo depredador o la deforestación, las mujeres se han encontrado con un enorme obstáculo que les impide participar, que las confina en sus espacios privados, que las estigmatiza y señala y que de muchos modos las borra de la historia de la defensa de sus territorios: el patriarcado. Frente a ello, han reaccionado desde distintos lugares y con una multiplicidad de estrategias y acciones, empujando las agendas tradicionales y machistas de los procesos de defensa territorial a nuevos rumbos y caminos. Aunque el encuentro entre los ambientalistas y los feminismos no es nuevo, han sido las mujeres jóvenes quienes han movilizado la acción política hacia

un enfoque de interseccionalidad que ha robustecido las demandas por las defensas de los territorios, por una concepción amplificada y comunitaria del cuidado de la casa común y por una mirada inter y transgeneracional que invita a pensar más allá del presente e imaginar cómo las acciones de hoy impactan y “afectan” el futuro.

A continuación presentaremos algunas de las conclusiones que esbozamos, gracias al trabajo realizado con las colectivas de mujeres jóvenes defensoras, y que son ideas vivas, que están en transformación y que son rutas para otras investigaciones, pero, sobre todo, para la lucha ambiental que se recrudece en los actuales tiempos de crisis energética mundial y que requerirá imaginación, creatividad y articulación para lograr transitar a una realidad más sostenible y justa.

- Hacia una creciente mirada interseccional. Algunas de las agendas planteadas por las colectivas de mujeres jóvenes o por sus expresiones en el interior de organizaciones mixtas reconocen, en diversos niveles, las relaciones entre el sistema capitalista, racista y patriarcal, y las diversas formas en que afecta la vida de las personas, las comunidades y los territorios. De manera particular, las mujeres, y especialmente las jóvenes, ponen el acento sobre las formas en que el patriarcado atraviesa los espacios comunitarios y organizativos donde participan y de ahí la importancia de luchar contra la crisis ambiental global que genera el capitalismo, y, al mismo tiempo, evidenciar y ayudar a transformar las lógicas machistas y sexistas que están presentes en los contextos organizativos.
- Narrativas diversas. Las narrativas que las jóvenes construyen a través de sus activismos son innovadoras para la lucha social, de género, antirracista y ambiental, al acudir a diversos lenguajes y estrategias para denunciar, pero también para proponer y construir alternativas de vida ante el despojo, el extractivismo y la violencia del capital y el patriarcado. La música, la producción radial, audiovisual, el bordado, la pintura, la fotografía, la recuperación de prácticas culturales a través de ejercicios de memoria histórica, teatro foro, siembra de alimentos, conservación de semillas nativas, entre otras, son parte de las estrategias que las jóvenes usan para expresar sus denuncias y proponer narrativas por un sentido de cuidado de la vida que se opone al despojo y a las violencias.

- Los espacios de mujeres dentro de espacios mixtos también son estrategias importantes para aprender herramientas frente a las violencias de género, los derechos sexuales y reproductivos o simplemente escucharse y conspirar juntas. Estos espacios, para quienes son parte de espacios mixtos, no implican posiciones separatistas sino la reivindicación de escenarios propios que son clave para potenciar sus liderazgos, activismos, autoformación y contribuir con propósitos colectivos.
- Rehaciendo y resignificando el cuidado. El cuidado es un tema prioritario en las agendas de las jóvenes. Se trata de una perspectiva amplia sobre quiénes hacen, en qué condiciones y para qué el trabajo del cuidado, sin el cual no sería posible la reproducción del capitalismo. Las jóvenes están apostando por una mirada política del cuidado, en el que cuestionan su feminización e invisibilización. Al mismo tiempo, el cuidado aparece como una “narrativa” de protección de la vida ante la barbarie del modelo económico actual, que pasa por un proceso de resignificación y de redistribución que no aumente las brechas de género.
- Otras relaciones humanas-no humanas. Varias de las experiencias colectivas de quienes participaron en esta investigación enfatizan en sus agendas el reconocimiento de una relación no instrumental entre lo humano y no humano. Es un asunto valioso porque cuestiona la separación moderna entre cultura y naturaleza, donde la naturaleza está al servicio de la cultura, y lo humano se escinde de lo natural. Sin duda es un tema para seguir explorando e indagar cómo impacta las agendas y propuestas de las jóvenes por la defensa del territorio.
- La lucha también es con las familias. Varias de las jóvenes participantes en la investigación reivindicaron la importancia de identificar las violencias de género y las situaciones diferenciales que afectan a las mujeres y el logro de sus derechos. No obstante, fueron enfáticas en reconocer e incluir la participación de sus familias dentro de su perspectiva de lucha. De esta manera, hacer una huerta para rescatar alimentos saludables no necesariamente debería ser una acción de las mujeres sino integradora de sus familias, sin que esto afecte la capacidad de autonomía y decisión de ellas con relación a qué sembrar, cómo, dónde y para qué.
- ¿Por qué nos organizamos? La organización como respuesta al extractivismo, la crisis agraria o los riesgos inminentes sobre la vida de las

comunidades por proyectos extractivos, o llamados de desarrollo, y el mejoramiento de las condiciones de vida en el campo para que las jóvenes migren y retornen a sus territorios, son algunas de las razones que convocan la organización y el activismo de las jóvenes en la defensa de los territorios. También lo es la preocupación y una alta sensibilidad por la dimensión ambiental, que se interseca con otras dimensiones (identidades étnico-raciales, de clase, de género, etc.), un sello de la época que parece caracterizar en mayores proporciones a las jóvenes.

- Diálogos y tensiones con los feminismos. Las formas en que las jóvenes participantes en esta investigación se enuncian son diversas y, en algunos casos, muestran articulaciones clave producto de sus reflexiones, prácticas y herencias de luchas ancestrales. De esta manera, algunas de ellas se enuncian como defensoras del territorio, antirracistas, “feministas empíricas”, o acuden a su lugar identitario como campesinas, negras, palenqueras, trans o indígenas para nombrarse. Todas ellas, independientemente de las maneras de ser nombradas y nombrarse, han trabajado y luchado desde perspectivas ambientalistas diversas. En algunos contextos, especialmente racializados, los feminismos suelen ser percibidos por las jóvenes como ajenos a sus realidades, discursos que competen a ámbitos académicos o un factor que puede intensificar la estigmatización en sus comunidades. Muchas de ellas optan por recrear y resignificar los feminismos desde sus propios contextos aun sin acudir a enunciarse como feministas.
- Potenciar la participación de las mujeres en las agendas en defensa del territorio ha sido en parte un resultado de los diálogos y análisis desde perspectivas feministas en las discusiones sobre la crisis ambiental. No obstante, se trata de un diálogo que debe potenciarse en doble vía, es decir, un movimiento ambientalista popular que acoge las luchas contras las violencias patriarcales y racistas como parte de su agenda, y un movimiento por la diversidad sexual, de género y feminista que explora, aprende y se hermana con las luchas ambientales, toda vez que está en riesgo la vida de todas, todos y todxs.¹

1 El uso de la x denota la diversidad de experiencias de identidad de sexo y de género que no aluden necesariamente a femenino y masculino.

- La lucha contra el patriarcado y el racismo no está desconectada de la lucha por la defensa del territorio. Las jóvenes defensoras del territorio están luchando en varios escenarios organizativos, para que sus organizaciones en particular y el movimiento ambientalista popular en general recojan e integren en su análisis y estrategias de acción las opresiones que experimentan las mujeres y la interdependencia entre capitalismo, racismo y patriarcado. Mayor acceso a espacios de decisión sobre los bienes comunes y sobre los espacios organizativos y comunitarios por parte de las mujeres jóvenes, estrategias de prevención y atención a violencias de género, cuestionamiento a las lógicas de la división sexual del trabajo, liderazgos y vocerías colectivas y no solo masculinas, estigmatización sobre los liderazgos femeninos, hipersexualización de los cuerpos feminizados de las jóvenes, son debates que han instalado algunas de las jóvenes en el mundo organizativo y del movimiento ambientalista popular del cual son parte.
- Conectando luchas. Dos temas que parecen ser puentes entre las luchas por la defensa del territorio y contra la discriminación, el racismo y la transfobia son, de un lado, la puesta en marcha de economías que reivindiquen el trabajo de las mujeres; y de otro lado, la noción según la cual el capitalismo y todos los sistemas de opresión afectan los cuerpos-territorios en diversas dimensiones y de maneras particulares, como lo señaló esta investigación. No obstante, aún son débiles y muy incipientes los diálogos entre activistas que se enuncian como defensoras del territorio con activistas transfeministas; potenciarlos es una gran oportunidad de enriquecimiento de acciones y luchas más articuladas y de mayor alcance.
- Conectando generaciones para la lucha. Varias de las jóvenes expresaron la importancia de acudir a las luchas de sus ancestas para recuperar prácticas de cuidado y defensa de los territorios. Estos diálogos y ejercicios de memorias han potenciado el conocimiento de las luchas de las mujeres que las antecedieron. Aunque el ejercicio aún es incipiente, algo que podría potenciar el aprendizaje de las luchas son los diálogos con las feministas y mujeres ambientalistas populares de otras generaciones, que fueron pioneras en la organización y la discusión ambientalista desde una perspectiva popular y que fueron invisibilizadas por las lógicas patriarcales de la movilización social. Aprender de las abuelas y aprender de las feministas y ambientalistas

populares de diversas décadas, de sus logros, errores y perspectivas podría nutrir y fortalecer las luchas de las jóvenes en estos tiempos.

- Ambientalizar el movimiento social. Dada la gravedad de la crisis ambiental y sus implicaciones sobre la vida de todas, todxs y todos, urge la necesidad de intersecar las luchas y profundizar conexiones amplias en el movimiento social para que las estrategias y alternativas contengan perspectivas antirracistas, antipatriarcales, anticapitalistas y antimilitaristas, y articulen a diversos sectores sociales para defender la casa grande. De hecho, los aportes de diversas mujeres ambientalistas y feministas populares han mostrado con total claridad que la justicia ambiental no es posible sin la justicia de género y la justicia social.
- Cambio con las mujeres. El gobierno colombiano que llegó al poder en 2022 propuso como pilares de su plan programático los derechos de las mujeres, la lucha contra la crisis climática, el ordenamiento del territorio alrededor del agua y la justicia ambiental, la transición energética, entre otros aspectos que, de llevarse a la práctica, resultan transformadores de las complejas realidades que vivimos en el país. Un reto clave será la posibilidad real de participación de las defensoras del territorio con sus agendas y estrategias en la transformación de las políticas de género, ambientales, mineroenergéticas y de ordenamiento territorial que necesita el país.

| Referencias bibliográficas

- Aedo, M. P. (2020). Mujeres y ecología. En Durán, S., Quiroz, K. y Peñalillo, T. (coords.). *Discusiones ecofeministas: el futuro en manos de mujeres*. Chile: Partido Ecologista Verde.
- Agarwal, B. (1988). El debate sobre género y medio ambiente: lecciones de la India. En Vázquez, V. y Velázquez, M. (coords.). *Miradas al futuro*. México: PUEG/CRIM/CP.
- Aguilar, R. y Navarro, M. (2019). Producir lo común para sostener y transformar la vida: algunas reflexiones desde la clave de la interdependencia. *Confluências*, 21(2): 298-324. <https://periodicos.uff.br/confluencias/article/view/34710/20293>.
- Ángel, A. (2019). Impactos a perpetuidad, el legado de la minería. *Ideas Verdes*, 20: 3-45.
- Arias, A. M. y Alvarado, S. V. (2015). Jóvenes y política: de la participación formal a la movilización informal. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 13(2): 581-59.
- Argawal, B. (1991) El debate sobre género y medio ambiente: lecciones de la India. En Vázquez, V. y Velázquez, M. (coords.). *Miradas al futuro*. México: PUEG/CRIM/CP.
- Bebbington, A (2007) Elementos para una ecología política de los movimientos sociales y el desarrollo social en zonas mineras. En: *Minería, movimientos sociales y respuestas campesinas. Una ecología política de transformaciones territoriales*. Ed. Anthony Bebbington, 23 -46. Lima: IEP-CEPES
- Braidotti, R. (1998). Mujeres, medio ambiente y desarrollo sustentable. Surgimiento del tema y diversas aproximaciones. En Vázquez, V. y Velázquez, M. (coords.). *Miradas al futuro*. México: PUEG/CRIM/CP.

- Castree, N. (2008), Neoliberalising nature: the logics of deregulation and reregulation. *Environment and Planning A: Economy and Space* 40(1): 131-152, Australia.
- Cabnal, L. (2010). Acercamiento a la construcción del pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala. En Cabnal, L. (ed.). *Feminismos diversos: el feminismo comunitario*. Madrid: Acsure Las Segovias.
- Cabnal, L. y Acsur-Las Segovias (2010). *Feminismos diversos: el feminismo comunitario*. Acsur-Las Segovias. https://www.academia.edu/34722145/Feminismos_comunitario_lorena_cabnal.
- Coronado, S. et al. (2012). *Minería, territorio y conflicto en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Chocontá, A., Pérez, T., Rincón, C. y Sánchez, E. (2019). Hacer-se textil: cuestionando la feminización de los oficios textiles. *Tabula Rasa*, 32: 249-270. <https://doi.org/10.25058/20112742.n32.11>.
- Cruz, D., Vázquez, E., Ruales, G., Bayón, M. & García, M. (2017). *Mapeando el cuerpo-territorio. Guía metodológica para mujeres que defienden sus territorios*. Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo. <https://miradascriticadelterritoriodesdeelfeminismo.files.wordpress.com/2017/11/mapeando-el-cuerpo-territorio.pdf>.
- De Luca, A., Fosado, E. y Velásquez, M. (eds.) (2020). *Feminismo socioambiental: revitalizando el debate desde América Latina*. Cuernavaca, Morelos: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM.
- Duarte, C. (2015). *El adultocentrismo como paradigma y sistema de dominio. Análisis de la reproducción de imaginarios en la investigación social chilena sobre lo juvenil* [Tesis doctoral]. Universidad Autónoma de Barcelona, España.
- Ecofondo (1997). *Se hace camino al andar. Aportes para una historia del movimiento Ambiental en Colombia*. Bogotá: Ecofondo.
- Escobar, E. (2005). Las mujeres indígenas se posicionan de su futuro En Escobar, E. et al. (ed.). *Las mujeres indígenas en los escenarios de la biodiversidad*. Bogotá: UICN, Fundación Natura Colombia, ICANH.
- Fernández, C. (2013). *Sobre el concepto de patriarcado* [Trabajo fin de máster]. Universidad de Zaragoza, España.
- Gonzaga, C., González, A., Delgado, M. y Rubio, A. (2022). Ecofeminismos y luchas situadas de mujeres por la defensa de la trama de la vida en América Latina. *Feminismo y ambiente: un campo emergente en los estudios feministas de América Latina y el Caribe*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires y Nueva York: Clacso y ONU Mujeres.
- Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

- Gudynas, E. (2010). La senda biocéntrica: valores intrínsecos, derechos de la naturaleza y justicia ecológica. *Tabula Rasa* 13: 45-71. <http://www.scielo.org.co/pdf/tara/n13/n13a03.pdf>.
- Gudynas, E. (2015). *Extractivismos. Ecología, economía y política de un modo de entender el desarrollo y la naturaleza*. Centro de Documentación e Información Bolivia (Cedib). <http://gudynas.com/wp-content/uploads/GudynasExtractivismosEcologiaPoliticaBo15Anuncio.pdf>.
- Gutiérrez, R., Navarro, M. y Linsalata, L. (2017). Repensar lo político, pensar lo común. Claves para la discusión. *Modernidades alternativas*. México D. F.: Unam/Dgapa/Del Lirio. <https://horizontescomunitarios.files.wordpress.com/2020/05/modernidades-alternativas.pdf>.
- Harcourt, Wendy y Nelson, Ingrid L., eds. 2015b. *Practicing Feminist Political Ecologies*. Londres: Zed Books.
- hooks, B. (2017). *El feminismo es para todo el mundo*. Traficante de sueños.
- Jackson, C. (1998). ¿Haciendo lo natural? Mujer y medio ambiente en el desarrollo. En Vázquez, V. y Velázquez, M. (coords.). *Miradas al futuro*. México: PUEG/CRIM/CP.
- Jaiven, A. (2019). Una historia de irreverencias: el feminismo en México. *Feminismo, cultura y política. Prácticas irreverentes*, 2.^a ed. Ciudad de México: Editorial Itaca. https://www.academia.edu/43205232/Feminismo_cultura_y_politica_Pr%C3%A1cticas_irreverentes_SEGUNDA_EDICI%C3%93N?email_work_card=view-paper.
- Korol, C. (2016). Somos tierra, semilla, rebeldía: mujeres, tierra y territorio en América Latina. GRAIN. <https://www.semillas.org.co/es/publicaciones/somos-tierra-semilla-rebeld>.
- La Vía Campesina. Movimiento Campesino Internacional (2021). *El caminar del feminismo campesino y popular en la vía campesina*. <https://viacampesina.org/es/wp-content/uploads/sites/3/2021/05/Publicacion-Feminismo-Campesino-y-Popular-LVC-2021-ES-Final.pdf>.
- Linsalata, L. (2020). ¡Nuestra lucha es por la vida! Apuntes críticos sobre la reorganización capitalista de la condición de interdependencia. *Trabalho necessário*, 18(36): 44-68. <https://periodicos.uff.br/trabalhonecessario/article/view/42784/24081>.
- Lorena Cabnal, feminista comunitaria. SUDS, 11 de septiembre de 2015. <https://suds.cat/es/experiencias/lorena-cabnal-feminista-comunitaria/>.
- Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. *Tabula Rasa*, 9: 73-101.
- Mies, M. y Shiva, V. (1998). Del porqué escribimos este libro juntas. En Vázquez, V. y Velázquez, M. (coords.). *Miradas al futuro*. México: PUEG/CRIM/CP.
- Muñoz, J. (2012). Cuidar del mundo. Labor, trabajo y acción «en una compleja red de sostenimiento de la vida». *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y*

- Política*, 47: 461-480. <https://isegoria.revistas.csic.es/index.php/isegoria/article/view/790/790>.
- Navarro, M. y Gutiérrez, R. (2018). Diálogos entre el feminismo y la ecología desde una perspectiva centrada en la reproducción de la vida. Entrevista a Silvia Federici. *Ecología Política*, 54: 119-122. <https://www.ecologiapolitica.info/dialogos-entre-el-feminismo-y-la-ecologia-desde-una-perspectiva-centrada-en-la-reproduccion-de-la-vida-entrevista-a-silvia-federici/>.
- Pérez, M. (2015). Conflictos ambientales en Colombia: actores generadores y mecanismos de resistencia comunitaria. *Ecología Política. Cuadernos de Debate Internacional*, 76-82. <https://www.ecologiapolitica.info/conflictos-ambientales-en-colombia-actores-generadores-y-mecanismos-de-resistencia-comunitaria/>.
- Rappaport, J. (2007). Más allá de la escritura: la epistemología de la etnografía en colaboración. *Revista Colombiana de Antropología*, 43, enero-diciembre.
- Rivera, S. (2010). *Ch'ixinakax utxiwa: una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Tinta Limón. Retazos.
- Rocheleau, D. et al. (2004). Género y ambiente: una perspectiva de la ecología política feminista. En Vázquez, V. y Velázquez, M. (coords.). *Miradas al futuro*. México: PUEG/ CRIM/CP.
- Seminario Agendas Feministas y Ambientales de las Mujeres Jóvenes en Colombia, Bogotá, D. C., 3 y 4 de marzo de 2022.
- Svampa, M. (2013). Consenso de los commodities y lenguajes de valoración en América Latina. *Revista Nueva Sociedad*, 244.
- Spivak, G. (2003). ¿Puede hablar el subalterno? *Revista Colombiana de Antropología*, 39: 297-364. <https://www.redalyc.org/pdf/1050/105018181010.pdf>.
- Quiñones, L. (2019). Las mujeres, la fuerza que el medio ambiente necesita. Noticias ONU. Mirada global Historias humanas, 8 de marzo de 2019. <https://news.un.org/es/story/2019/03/1452431#:~:text=Desde%20tiempos%20ancestrales%2C%20las%20mujeres,los%20recursos%20naturales%20del%20planeta>.
- Ulloa, A. (2001). El nativo ecológico: movimientos indígenas y medio ambiente en Colombia. En Archila, M., Pardo, M. (ed.). *Movimientos sociales, estado y democracia en Colombia*. Bogotá: ICANH, CES-Universidad Nacional.
- Ulloa, A. (2004). *La construcción del nativo ecológico. Complejidades, paradojas y dilemas de la relación entre los movimientos indígenas y el ambientalismo en Colombia*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia y Colciencias. https://www.researchgate.net/publication/31755237_La_construccion_del_nativo_ecologico_complejidades_paradojas_y_dilemas_de_la_relacion_entre_los_movimientos_indigenas_y_el_ambientalismo_en_Colombia_A_Ulloa.
- Ulloa, A. (2014). Geopolíticas del desarrollo y la confrontación extractivista minera: elementos para el análisis en territorios indígenas en América Latina. En Göbel, B. y Ulloa, A. (eds.). *Extractivismo minero en Colombia y América*

- Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas; Ibero-Amerikanisches Institut.
- Ulloa, A. (2016). Feminismos territoriales en América Latina: defensas de la vida frente a los extractivismos. *Nómadas*, 45: 123-139.
- Ulloa, A. (2020). Ecología política feminista latinoamericana. En De Luca, A., Fosado, E. y Velásquez, M. (eds.). *Feminismo socioambiental: revitalizando el debate desde América Latina*. Cuernavaca, Morelos: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM.
- Vázquez, V. y Velázquez, M. (coords.) (2004). *Miradas al futuro*. México: PUEG/CRIM/CP.
- Vélez-Torres, I., Varela, D., Rátiva, S., & Salcedo, A. (2013). Agroindustria y extractivismo en el Alto Cauca. Impactos sobre los sistemas de subsistencia afrocampesinos y resistencias (1950-2011). *CS*, 157-188. <https://doi.org/10.18046/recs.i12.1680>
- Zornoza, J. A. (2022). Debilidad institucional y políticas extractivistas en América Latina en el siglo XXI. Análisis de la deforestación y los conflictos medioambientales en Bolivia, Brasil y Colombia. *Estudios de Derecho*, 79(174). <https://doi.org/10.17533/udea.esde.v79n174a01>.

Entrevistas

- 19 de julio 2022, Reviviendo Nuestro Campo, Piedecuesta (Santander).
- 28 de julio 2022, Madre Monte de San Basilio de Palenque (Bolívar).
- 28 de julio 2022, Corporación María Mulata, Rincón del Mar (Sucre).
- 03 de agosto 2022, Youngsters, San Andrés y Providencia.
- 05 de agosto 2022, El Son del Frailejón, Guasca (Cundinamarca).
- 05 de septiembre, Fundación Dignidad Trans, Arauca.
- 11 de septiembre, Jóvenes por la Defensa del Territorio - JÓDETE, Antioquia.

Grupos focales

- Grupo focal 1, Huila, 12 de agosto, 2022.
- Grupo focal 2, Risaralda, 26 de agosto de 2022.

Organizaciones y colectivas que defienden los territorios

Organización	¿Quiénes son y qué hacen?
Reviviendo Nuestro Campo, Piedecuesta (Santander)	<p>Es un colectivo mixto de personas jóvenes y adultas que nació en 2019 en una vereda del municipio de Piedecuesta (Santander). Se encuentra en medio de varias problemáticas, principalmente expansión suburbana, desarrollo de turismo industrial, concentración y despojo de tierras y aguas. Interviene en el convite campesino, el trabajo comunitario, la investigación cultural sobre saberes campesinos y el ecosistema seco tropical, como estrategias para la permanencia en el campo. Para esto, se articula a nivel local y regional con otras organizaciones en defensa de los territorios.</p>
Madre Monte de San Basilio de Palenque (Bolívar)	<p>Es un colectivo mixto afro de San Basilio de Palenque, liderado principalmente por mujeres jóvenes y adultas, que trabajan en torno a la agricultura y la preservación de la cultura ancestral. Se organizó por la necesidad de recuperar la siembra tradicional de maní que se estaba perdiendo en la comunidad y ahora trabaja alrededor de la siembra, la formación y el arte.</p>
Corporación María Mulata, Rincón del Mar (Sucre)	<p>Es una corporación mixta con casi 20 años de trayectoria. Desde hace tres años trabaja en una línea de mujeres para hacerles frente al machismo y a las violencias de género en la comunidad, lo que ha llevado a fortalecer los lazos entre mujeres, quienes ahora trabajan en acciones de formación e incidencia, en la siembra y el estudio de plantas medicinales para su autonomía económica y el rescate de los saberes ancestrales de la comunidad de Rincón del Mar, como una de las múltiples formas para defender su territorio.</p>
Youngters, San Andrés y Providencia	<p>Es un colectivo mixto de jóvenes, del que hacen parte mujeres raizales que trabajan en torno a la transformación de la conciencia ambiental en la isla de San Andrés, reserva de la biósfera. Asocia su trabajo al cuidado propio, generando cuestionamientos a los hábitos de consumo, entre otras estrategias educativas.</p>

Organización	¿Quiénes son y qué hacen?
El Son del Frailejón, Guasca (Cundinamarca)	Es una organización y grupo musical de carranga, conformado por cuatro mujeres jóvenes del municipio de Guasca (Cundinamarca). Aparte de componer e interpretar esta música tradicional campesina, trabaja en la defensa de su territorio de la mano de otras mujeres y colectivos, desde una postura feminista y campesina que integra a su trabajo artístico.
Fundación Dignidad Trans, Arauca	Es una fundación que trabaja principalmente por los derechos de las personas trans de Arauca, en siete municipios. Implementa estrategias como jornadas de peluquería, marchas, ollas comunitarias, bailes, acompañamientos en situaciones de amenazas y de violencia de género, actividades sobre el VIH, acompañamientos en salud, actividades en los colegios sobre prevención de la discriminación, entre otras, con el fin de reducir la estigmatización y discriminación de las comunidades trans, migrante, retornadas y de acogida. También trabaja por el territorio en jornadas de limpieza de parques o siembra de árboles.
Jódete, Antioquia	Es un colectivo mixto de jóvenes de la subregión del suroeste de Antioquia, que se articula por las múltiples amenazas extractivistas en su territorio. Trabaja en torno a la defensa del territorio a través de estrategias comunicativas, educativas, de agroecología y de género con un espacio llamado “Círculos de Mujeres”, que organiza a diversas mujeres relacionadas con la defensa del territorio, para fortalecer su participación y plantear cuestionamientos al patriarcado en las organizaciones. Hace parte de la articulación regional Cinturón Occidental Ambiental.
Meliponas, Huila	Es una organización de mujeres jóvenes del municipio de Rivera (Huila), que trabaja alrededor de la soberanía alimentaria, el arte y la investigación científica participativa, específicamente sobre las abejas nativas meliponas, para su cuidado y conservación. Además, gestiona temas de género y diversidad, y los integra a sus acciones por la defensa del territorio.

Organización	¿Quiénes son y qué hacen?
Jaguos por el territorio, Huila	Es un colectivo juvenil mixto liderado por mujeres. Se articula principalmente para recuperar los saberes ancestrales, descolonizar el pensamiento y visibilizar las amenazas de la represa El Quimbo. Para ello, usa varias estrategias pedagógicas, artísticas y de movilización, tales como una escuela ambiental, prácticas de recolección de semillas, germinación de plantas, monitoreo ambiental, caminatas y trabajo comunitario, de la mano de diversos actores de La Jagua (Huila), principalmente niños y niñas.
Kuichi, Nariño	Es una organización mixta creada en 2019 en Pasto (Nariño), para realizar actividades de conservación del oso andino. Está liderada por mujeres. Sus acciones se centran en ciencia participativa y educación ambiental con la comunidad. Emplea el diálogo y la interacción intergeneracional como herramientas de concientización ambiental, motiva la participación de las mujeres en la organización y su importancia en los procesos de conservación del oso, y busca generar alternativas de trabajo en la zona campesina para ejercer su economía sin amenazar al oso andino.
Asociación Campesina del Huila	Es una organización campesina mixta del sur del Huila. Recoge postulados de la lucha campesina, exige el reconocimiento del campesinado como sujeto de derecho, recupera la cultura campesina, diversifica la producción de alimentos para transitar hacia la agroecología y soberanía alimentaria. Además, lucha contra los proyectos mineros energéticos en su territorio. En el año 2020, empezó a generar espacios de feminismos populares, con las mujeres campesinas, donde se cuestiona el patriarcado en el territorio y se empodera a las mujeres campesinas en los procesos de formación.

Organización	¿Quiénes son y qué hacen?
Grupo de Mujeres Campesinas Vida y Territorio, Sucre (Cauca)	<p>Organización de mujeres campesinas de Sucre (Cauca). Trabaja la soberanía alimentaria y la recuperación de los saberes campesinos; produce alimentos sanos; gestiona temas de violencias basadas en género, derechos sexuales y reproductivos, y derecho al placer. Además, se vincula con la defensa del territorio. Su movimiento nació a raíz de una escuela política y de paz en el año 2012, donde participaron mujeres de diferentes veredas de la región.</p>
EcoGénova, Génova (Quindío)	<p>Es un colectivo ambiental y feminista creado en 2018 en Génova (Quindío), para defender los ríos de la construcción de pequeñas centrales hidroeléctricas. A medida que fue trabajando, se sumaron otras luchas en contra de los monocultivos de aguacate hass, la minería y el extractivismo en el territorio. Además, en 2022, empezó a trabajar con mujeres en espacios de formación en derechos sexuales y reproductivos, herramientas jurídicas para defender sus derechos, identificación de las violencias basadas en género, entre otros. Realiza investigación popular, pedagogía ambiental y feminista, movilización social y juntanza montañera para defender la vida, y crea productos pedagógicos como plegables informativos sobre los impactos de las pequeñas centrales hidroeléctricas y los monocultivos de aguacate hass en su territorio.</p>
Asociación Nacional de Usuarios Campesinos de Risaralda	<p>Es una organización campesina mixta de Risaralda que trabaja por el bienestar de los campesinos y campesinas, la equidad en la distribución de la tierra y proyectos productivos como plan de vida. Las mujeres de la asociación realizan talleres de feminismo rural en diferentes veredas de los municipios de Risaralda; en estos espacios trabajan emprendimientos económicos, capacitan en cooperativismos para la autofinanciación, y hacen talleres de participación con las mujeres para que ocupen cargos administrativos y públicos. Además, gestionan proyectos en infraestructura para vías terciarias, mejoran viviendas, contribuyen a</p>

Organización	¿Quiénes son y qué hacen?
Asociación Nacional de Usuarios Campesinos de Risaralda	la educación con dotación, tienen un banco de herramientas para apoyar a las campesinas y los campesinos en la producción, entre otras actividades, y se articulan con el gobierno departamental.
Comité por la Defensa de Mistrató (Risaralda)	Es un grupo mixto, liderado por mujeres de Mistrató (Risaralda). Fue creado en el año 2020 para defender los ríos de la construcción de pequeñas centrales hidroeléctricas. Realiza investigación, se moviliza en contra de la megaminería, defiende las áreas de conservación ambiental, realiza educación ambiental, enseña mecanismos de participación ciudadana y herramientas jurídicas, y trabaja en articulación con la comunidad embera chamí, para sacar a las multinacionales de sus territorios.
Sembrando Lucha, Calarcá (Quindío)	Es un colectivo social del municipio de Calarcá (Quindío), conformado de forma heterogénea por personas calarqueñas sin exclusión alguna por causas de género, identidad o expresión de género, raza, estrato socioeconómico o edad. Ha venido trabajando desde 2019, de forma autónoma y voluntaria, en diferentes líneas de acción, como territorio-medio ambiente, educación, salud, género y diversidades; cultura y arte.
Khatleya Trans, Calarcá (Quindío)	Es una organización transfeminista de Calarcá (Quindío), conformada por personas diversas de la región. Es pionera en la realización de la primera escuela transfeminista en el departamento del Quindío. Impulsa el liderazgo transfeminista, creó la ruta mariposa por la reivindicación de los derechos, una línea de apoyo para la atención de vulneración de los derechos en Calarcá. Promueve eventos culturales de diversidad sexual, como Café diverso: un reinado de chicos y chicas trans de la región. Además, desarrolla pedagogía en derechos sexuales y reproductivos con enfoque diferencial y de placer. Participa en los escenarios de discusión sobre la política pública diversa sexual en el departamento.

Organización	¿Quiénes son y qué hacen?
<p>Comité de Mujeres Indígenas Nasa Ukawe'sx Tha, Cabildo Indígena Nasa Ukawe'sx Tha', Alto Nápoles (Cali), Corregimiento la Buitrera</p>	<p>Se creó en el año 2015 en el corregimiento la Buitrera, ubicado en Cali (Valle), por la defensa de su territorio. Esta organización indígena nasa busca el fortalecimiento político, económico, organizativo y cultural de la comunidad. Se defiende ante el Estado de los atropellos sufridos. En el año 2022, empezó a reconocer la autoridad de las mujeres para ocupar cargos de poder en la organización. Las mujeres trabajan las violencias basadas en género, socializan la política pública de mujeres y equidad de género, crean emprendimientos con arte ancestral y enseñan la ley de origen, el derecho mayor y propio, el buen vivir y las rutas de atención ante la jurisdicción propia y occidental a las y los integrantes de la organización.</p>
<p>Grupo de Mujeres Voces de Marimba Guapi (Cauca)</p>	<p>Busca preservar la ancestralidad de su pueblo por medio de la educación ambiental y cultural. Sus actividades tienen que ver con la marimba, la agricultura, la música y los relacionamientos con sus hermanas y hermanos. En la organización generan espacios de toma de conciencia frente a las violencias y conductas machistas de las mujeres de su comunidad.</p>

| Investigadoras

Angie Daniela González Celemín

Nací en Génova, Quindío, un pueblo cordillerano rodeado por montañas azules y bañado por los ríos Gris, Rojo y San Juan. Mi padre es campesino y mi madre de descendencia campesina. Desde muy joven, me ha gustado caminar por las montañas, los bosques andinos y los páramos; además, me encanta visitar los ríos y disfrutar sus aguas, tal vez por eso amo tanto mi territorio y busco todas las formas posibles de defenderlo de cualquier amenaza. En el año 2018 me empezaron a conocer como ambientalista y cofundadora del colectivo EcoGénova. Como licenciada en Pedagogía Social, tengo gran sensibilidad ante las injusticias ambientales, y últimamente de género, por lo que he confluído en procesos feministas en contra de las violencias basadas en género y actualmente soy feminista territorial. Me gusta leer, trabajar con la comunidad y tejer cambios con las personas de mi alrededor.

Natali Andrea López Toro

Defensora del territorio, feminista y vegana del municipio de Támesis (Antioquia). Desde 2014 soy integrante del colectivo de Jóvenes por la Defensa del Territorio (Jódete) del suroeste de Antioquia, articulado al Cinturón Occidental Ambiental (COA). Ingeniera ambiental de profesión y apasionada por la educación popular ambiental, el trabajo con mujeres, el intercambio de saberes y el conocimiento del territorio que habito.

Catalina Caro Galvis

Ambientalista popular y feminista, luchadora por la justicia ambiental y vencida del poder de la *montonera*. Antropóloga de profesión; magíster en

Geografía, Universidad Nacional de Colombia. Hago parte del Grupo de Investigación Cultura y Ambiente del Departamento de Geografía. He trabajado con pueblos indígenas, campesinos y afrodescendientes de los departamentos de Cauca, Guajira y Suroeste Antioqueño, acompañando procesos de exigibilidad de derechos en casos de conflictos ambientales, en educación popular ambiental e investigación colaborativa y comunitaria.

Esta investigación tiene tres objetivos principales: Primero, conocer las agendas y las estrategias de acción construidas y desarrolladas por mujeres jóvenes que luchan contra la crisis ambiental y en defensa del territorio en diversos rincones de la geografía colombiana. Segundo, explorar diálogos, tensiones, conflictos y negociaciones que experimentan las mujeres jóvenes en razón de sus identidades de género, raza, etnicidad y generación en contextos de organización y lucha ambientalista popular. Tercero, ahondar en la relación entre feminismos y luchas ambientalistas para contribuir con lecturas y propuestas de diálogo y articulación entre movimientos sociales, que sean provechosas para los desafíos de nuestra época. Investigamos para contribuir con las luchas y los activismos juveniles en defensa del territorio. Esta investigación colaborativa no hubiera sido posible sin la participación de 19 colectivas que, con sus análisis, voces diversas, reflexiones y propuestas, contribuyeron con el reconocimiento, la identificación y el fortalecimiento de las luchas para el cuidado de la vida en todas sus formas y para seguir transformando lo que nos incomoda.

